
MOTAMID, ÚLTIMO REY DE SEVILLA

BLAS INFANTE PÉREZ



Prólogo

PURA SÁNCHEZ

Estudio introductorio

EMILIO GONZÁLEZ FERRÍN



Junta de Andalucía

Consejería de la Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa
Centro de Estudios Andaluces



Fundación Blas Infante

MOTAMID,
ÚLTIMO REY
DE
SEVILLA

BLAS
INFANTE
PÉREZ

MOTAMID, ÚLTIMO REY DE SEVILLA

BLAS
INFANTE
PÉREZ



Prólogo
PURA SÁNCHEZ

Estudio introductorio
EMILIO GONZÁLEZ FERRÍN



Junta de Andalucía
Consejería de la Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa
Centro de Estudios Andaluces



Fundación Blas Infante

Edita:
Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces,
Consejería de la Presidencia, Interior, Diálogo Social y Simplificación Administrativa.
Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores, 2025.
© Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces
Avda. Blas Infante s/n — Coria del Río. 41100 Sevilla
Tel.: 955 055 210
Fax: 955 055 211
www.centrodeestudiosandaluces.es

Primera edición, mayo de 2025

ISBN: 978-84-10064-17-1
Depósito legal: SE 739-2025

Índice

Prólogo.	9
<i>Pura Sánchez</i>	
<i>Motamid, ¿una obra nostálgica o melancólica?</i>	11
Las acotaciones y el epílogo	14
 <i>Motamid de Blas Infante</i>	17
<i>Emilio González Ferrín</i>	
El hombre y el mito	17
El mito y la historia	27
<i>Motamid y la Sevilla andalusí</i>	43
La obra <i>Motamid, último rey de Sevilla</i>	52
 Bibliografía	63
Para saber más	66
 <i>Motamid, último rey de Sevilla</i>	67
<i>Blas Infante Pérez</i>	
Personajes que intervienen en la narración	73
Jornada primera. Realeza libre y Realeza esclava	75
Jornada segunda. El triunfo de la Realeza	103
Jornada tercera. La agonía de la Realeza	143
Epílogo. El Peregrino del Cementerio de Agmat	199

Prólogo

Pura Sánchez

Investigadora y escritora. Fundación Blas Infante

LA FUNDACIÓN BLAS INFANTE, en su sostenido empeño por dar a conocer y analizar la vida y obra infantiana, colabora con el Centro de Estudios Andaluces en esta nueva edición de *Motamid, último rey de Sevilla*, una obra que podríamos calificar sin exagerar de rara. Rara porque pertenece a la escasa producción teatral de Infante, que solo escribió la obra que nos ocupa y la inacabada *Almanzor*. Pero, sobre todo, esta obra puede ser considerada rara, esta vez en el sentido de valiosa, por su belleza y singularidad.

Cuando se edita *Motamid* en 1920, Valle-Inclán alumbró *Luces de bohemia*; García Lorca está elaborando su primera obra teatral, *El maleficio de la mariposa*; el prolífico y poliedrico Jacinto Benavente publica dos obras que pasaron sin pena ni gloria, adivinándose así el fin de su mejor etapa como autor dramático, aunque estaba a punto de recibir el Premio Nobel de Literatura (1922); los utreranos hermanos Álvarez Quintero ya habían estrenado algunas de sus obras más aclamadas, acaba de salir de la imprenta *Solledades, galerías y otros poemas*, de Antonio Machado y un joven y «pudorosísimo» Luis Cernuda comienza su carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, lo que propició que conociera a Pedro Salinas, quien enseguida advirtió la singularidad de su alumno.

En lo que a la obra de Blas Infante se refiere, *Motamid* ve la luz tras la publicación de dos de sus obras capitales: *Ideal andaluz* (1915) y *La sociedad de Naciones* (1919). El hecho de que Infante cambie de género con *Motamid*, respecto a lo que venía escribiendo, no debe entenderse como una ruptura ni como un paréntesis, sino como una continuidad, tanto en el sentido político como en el interés pedagógico de sus escritos. El sentido político se lo da a *Motamid* la elección de la temática y, sobre todo, del personaje central y de la etapa histórica de Alandalus. El interés pedagógico reside precisamente en el género literario elegido. Es decir, en la capacidad pedagógica que

tiene el teatro, quizás mucho más que cualquier otro género, para explicar y transmitir ideas, propiciando que estas lleguen a un público diferente, de una manera creativa e imaginativa, a través de la aceptación de la convención dramática, suscitando en los espectadores emociones y sentimientos de una manera más viva.

No parece arriesgado pensar que, para Infante, la fórmula teatral era una manera especialmente interesante de comunicar sus ideas sobre Andalucía, sobre su pasado histórico y sobre la importancia de su conocimiento para los andaluces contemporáneos, una forma de facilitar esa conexión con el Alandalus que fue, a través de la emoción. Es, por decirlo de otra manera, otro modo de expresar algunas de las ideas clave de Infante, para que su reformulación posibilitara una mejor comprensión y mayor alcance.

De hecho, las dos obras siguientes a *Motamid*, publicadas ambas en 1921, serán precisamente *La dictadura pedagógica*, donde queda patente la importancia de la pedagogía política, y *Cuentos de animales*, una colección de fábulas con indisimulado carácter pedagógico, al estilo de las fábulas clásicas, donde de nuevo aparecen expuestas o desarrolladas algunas de sus ideas, con lenguaje sencillo y popular.

Motamid, último rey de Sevilla, fue titulada por su autor «Exposición dramática del reinado del Príncipe Abul Kasim Mohamed Ibn Abbad el Billah». Esta definición de su obra como «exposición dramática» hay que decir que coincide con el empeño de otros autores contemporáneos —Valle-Inclán y el primer Benavente entre ellos— de hacer un teatro que rompiera tanto con el decimonónico teatro romántico y realista como con el teatro burgués que triunfaba en la escena en ese momento. Y, por supuesto, con el teatro costumbrista, lleno de ripios y escenas acartonadamente tópicas.

A pesar de su historicidad, la obra no puede ser considerada un drama histórico, al estilo de los dramas románticos del Duque de Rivas o Zorrilla, por ejemplo, sino la evocación de una coyuntura, un hito, en la historia de Alandalus, a partir de fuentes históricas, tal y como indica el autor en su *Advertencia* final, donde señala la fuente histórica de la que ha bebido, avisa de las licencias que se ha tomado y subraya la fidelidad de los versos que pone en boca del rey poeta.

Motamid fue un personaje histórico, pero también un rey de leyenda, acaso el lugar donde habitan aquellos a quienes se les niega su sitio en la historia. Sin embargo, la intención última de Infante no parece que sea rescatar al personaje de la leyenda, ni siquiera ponerlo en la historia, sino hacer pedagogía, trayendo a la memoria —evocando— al personaje y su tiempo y creando, con ello, una asociación de ideas entre la Taifa de Sevilla y la Andalucía contemporánea a Infante.

En este mismo aspecto insistió Manuel Ruiz Lagos, en el prólogo que escribió para la edición de 1983, titulado «Para una psicología del pueblo andaluz». Para Ruiz Lagos, aunque las reivindicaciones de los andalucistas históricos se centraban en la resolución de los problemas endémicos de Andalucía, estos también se esforzaron por encontrar los elementos que configuraban nuestra idiosincrasia como pueblo. De ahí el interés de Blas Infante por la historia de Alandalus y también el hecho de que escribiera esta obra en la que, en opinión de Ruiz Lagos, se explica en cierto modo «la tragedia vital del pueblo andaluz», un pueblo de alma humanitaria, pacifista, creativa y amante de la libertad.

Motamid, ¿una obra nostálgica o melancólica?

La acción se sitúa en Sevilla y Agmat y muestra algunos de los acontecimientos más significativos que tuvieron lugar en el reinado del último rey de Sevilla, vividos a través de los ojos y el corazón de Abul Kasim, renombrado por sí mismo Motamid, tras hacer que la esclava Romaiquia, reinara en su corazón y su reino, nombrada como Itimad, una vez liberada de su esclavitud.

Estructurada en tres jornadas y un epílogo, con un número desigual de «pasajes» o escenas, la acción de las jornadas transcurre en la segunda mitad del siglo XI, mientras que el epílogo se desarrolla en Agmat, en la tumba de Motamid, en la primera mitad del siglo XIV.

Las tres jornadas están organizadas, en cuanto a su contenido, de forma similar; esto es, en todas ellas hay una narración en boca de un personaje, que ilustra, anticipa o recoge la acción propiamente dicha de la jornada, con un ritmo pausado, que se acelera a medida que se acerca el final de la misma. Este recurso, de narraciones encajadas una dentro de otra, recuerda las colecciones de relatos orientales, al estilo de la de *Calila e Dimna*, cuya traducción del árabe al castellano había llevado a cabo Alfonso X, antes de ser coronado rey de Castilla en 1252. Estas colecciones de relatos recogían enseñanzas morales y sentencias a través de parábolas que ayudaban a desentrañar el sentido de la vida.

Desde el principio, el texto está atravesado por un sentimiento de nostalgia, de lo que pudo haber sido y no fue. Una nostalgia que se adivina en el uso del adjetivo «último» en el propio título, de modo que quien lee, si no conociera nada sobre Motamid, ya intuye que la obra es la historia de un ocaso, no solo de un reino, sino de Alandalus y de las ideas que el príncipe Abul Kasim encarna. Pero la nostalgia no

es melancolía. Nostalgia ante la seguridad de que el presente dará paso a un futuro desventurado, lejos de Alandalus, es la que sienten Motamid e Itimad, ante la llegada de los invasores. Esa nostalgia que es la tristeza por la felicidad perdida. Pero la nostalgia no acaba con el afán por vivir, porque la vida se perpetúa en los hijos o en las ideas. En cambio, la melancolía es un engrudo pegajoso que mata el gusto por la vida y que paraliza a quien la siente. La nostalgia puede ser vivificante porque, en términos históricos, viene a decir que lo pasado no fue ni lo único ni lo mejor que pudo pasar, lo que pone el acento en las condiciones de posibilidad, que se crean en cada coyuntura y que impiden que la historia, la personal y la de los pueblos, esté guiada por un destino ciego y fatal.

Por tanto, en esta obra la nostalgia es la envoltura poética con la que desarrollar algunas de las ideas clave en el pensamiento infantiano. Ya en la Jornada primera, Infante muestra, a través de las reflexiones de Motamid y de la reacción del pueblo de Sevilla frente a los mensajes del Santón, el peligro de los fundamentalismos. Motamid, representante de una «realidad libre», quiere liberar a su pueblo de la intolerancia religiosa de los imanes, de la intransigencia de cadíes y faquíes y de la dictadura de los mercados, señalando así los enemigos internos del pueblo y del reino de Sevilla, tanto o más temibles que los enemigos externos, personalizados en las ansias colonizadoras de castellanos y almorávides.

Infante viste además a su personaje, Motamid, con los mismos ropajes y lo dota del mismo carácter que para él tiene el pueblo andaluz y que forma parte de su idiosincrasia: heterodoxia, prodigalidad, ansias de libertad y deseos de regirse por sí mismo. Por tanto, el dramatismo de la obra no radica solo en mostrar el ocaso del príncipe Abul Kasim y su reinado, sino en la evidencia de que ese destino cruel afecta a todo un pueblo, a una forma de sentir y a una forma de pensar. Por eso Infante pone en boca de Itimad la terrible frase: «No es la muerte de un pueblo, es el ocaso de una creencia».

El pueblo de Sevilla aparece en esta Jornada primera escuchando con burla e incredulidad al Santón, cuyo discurso amenazante no es sino la justificación de la destrucción que se avecina. El plan de «salvación» de los invasores almorávides se concretará en la Jornada tercera, por boca del poeta El Yaili en unas cuantas frases, que bien podrían ser eslóganes de algunas campañas electorales actuales: «Menos baños y más usura», dicen los comerciantes; «menos bibliotecas, menos ciencia y más juzgados» exigen los cadíes; «menos escuelas y más aljamas», proclaman los faquíes. El pueblo grita al Santón que es un pueblo libre, lo que da pie a la reflexión del príncipe Abul Kasim sobre la diferencia entre pueblo y muchedumbre, otra de las ideas clave del pensamiento infantiano.

La visión de la realidad que muestra el Santón en las primeras páginas no puede ser más significativa: pueblo impío, descreído, que no sigue los decretos coránicos —la narrativa construida por los imanes y los faquíes—, cuyas mujeres van con el rostro descubierto, estudian y discuten con los hombres en las tertulias... El príncipe Abul Kasim reflexiona al respecto: «Mi pueblo sabe que (...) yo percibo estas realidades, religión y ley, a través de cristales más transparentes que el cristal alcoránico, cristales limpios de sombras ancestrales, depurados por el genio de nuestra raza y por la reflexión de nuestra Filosofía...».

El sentimiento de nostalgia, la sensación de que todo está a punto de perderse, se intensificará a partir de la segunda mitad de la obra, en una serie de escenas con un gran sentido simbólico, en las que mientras Itimad espera que se obre el milagro de que el Rey, su rey, haga que la sierra se cubra con un manto de nieve, siente en su corazón «lúgubres augurios», que le hacen presagiar que el fin se acerca. Así, el autor utiliza una leyenda de particular belleza —la de la sierra cordobesa nevada de flores de almendro— para provocar, también en quien lee o presencia la representación, la nostalgia de lo perdido, ante la contemplación de la belleza. El contraste dota a esta parte de la obra de una belleza especial, al hacer el autor que convivan la alegría y la felicidad de Motamid e Itimad, que es la alegría de la vida que se perpetúa, con la conciencia de la cercanía de la muerte y la destrucción. La luz frente a las sombras.

En la Jornada tercera y última, la destrucción y la muerte no son algo presentido, sino realidades palpables. En ella, Infante sitúa uno de los diálogos de más profundidad filosófica: el que mantiene Itimad con El Cadí y El Faquí, quienes, en su ruindad, han ido a implorar por su vida al rey y a conseguir que este se rinda, amparándose en la evitación del derramamiento de sangre. Pero, mientras el Rey sale con los suyos a defender el último baluarte de Sevilla, mientras todo a su alrededor es muerte y destrucción, la Reina, con la serenidad que da la asunción de su trágico final, dialoga con estos dos personajes, que la acusan de impía y de haber llevado el reino a la perdición. Parece que Itimad, aun cuando no espera casi nada de ese diálogo, sigue confiando en el poder de la palabra. Aquí la figura de Itimad crece a un nivel que no había alcanzado hasta entonces: perdona la vida a sus acusadores y les muestra la importancia del diálogo. Mientras el Rey utiliza su espada de modo heroico, la Reina utiliza la palabra también de modo heroico, aunque sabe que son «la vida derrotada por la muerte». O precisamente por ello. El valor de la espada frente al valor de la palabra, que es el valor de la vida. Por eso insiste: «Nos declaramos vencidos, pero rendidos, no». Porque rendirse es renunciar a las propias ideas y al ideal. Rendirse es negar quiénes somos. Por eso es aquí, en boca de Itimad, donde se hace la mayor afirmación de identidad de un pueblo, aunque sea en términos poéticos: «El Ándalus

es un arrebató efusivo de la generosidad luminosa del sol». Y la confianza en la pervivencia de sus ideas, expresada a través de la metáfora de la semilla, que multiplicará la luz, siempre la luz, entre las tinieblas. Y una última afirmación: la única fuente de vida imposible de cegar es la esperanza: un mensaje de Itimad, y de Infante, para los andaluces y las andaluzas de hoy, hijos de aquellos que, como los hijos de Itimad y Motamid, representan la pervivencia de las ideas. De este modo, Itimad, alumbradora de hijos e ideas, convierte su maternidad en un ejercicio de resistencia de la vida frente a la muerte.

Las acotaciones y el epílogo

Especial mención merecen dos elementos que están a la vez dentro y fuera del desarrollo dramático de *Motamid*. Uno lo constituyen las acotaciones. El otro es el epílogo.

Las acotaciones, además de las funciones propias de estas en cualquier obra teatral (indicar entradas y salidas de personajes, gestos, posición de los mismos en escena o descripción del atrezzo), en este caso, contribuyen de manera notable a acentuar tanto el carácter nostálgico de la obra como la tarea pedagógica. Así, en la acotación que inicia la Jornada Primera, se utiliza un lenguaje lírico, difícilmente trasladable a la representación, con el que se sitúa a quien lee en Alandalus, el reino de la Belleza, habitado por un pueblo feliz y laborioso, todavía ajeno a las amenazas que se ciernen sobre él, y cuyo príncipe representa la «realeza del pensar, del obrar y del sentir». Esta acotación es, en sí misma, una invitación a la lectura, un instrumento para propiciar la inmersión de quien lee en una atmósfera de luz y felicidad, donde los personajes parecen flotar más que andar. Las alusiones a la luz son continuas a lo largo de la obra, pero nada da una idea tan exacta de la vida en ebullición como la descripción evocadora del ambiente a orillas del río Grande: «La polifonía de las voces que asciende de la tierra rima un himno con la policromía de la luz que desciende del cielo», mientras las aguas del Gran Río discurren lentas, como si temieran alejarse para siempre del reino de la Belleza.

Respecto al epílogo, este representa el intento del autor de subrayar el sentido de todo lo expresado. O quizás la insistencia en destilar y afinar pedagógicamente todo lo dicho o sugerido en el desarrollo del drama. Poco importa que la verdadera fecha de la peregrinación de Azzamad a la tumba de Motamid no sea la que se indica en el epílogo, algo que el autor aclara honestamente en su *Advertencia* final. Porque esta obra no quedaría completa en su sentido sin él.

Cómo no reconocer en el campesino esclavizado, uno más de los «campesinos sin campo», a la propia Andalucía y a los jornaleros andaluces; un campesino que, ante su mísera realidad presente, exclama incrédulo «¿Y yo soy un rey?». Incredulidad y asombro que le vienen justamente porque desconoce su pasado.

Otro personaje significativo es el peregrino que, lleno de emoción al recordar las palabras del rey Motamid sobre Agmat, provoca un cruce de nostalgias: la del rey que mira a su tierra añorada, y la del peregrino que admira y añora la figura de su rey. Ambos comparten el común sentimiento de la pérdida de una patria. En ese cruce de nostalgias, ambos son igualmente peregrinos.

Aquí vuelve a aparecer también la luz. Para nombrar a Itimad no existen palabras hechas de sonido, «sino de luz»; porque las palabras se revelan insuficientes para nombrar a la diosa que mora y «ríe en el regazo celeste del atardecer». Y la tumba de Motamid es ya definitivamente la *Kasba* de la religión verdadera que no es otra que la de la Libertad, la Belleza y el Amor.

A esa *Kasba* es a la que peregrinó Blas Infante y a esa religión es a la que rindió culto.

En el epílogo tampoco se abandona la narración dentro de la narración: el penitente segundo cuenta al peregrino lo que escuchó en el desierto de la voz y los labios del andaluz Azzamad, versos que son de «su» Rey, muerto en el destierro. Y así descubre el penitente segundo que Motamid es su antepasado, sembrando en él el deseo de viajar a Agmat. De nuevo, el poder de la palabra, que es capaz de componer la historia, de despertar las almas, de comunicar el conocimiento. La palabra hecha historia, las palabras con las que armar la historia.

El final del epílogo constituye el desenlace definitivo de la obra: el recuerdo y el legado de Motamid e Itimad ha quedado prendido en los corazones de sus descendientes: la Reina y su corte de estrellas transitan ya por el cielo inalcanzable de la memoria. Ya no están, ni ella ni su Rey al alcance de los cadíes ni de los imanes. Ya habitan el territorio de la poesía, el territorio del ideal, aquel en el que es posible aún conservar la vida conservando la memoria.

La lectura de este texto, cuyas dificultades para su representación son evidentes, aunque no insalvables, provoca un efecto seductor en el lector o la lectora actuales: el lirismo de sus acotaciones, la filosofía que traslucen sus diálogos, la pedagogía de los paralelismos, el destino dramático del rey poeta y de la reina filósofa y la nostalgia de un tiempo de luz, habitado por hombres y mujeres de luz... la luz que para Infante es

la conciencia, frente a la oscuridad o la sombra, que es la ignorancia donde se sumerge para él la historia del pueblo andaluz desde entonces.

Tal vez todo esto también lo percibió con claridad M.^a Angustias García Parias, quien pidió insistentemente a su marido que esta obra viera la luz. Así lo reconoce el autor y por ello le escribe la siguiente dedicatoria: «A María de las Angustias, quien tuvo un vehemente deseo por ver publicado este libro».

Gracias a ese vehemente deseo de doña Angustias y al empeño de la Fundación Blas Infante, hoy podemos imaginar, a través de las palabras de su autor, la luz y el sonido, el sentir y el pensar de un pueblo; podemos percibir la pervivencia de una creencia y de un ideal.

Estudio introductorio

Motamid de Blas Infante

Emilio González Ferrín

Universidad de Sevilla

El hombre y el mito

1

SE CUENTA QUE FUE EL POETA DE GUADIX Ibn Arqam, visir del rey Almutasim de Almería, quien nos dejó, en torno al año 1050, unos versos tan referenciales de la identidad andaluza como inaugurales de una reducción sintética de lo andalusí: «una bandera verde se ciñe un cinturón blanco con la aurora. Te envuelve con su refrescante sombra. Que ella te conceda felicidad y te regale un alma victoriosa». En principio, desde estos versos hasta la costura de la bandera andaluza, inspirada por Blas Infante (1885-1936), quedaría garantizada la continuidad histórica de Alandalus hasta su desembocadura andaluza, la lógica de una coherencia social y geográfica, su carácter inevitablemente evolutivo: desde una realidad histórica que suele costar asumir —el sentido de lo andalusí en la historia de España y Europa— hasta su inserción simbólica en la identidad andaluza. Alandalus estuvo siempre presente, allá en el fondo, en el imaginario intelectual de Blas Infante. Probablemente tan presente como una clara conciencia social, y quizá fusionándose ambas inquietudes en una sola interpretación esencialista del todo conglomerado Alandalus-Andalucía. A partir de esos mimbres históricos, y de su proyección social contemporánea, el padre de la patria andaluza recreó metafóricamente el mito originario de la esencia de Andalucía, con Alandalus hecho palabra implícitamente en una serie de obras, así como explícitamente en otras, de entre las que yo destacaría sus dos grandes piezas teatrales: *Motamid*, *último rey de Sevilla*, publicada en 1920 y de la que nos ocupamos hoy, así como la inacabada *Almanzor*, que probablemente debería analizarse siempre en conjunto con la anterior y como su segunda parte.

Sin embargo, y pese a que esta continuidad, aquí destacada, entre lo andalusí y lo andaluz, podría parecer casi una perogrullada, resulta que sorprendentemente no lo es, debido a la interferencia de otras coloraciones, exclusivas y excluyentes, en los diversos esencialismos españoles que han abarcado a Andalucía, la tierra homogeneizada geográficamente por el valle del Guadalquivir. Así, podemos partir de la base de que el padre de la patria andaluza —y lo recalco ahora para destacar el carácter oficial de tal denominación, según el reconocimiento explícito del parlamento andaluz en 1983, y de nuevo recogido en la reforma del Estatuto de Andalucía en 2007¹— no representó una aportación más en el desarrollo lógico de ciertas narrativas históricas, sino precisamente más bien una revolución. No se veía a Alandalus en Andalucía, y mucho menos en España; no suponía una tradición, en los años 20 en que escribe nuestro autor. No implicaba una continuidad, sino una recuperación desde la nada. Desde esa ausencia, esa evidente carencia, y merced a un honrado compuesto de proyección emocional, intelectual y social, Blas Infante percibió de todo corazón la realidad sociológica andaluza como algo secretamente andalusí, específicamente presente en lo enquistado como morisco. Y esto ciertamente no creó una realidad concreta, sino que dio lugar a diversas formas abstractas de sustitución, que en el género literario que nos ocupa hoy, por la obra *Motamid*, adquirió una muy adecuada forma de representación, en su doble sentido más directo: al ser representable, siendo teatro, y por representar y evocar, más que racionalizar y analizar, los elementos andalusíes presentes en un algo complejo que podemos denominar, por el momento, el alma andaluza.

2

Así que recapitulo diciendo que Blas Infante, padre de la patria andaluza, creó metafóricamente un mito de esencia andalusí para la construcción de una realidad social proyectable hacia el futuro: Andalucía. Iremos avanzando en esta idea, pero me interesa ahora soltar un lastre importante: la Andalucía de Blas Infante, continente del legado andalusí, en modo alguno puede o debe ser relacionada con elementos religiosos característicos, específicamente musulmanes. Es este un lastre, decía, que impide que emerja la limpia comprensión de la recuperación andalusí de Blas Infante. Un lastre relleno de pesada y oscura arena calumniadora hacia la figura de un hombre comprometido con un tiempo y un pueblo; un notario asesinado entre las peores brumas del cainismo español. No tenemos base alguna para afirmar que Blas Infante fuese musulmán. Es más, tenemos testimonios personales de sus familiares más cercanos que apuntan a cómo el despacho abandonado de aquel paisano andalucista, arrancado de

1 BOE-A-2007-5825.

su casa, quedó compuesto y sin alma tras su asesinato, pero decorado como siempre con algún que otro motivo cristiano tradicional, entre los que destacaba un Cristo y el inevitable cuadro de una Virgen María.

Nada hay de malo en practicar una fe concreta o ninguna, pero sí lo hay en etiquetar a la gente por el mero objetivo de extranjerizarlo, alienarlo, deslucir su labor personal para diluirla en intereses espurios de países diferentes, que es la principal baza del menosprecio hacia el andalucismo de Blas Infante, por parte de una serie de voceros, incapaces de comprender dos cosas: una es que la complejidad del tiempo andalusí reside principalmente en su carácter árabe mixto, en que gentes de diversas condiciones sociales, religiosas, étnicas, no tuvieron más remedio que convivir. Por lo mismo, hablar de Alandalus como la España musulmana es un error categorial. La segunda cosa que no se comprende es el inevitable guiño orientalista que nos lleva a vestarnos a la morisca a cualquiera de los que hemos viajado a países árabes. Que Blas Infante aparezca en fotos vestido de rifeño o que buscarse la tumba del último rey árabe de Sevilla —el siguiente rey sería ya castellano, tras la restitución llevada a cabo por Fernando III, después del hiato de las invasiones norteafricanas—, lo convierten en un turista de su tiempo, similar a cualquiera de quienes después hemos hecho rutas y visitas parecidas.

3

Pasemos, pues, al meollo de la recuperación andalusí de Blas Infante, siempre a beneficio de inventario de la Andalucía en el tiempo que le tocó vivir, empobrecida por el latifundismo y la decisión centralista de excluirla de ciertas industrializaciones, así como lobotomizada en su memoria popular, con cuya transfusión narrativa andalusí pretendió nuestro autor animar una recuperación socio-económica, entendida mitográficamente como retorno: volver a ser lo que fuimos. No hay que irse muy lejos para historiar los precedentes autoctonistas en los que se inserta la rehabilitación andaluza de Blas Infante. En el mismo texto del Boletín Oficial del Estado que citaba antes, el que incluye como Ley Orgánica de 2007 la reforma del Estatuto de Andalucía, se alude a los precedentes políticos desde los que nuestro autor pretendió encarrilar una reforma social. Se habla de una Constitución Federal en 1883, de las Juntas Liberalistas de Andalucía, así como de una cierta Asamblea de Ronda en 1918, en la que se aprobaron la bandera y el escudo andaluces.

Pues bien, la recuperación andalusí ya estuvo allí. Con más ecos que voces, es verdad, pero así es como se transmiten universalmente los hechos históricos: a través de la literatura —no olvidemos que lo es— de las crónicas palaciegas. Esos ecos envuelven a

la explicación del símbolo andaluz por excelencia: su bandera. Comenzaba estas líneas con la alusión al célebre poema del accitano Ibn Arqam, en que se describía una bandera en la alcazaba de Almería. En realidad, no hay constancia directa de aquel célebre poema, y lo más fiable que puede rastrearse buscando ideas parecidas no llega a épocas anteriores a 1610, cuando publicó el historiador magrebí Al Maqqari (m. 1632) su célebre y extensa crónica que lleva por título completo *El aroma del brote andalusí —Nafḥ al-tib min gusn Al-Andalus al-ratib—*. En ese libro sí aparece una reiterada alusión a la simbología representativa de lo andalusí en el imaginario poético árabe. A Blas Infante le habría encantado conocer al citado Al Maqqari, recuperador de las glorias pasadas de Alandalus ya desde lejos en el tiempo, percibidas desde un norte de África poblado de moriscos peninsulares. Pues bien, el nostálgico historiador árabe recoge una expresión, prácticamente memética, conservada oralmente por aquellos moriscos norteafricanos en sus cantos de onírico retorno a Alandalus: **صنائعنا خضر مرابعا**: */bayd šanāʿiʿunā, juḍr marābiʿunā/*, *el blanco de nuestra cerámica, el verde de nuestros pastos*, en impecable cosificación cromática de una gloria andalusí, que la sensibilidad de Blas Infante logró encarrilar hacia la misma emoción sustitutiva de la memoria.

4

Hay buenos análisis de este género literario-político militante, en el que encontró asilo la pluma de Blas Infante. Un libro emblemático y recopilador, a este respecto, resulta ser el de Alberto Egea, *Un nacionalismo alternativo en la literatura andaluza*², profundo y bien ilustrado análisis de la relación entre el proyecto nacionalista y la literatura en el contexto andaluz, voluntariamente especificado en tanto que diferente, precisamente como reacción a determinados centralismos que han pivotado la historia de España, probablemente más narrativos incluso que políticos. La idea misma de lo alternativo, en el título de este libro, alude precisamente a algo que nunca debe pasar desapercibido en el acercamiento a la obra de Blas Infante: no fue un separatista —y ya tenemos dos rechazos: ni musulmán ni separatista—. Su nacionalismo —así, alternativo— propone una remodelación de la identidad andaluza, recuperando forma y músculo histórico a la vez que justicia social, que siempre es universal, el elemento probablemente ausente en los separatismos al uso, que por definición son exclusivistas e insolidarios: «No defenderé para Andalucía nada que no defienda para cualquier otro rincón del

2 Alberto Egea (2001), *García Lorca, Blas Infante y Antonio Gala: un nacionalismo alternativo en la literatura andaluza*. Sevilla: Fundación Blas Infante.

mundo», escribió Infante en su *Fundamentos de Andalucía*³, en inequívoca alusión a un sentido más igualitario de aquella citada justicia social, que en Infante iba indefectiblemente asociada a la precaria situación del campesino andaluz, lo más cercano en su obra y pensamiento al morisco de nuestra historia. Ambos, morisco en la memoria y campesino a la vista, sentidos por Blas Infante como una conexión especificadora de cierto colonialismo histórico, que llamaríamos hoy día.

Ese sentido social de Infante, que lo llevó a comprender la conexión entre el morisco y el campesino andaluz, ambos unidos por una misma opresión, naturalizada narrativamente en el clásico sentido centralista de dominación sobre pueblos estigmatizados; los pueblos que Infante percibe en su memoria mitográfica andalusí. Yo entiendo esa narrativa de Infante —andalucista no separatista, social y humana, igualitaria—, enmarcada en una ideología que influyó sobremanera en su forma de entender la causa andaluza: el muy universalista ideario de su tiempo conocido como georgismo, teoría económica, política y social que debe su nombre al economista norteamericano Henry George (1839-1897) quien, en su obra *Progreso y miseria*, concibe verdaderamente la historia como un proceso pendular de colonización y descolonización, proponiendo un equilibrio sobre la base de la propiedad común de las tierras, el bien raíz por excelencia en los tiempos que aún llegó a vivir Blas Infante en Andalucía. En la revolución georgista, la tierra no debería ser privatizada, menos aún monopolizada, gravándose su utilización con un único impuesto que sustituiría a todos los demás y cuyo fundamento sería la equiparación económica y la eliminación de desigualdades sociales.

5

La revolución ideológica georgista se presentó ante el ávido lector Blas Infante como el bálsamo adecuado para las dolencias neo-esclavistas, neo-moriscas, del campo andaluz. Las inhumanas desigualdades sociales de los latifundios andaluces, que gritaban pero solo eran escuchadas por intelectuales de un nivel económico elevado que tuviesen la sensibilidad humana de nuestro autor, reproducían con exactitud los cuadros de infamia social descritos por Henry George, cuyas soluciones redistributivas están en la base del ideario de Infante: la larga herencia de opresión, en esa cadena invisible entre el morisco post-andalusí y el campesino andaluz, y la nivelación soberana de los pueblos de Andalucía. De este modo, tal compromiso social georgista inunda su obra

3 Blas Infante (1983), *Fundamentos de Andalucía*. Ed. Manuel Ruiz Lagos. Sevilla: Fundación Blas Infante. Véase: Manuel Ruiz Romero (2010), *Blas Infante Pérez (1885-1936)*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, pág. 27.

de 1931, *La Reforma Agraria en Andalucía*, así como la citada *Fundamentos de Andalucía*. Pero es en la primera en la que Infante recarga sus tintas, defendiendo una revolución normativa sobre la propiedad y explotación del campo, abogando por lo que se llamó una socialización de la renta de la tierra, inequívoca traducción del impuesto único georgista.

Este georgismo inundó asimismo la ya citada justicia social universalista de Infante, situándolo a medio camino entre la completa incautación de los bienes, propuesta por el comunismo, y la perpetuación del latifundio andaluz como cadena no solo de sujeción de los brazos campesinos sino de unión vertical, histórica, con un pasado de humillación frente a los expulsados andalusíes. Y por ahí empezarán a asomar también otras cadenas, las del último rey árabe de Sevilla, que, abrumado por el peso del hierro, contempló su ciudad por última vez, camino del destierro tras la invasión de los almorávides. En ese Motamid encadenado, expulsado, oprimido, sustentaría Infante su visión humana, social y económica de una historia de Andalucía, en pugna por la superación de los viejos modelos del corsé castellanista. La obra que nos ocupa es, por tanto, una suerte de grito, fruto de la indignación, a medio camino entre el Motamid furioso y el Alandalus liberado, por buscar avales literarios entre Ludovico Ariosto y Torquato Tasso, todo ello operativamente dirigido al despertar de Andalucía en su presente.

6

Esos viejos modelos históricos se le antojaron a Blas Infante una losa centralista, castellana, cristiana vieja, frente al paradigma de orgullo, cultura y libertad interior, que vendrá a simbolizar el rey poeta Motamid. La historia que concibe Blas Infante no es una secuencia de batallas y listas de reyes al servicio de ideas etéreas, sino una constante presión centralista sobre una Andalucía desprovista de una memoria cultural andalusí y, por lo mismo, cegada y sometida a la presión de los nuevos conquistadores: los latifundistas. Entiendo muy correcta la descripción, llevada a cabo por Alberto Egea, en su libro citado, de un cierto andalucismo literario que se adapta a las formas de la época y que en la de Infante no pudo evitar ser campesino y morisco. Los personajes literarios contribuirían a construir una identidad andaluza, a través de las obras de Infante, en una comunión perfecta entre inquietud política, sentido de la historia y justicia social. Los poetas, los músicos, los guerreros llevarán la antorcha de un futuro para Andalucía que literariamente se mira en el espejo de un tiempo pasado áureo, Alandalus, en el que se idealizarán balsámicamente los asuntos más dramáticos de su época como la tierra, la cultura popular, las tradiciones y el sufrimiento histórico de la Andalucía de principios del XX.

Este citado nacionalismo alternativo de Blas Infante, enmarcado así en esas coordenadas antes trazadas —historia andalusí, cultura popular, justicia social— no busca bajarse del carro, al estilo de cualquier separatismo al uso, sino precisamente subirse a él. Equipararse a él, igualar recursos, formación, futuro, en base a un mérito preferencial: la cultura andaluza que ha sabido mantener latente el tiempo modélico de Alandalus. De ahí que resulta descabellada la equiparación del nacionalismo andaluz de Blas Infante y cualquier forma de nacionalismo separatista. Cuando se busca la descolonización de una historia y su territorio no se pretende escapar, sino llegar. No es desconectarse sino, precisamente, volver a conectar como en el tiempo en que era esta tierra el kilómetro cero de la cultura peninsular. Este nacionalismo alternativo en la literatura andaluza, y específicamente en las obras de teatro de Blas Infante, tan recargadas simbólica e ideológicamente, se definirán más por una reivindicación de la identidad cultural y social de la región, a través de esta literatura, que por la búsqueda de la independencia política.

7

Dicho de otro modo: tiene más de grito que de ruptura. Aquí encaja muy adecuadamente la exploración similar que el escritor cordobés Antonio Manuel lleva a cabo en el mismo terreno del nacionalismo literario, alternativo, según vemos. Su concepto del quejío, enseña de resistencia, poéticamente asociado al ideal del flamenco como asidera esencialista de una Andalucía a la deriva; un grito ancestral cargado de memoria, resistencia y emociones profundas. Antonio Manuel vincula este quejío con las raíces históricas y sociales de Andalucía, reinterpretándolo como un eco continuista asociado a la geografía del valle del Guadalquivir; de los pueblos que han habitado la región a lo largo de los siglos: fenicios, romanos, árabes —ya fueran estos judíos, cristianos o musulmanes—, gitanos y campesinos. Este autor identifica el quejío como una voz que resuena desde las profundidades de la historia andaluza, enraizada en la convivencia y mezcla de las culturas que han dejado su huella en la tierra; un testimonio vivo de la riqueza intercultural y la memoria de aquellos marginados o perseguidos, en la misma línea de recuperación simbólica del morisco a través del campesino que lleva a cabo Blas Infante.

Al igual que para el padre de la patria andaluza, para Antonio Manuel se impone ya un grito de denuncia contra la opresión y la injusticia social que, sintetizado simbólicamente en el flamenco, adquiere un sonido desgarrado, reflejo de las penurias de los desfavorecidos, ya sean estos jornaleros, esclavos o exiliados que, a lo largo de la historia, encontraron en el cante una forma de expresar su sufrimiento y resiliencia. Antonio Manuel trascendentaliza el grito andalusí de Blas Infante. Ese quejío es prác-

ticamente espiritual, una manifestación de lo inefable que conecta con el pasado andalusí en que el lamento fusiona —en nuestra memoria de esos tiempos— la música y el misticismo⁴.

8

En un sentido muy similar, la continuidad histórica para Blas Infante, sutil pero imborrable, se expresa en su obra dramática en tanto que descripción metafórica de una Andalucía árabe que adquiere, por fin, su voz rebelde. Una voz transmitida de generación en generación. Secuencial, continua y coherente, marcada por imágenes sucesivas —romances, viajes, percepción de un determinado paisaje andaluz al estilo telúrico, decoración del hogar, estudios árabes...— en las que podemos enmarcar y calificar una serie de obras como suerte de alegoría, entendida como una secuencia ininterrumpida de metáforas conmovedoras. En gran medida, la obra dramática de Blas Infante busca precisamente eso: concatenar metáforas, exagerar simbolismos al estilo de las fábulas clásicas, que con su atemporalidad consiguen mantener vivas las obras; que las buenas novelas históricas suelen envejecer mejor que las que destacan actualidades, quizá efímeras y obsoletas tras el paso de algún tiempo. Con esto en mente, con el reconocimiento de tal secuencia metafórica dramatúrgica, las dos posibles lecturas de sus obras, específicamente la más emblemática de ellas que nos ocupa hoy, *Motamid*, serían, por un lado, qué nos quiere contar de quién en la época andalusí, y en segundo lugar lo que nos viene ya ocupando un rato: en qué consiste la propia restauración alegórica por su relación con quien la crea y cuándo, su entorno, la aplicación inmediata del idealizado grito andalusí en la callada Andalucía del XX.

No es este el lugar, ni creo que tengamos ya los medios, para una búsqueda introspectiva de la razón de ser del autor Infante. Su indudablemente motora actividad vital y psicológica. Podemos entreverla, sí, a través de cuanto estamos queriendo contemplar acerca de su inquietud social y su empatía hacia el morisco-campesino. Habrá razones para comprender —o explicar, sin que lleguemos a comprender— por qué su figura pública se proyectó entonces, en su tiempo vital —y aún hoy en determinados sectores— de una manera tan sesgada, dura y manchada que nos permite intuir algo de forma sutil: Blas Infante pertenecía al estamento social del que él mismo pudo renegar en gran parte. El inclasificable Blas Infante, vitalista hasta la indignación y original hasta la excentricidad, no aparece en las mentalidades de los andaluces contemporáneos por verse inmovilizado, petrificado en tanto que héroe brutalmente asesinado en

4 Antonio Manuel (2021), *Flamenco, arqueología de lo jondo*. Córdoba: Almuzara.

una acequia, como parte indiscutible de la historia universal de la infamia, de la que escribió Jorge Luis Borges. En este sentido, el biógrafo o la biógrafa que haga suya la misión de proyectar verdaderamente la vida de Blas Infante —y no solo su paseo hacia esa muerte injusta—, deberá estar preparada para saltos en el escenario previsto y para guiños cómicos que, como decimos, son incompatibles con las percepciones de los padres de las patrias del siglo XIX, biografiados como quien pinta el cuadro de un mariscal. Entre otras cosas, se podría pensar que Infante proyectaba una *matria*, más que una patria. Es decir, una cierta referencia a la afección, una percepción del país y del pasado compartido como vínculos maternos, más allá de la estricta paternidad marcial, tensa y seca, de las patrias compartidas.

9

Infante muestra sus diferentes idearios a través de su obra, seguramente en elementos embrionarios de un ser polifacético cuyo despliegue final fue truncado por un acto canalla. Su cromatismo biográfico es interesante: en plena aventura hispanoaficana, decía, visitó la tumba de Motamid, el rey poeta de Sevilla, allí en Agmat, al sur de Marrakech. También se fotografió vestido con chilaba junto a un tal Omar Dukali, retratado como un supuesto descendiente de la Sevilla andalusí a través de emigrados, desvaídos ya por el paso de los siglos. En este enorme guiño orientalista, indudablemente hijo de su tiempo, seguramente le tocó escuchar la inevitable retahíla a la que todos hemos asistido en los países del norte de África acerca del entroncamiento de muchos marroquíes —también argelinos, tunecinos, algunos libios— con el pasado andalusí. Y siendo, sin duda, hombre de bien, el pobre Infante debió de sucumbir ante la versión marroquí del síndrome de Stendhal: la bofetada de un viaje en el tiempo al contemplar las alcazabas de sus ciudades, inevitablemente parecidas a las nuestras del sur —y no tan sur— de España por dos razones: porque todos fuimos árabes durante siglos, compartiendo modos arquitectónicos y artesanales, y también por la invención del llamado estilo hispano magrebí en Marruecos, debida a la acción colonizadora de España —y principalmente Francia—, cuando se dedicaron a reconstruir las ciudades de Marruecos siguiendo los patrones y los planos de la Alhambra, el Alcázar de Sevilla o la mezquita de Córdoba⁵.

Fue Infante un hombre público, característico de principios del siglo XX, asiduo de casinos y tertulias, así como miembro de una cierta Asociación Universal de Esperanto. Conservaba un cilicio con una cruz clavada en el escritorio de su oficina —curioso ele-

5 José Antonio González Alcantud (ed.) (2010), *La invención del estilo hispano-magrebí. Presente y futuros del pasado*. Barcelona: Anthropos.

mento para su pretendida musulmanización—; recogió y entrenó a un zorro llamado Dimas, que le inspiró un interesante relato⁶, prácticamente de prosa caballeresca al estilo de los espejos de príncipes o del *Calila e Dimna*. Puso por nombre a su casa «de la alegría» —escrito a veces en árabe, *Dar al-Farah*—, contemplando en ello, cierto bienintencionado público esotérico, determinados condicionantes sufíes inexistentes, a poco que se sepa que su hija pequeña se llamaba Alegría. Los buscadores de señales también ven algunos elementos de rituales masónicos orientales en determinadas puertas de su casa, tan pequeñas que hay que agacharse para franquearlas. Pero todo simbolismo queda disuelto al contarse en la casa con información de cómo Blas Infante compró las puertas en un saldo y sin poder ya modificar su tamaño.

10

Esa casa, la de Blas Infante en Coria del Río, es un genuino monumento neoandalusí, raro por oscuro y mal distribuido. Personalista, bastante kitsch, y sin mucho asesoramiento arquitectónico. Un hombre que escribió en la superficie —y detrás— de un mueble en aljamiado —español con letras árabes—, refiriendo agradecimiento a una tal amiga Leocadia, una «morisca» —según aparece— de Casares... Este hombre está pidiendo a gritos una biografía moderna, no una al estilo hagiográfico al que nos tienen acostumbrados. Porque su proyección fue más humana y mundana que de prócer y porque, en definitiva, fue una persona más proclive a aplicar ideas que a reproducirlas académicamente, ya que, como buen georgista, estaba convencido de que la renovación cultural de Andalucía traería sin duda beneficios históricos si la presentaba como un instrumento de su desarrollo económico. Hombre, al cabo, de aplicación, no teorización a la violeta.

Pero insisto: por mucho que nos sorprenda el modo en que siempre salta la persona por encima del personaje, que emana lo humano por encima de toda utilidad política, lo que aquí nos interesa es el contenido de su alegoría andalusí, a pesar de que el factor humano, con sus inquietudes sociales, explique parcialmente las imágenes y los porqués de esta secuencia de metáforas en sus obras, específicamente en *Motamid*. Es, entre otras cosas, ese propio factor humano lo que nos hace tomar en serio su alegoría andalusí, incluso si la historiografía contemporánea la menosprecia, porque no se habla de Blas Infante en el panteón de hombres ilustres de España, y porque poco se habla de él en Andalucía, al margen de cariñosas referencias en los colegios. Y segura-

6 Existe una muy buena edición reciente de la obra, editada por la Fundación Blas Infante y el Centro de Estudios Andaluces, en edición de Manuel Hijano del Río (prólogo), Norberto Ruiz Rodríguez y Manuel Ruiz Romero (ambos, estudio introductorio).

mente es debido a que se percibe en la obra de Infante una cercanía personal, popular, ajena a toda pretensión academicista. En concreto, de su colorista recuperación andalusí se deduce algo más cercano a una evidente sinceridad que a una impostación; una confianza plena en la guía certera del pasado, en los tiempos de Motamid, como referencia para el futuro de Andalucía. Pero se lo escribe al pueblo, no mirando de reojo a los eruditos. *Motamid* es prácticamente un vodevil orientalista pensado para representaciones de colegios, no soñando en los colores de los carteles y pasquines teatrales.

El mito y la historia

1

Alandalus emergió del interior, en pleno valle del Guadalquivir; no es el producto de ninguna invasión o conquista. Pero su eclipse sí lo fue. La cadena de acontecimientos históricos que se produjo por el choque frontal entre dos expansionismos —la Córdoba de los Omeyas y el León de los Alfonsos— a partir de mediados del siglo X, sumada a la llegada de dos visiones integristas de la religión ideologizada —el cristianismo románico de Cluny desde Francia, frente al radical unitarismo musulmán de las dinastías norteafricanas desde el sur— agitaron de tal manera las aguas andalusíes, peninsulares, que se puso en marcha un efecto pendular hispano que probablemente aún sigue funcionando: centralización y descentralización, sístole y diástole en una alternancia de siglos, especialmente crítica en lo político pero muy rentable, a largo plazo, en lo cultural. Todo siglo de oro ha sido siempre una edad conflictiva, como diría Américo Castro⁷, y la tensión de convivencia peninsular fue poco a poco tejiendo dos relatos enfrentados, excusas ambos, siempre, de expansiones o disensiones: el mito de la autenticidad resistente de lo cristiano contra lo moro, frente al mito de la excepcionalidad invasiva de lo musulmán. Hijos ambos de las mismas genéticas y geografía —pero contruidos como un nosotros frente a ellos—, se hicieron tan fuertes ambos relatos en su oposición que, con los siglos, solo podía quedar uno. Blas Infante percibió que el otro, el eclipsado, el colonizado y anulado, parecía latir debajo de la planicie latifundista y nacionalcatólica de Andalucía. Que, como decía antes, el campesino andaluz había heredado la tragedia de la pérdida de Alandalus; su quejío, su grito redentor.

7 Américo Castro (1972), *De la edad conflictiva*. Madrid: Taurus.

Blas Infante conocía las señales del relato, crecido este en la memoria popular y, sin duda, regado por las casualidades vitales. Ese Blas Infante viviendo en Archidona, por ejemplo, indudablemente oyó hablar del mito de aquel fundador dinástico recogido como Abderramán I y su paso por esa misma localidad, o el papel de esta en diversas revueltas como la de Omar Ibn Hafsun... El carácter levantisco del monte, de la localidad en el campo enfrentada a la capitalidad, forjaría sin duda la citada simbiosis, esencial en la obra de Infante, entre el campesino andaluz —sumiso o irredente, según la temperatura del agua y los tiempos— y el morisco legendario. Hijo asimismo de un tiempo intelectual bien concreto, Blas Infante conocía bien los debates regeneracionistas en torno al 98. Las diversas formas de entender esa regeneración y desde dónde. El desencuentro de posturas, que hoy podríamos alinear en torno a una misma visión humanista, pero que se desplegaron claramente desde perspectivas diferentes: el norte casticista de Unamuno frente al sur aireado de Ganivet, por ejemplo. Dos modos de entender España y sus conflictos en los que nuestro autor debió percibir con claridad el olvido proto-folklorista de Andalucía. Y que, fuera cual fuese el tiempo histórico en cuestión, se abría paso por toda la intelectualidad española un cierto esencialismo determinista: que existe un determinado carácter de los pueblos, y que solo nos queda definir cuál es tal carácter y/o cuál es el pueblo. Blas Infante no fue impermeable a las modas del determinismo histórico, de continuidad prácticamente biológica, que en su caso dibujaba un claro enlace andalusí-andaluz, sólo epidérmicamente aplastada por el centralismo castellano y llamado a levantarse de nuevo.

2

De ahí emana lo que podemos denominar la metonimia andaluza de Blas Infante, la parte por el todo. El autor va a evocar en su obra, sin necesidad de explicitarlo teóricamente, un tiempo andalusí que España entera ha decidido arrinconar en el valle del Guadalquivir y que ahí ha sido aplastado por la dialéctica histórica del conquistador convertido en latifundista. No tiene que explicar el autor por qué Motamid es un héroe ya solo del sur, pero sí puede evocarlo. Convertirlo en personaje refractario de la humillación, de la opresión. Recubriéndolo de una honestidad que confiere a Andalucía —en esa metonimia, esa parte por el todo— su contenido, su rigor, su pasado glorioso. Por ello, inventa la metonimia citada basándose en dos datos comúnmente admitidos y que va a ser difícil sacar del cajón de los errores históricos: que solo Andalucía hereda Alandalus y que este sobrevive en el elemento árabe reinjertado, desde jugar con vestuarios hasta decorar casas. Lo cierto, sin embargo, es que Alandalus representaba prácticamente toda la España y Portugal actuales y el elemento árabe era cultural y común, no religioso y exclusivo. Que ese mundo cultural se tradujo, se filtró, en la

España y Europa renacentistas en las que se asumió como parte del legado clásico. Es decir, que Alandalus ya estaba en la España que expulsó a los moriscos. En la que sigue expulsando.

La idea es sencilla pero nada simple. Atractiva para cualquier mente pensante andaluza, pero letal en el entramado inevitable de lucha de clases, elevado al rango de alternativa centro y periferia: Andalucía como ejemplo de materia prima duradera en la lucha de clases, como la revolución venidera, codificada en términos de un «volver ser lo que fuimos». La simbiosis perfecta entre la morisquidad de España y la andalusización del paraíso perdido. Decía que es una idea sencilla pero nada simple, porque en su percepción del campesino andaluz como hijo de moro, se estaba apuntando indefectiblemente a una opresión contra el morisco, ocasionalmente también expulsado, al igual que lo fue Motamid. ¿Quiere el andaluz volver a ser expulsado, dado que después de la opresión viene siempre la supresión? ¿Quiere las cadenas de Motamid? De ahí emana la operatividad de la imagen. Cuando Infante impuso esta indeleble huella árabe al trabajador común y corriente, tal vez quiso expresar con una sola palabra la molesta marginalidad del trabajador sin derechos. Poco importa que el orden de los factores no fuera exactamente el mismo, pero no está de más recalcarlo: no, el campesino andaluz no es el morisco, es que este era tratado socialmente como luego lo será cualquier jornalero andaluz. De todos modos, la relación establecida es completamente válida, aunque convenga invertir los términos a los efectos históricos, so pena de caer en peligrosos esencialismos: hablar de sangre morisca es jugar a identidades verticales —históricas— y no horizontales —opresiones presentes—. Es pretender una genética inamovible cuyo error histórico se trasluce sin contestación en un ejemplo rápido: equivale a, por poner un caso, colocar en la misma casilla de víctimas a los asesinados vilmente en los campos de concentración alemanes y a los asesinos de niños palestinos.

3

Buen hijo de su tiempo, andaluz, español y europeo, según veremos, Infante bebe de interesantes fuentes en la reinterpretación de lo árabe por parte de una España regeneracionista que salía de puntillas del siglo XIX; unas fuentes que mezclan sus aguas con el sueño orientalista de Andalucía para los viajeros extranjeros. Paradigmática será, por ejemplo, la deriva africanista de la corona española a finales de ese siglo de pérdidas coloniales, en un proceso político e ideológico poco sistematizado en la historiografía española pero sin el cual no se comprende ni la reinención de lo andalusí a principio del XX ni el nacionalcatolicismo castrense que nos llevó a una Guerra Civil y a cuatro décadas de dictadura. Pero vayamos por partes, porque ese Alandalus y lo

moro que le llega a Blas Infante había sido cocido a fuego lento en la deriva ideológica española que podríamos denominar la fusión de las dos Isabeles.

La política africanista de la reina Isabel II (1833-1868) se enmarca en el contexto del expansionismo colonial europeo del siglo XIX y las tensiones geopolíticas entre España, Francia y el Reino Unido por el control del norte de África excluyendo a Alemania —un elemento clave para comprender la génesis de la Gran Guerra de 1914—, pero que en concreto España debió compaginar con un proceso de descolonización que, en la práctica, ocultaba una guerra con la creciente potencia que acabaría siendo Estados Unidos. No solo perdía Madrid territorios coloniales, sino que éstos acabarían en la órbita neocolonial estadounidense, con el muy emblemático caso de Cuba a la cabeza. Así, bajo el reinado de Isabel II, España no solo se jugaba su prestigio como potencia colonial, sino que debía estrenarse entre las que ya venían siéndolo en el Mediterráneo —Reino Unido y Francia—, incorporando a esa tensión política externa una no menos acuciante llamada de atención interna: la legitimidad de una reina en permanente cuestionamiento por ser mujer y haber tenido que apuntalar su acceso al trono aboliéndose en 1830 una ley sucesoria, la Sállica —por los Salios, rama de los pueblos Francos—, norma que bloqueaba el acceso al trono de las herederas femeninas y que estaba en vigor en España desde 1713, tras la entrada de los Borbones. Esa situación de legitimación cuestionada por la abolición *ad hoc* de una ley para que accediese una mujer al trono, y que forzó el estallido de las llamadas guerras Carlistas, entre 1833 y 1873 —por el nombre del aspirante masculino al trono, el tío de Isabel II, Carlos—, coadyuvó indirectamente que se idease una inteligente campaña política y militar que involucraba al Islam, más allá del mar.

4

Bajo el reinado de Isabel II, España llevó a cabo varias intervenciones militares y consolidó su presencia en el norte de Marruecos, particularmente durante la llamada Guerra de África (1859-1860). Esta política estuvo motivada por intereses estratégicos, económicos y de prestigio, sí, y estuvo acompañada de un clima cultural que exaltaba la gloria militar y reforzaba un sentimiento de identidad nacional, también, pero por encima de todo se presentaba envuelta en una campaña de imagen de Isabel II: esa incomodidad de ley Sállica, de veto a lo femenino en el trono, no estaba presente en el momento álgido del nacionalcatolicismo español, elevado ahora, desde Madrid, al rango de época áurea: el reinado de Isabel I de Castilla, al que había que volver como tiempo preparatorio de la segunda Isabel. Aquella primera había sido responsable de la cruzada que llevó a la unificación de España tras el final de la Reconquista, con la toma de Granada en 1492. Toda la información de esta última frase, que damos por sa-

bida y aprendida desde el siglo XIX en los colegios, nació precisamente en el momento histórico al que nos referimos ahora: cuando una Isabel, la segunda, necesitó proyectar la imagen supletoria de otra Isabel, la primera, la de los Reyes Católicos, la toma de Granada, la conquista de América, etcétera.

El propio concepto de Reconquista nacía de la propaganda legitimadora de Isabel II en el XIX, para avalar su avance en tierra de moros con el prestigio de su tocaya, entrando en la Granada nazarí. Por descontado, nadie en el tiempo andalusí o de conquistas de reinos cristianos se había referido a todas aquellas guerras y alianzas englobadas en un solo proceso ideológico de tinte religioso cristianista, como tampoco se había empleado el término de reconquista. No había sido así en absoluto; ni el aragonés Jaime I es conocido por «el reconquistador» sino como el conquistador, ni su coetáneo Fernando III de Castilla había «reconquistado» Sevilla en 1248 en tanto que rey cristiano, sino que la había «conquistado» como rey castellano, pues de lo contrario habría perdido el deber de auxilio del señor de Arjona y el rey de Niebla, con todas sus respectivas tropas musulmanas, pertrechos vitales para la toma del reino. Y así funciona la narración retrospectiva en la historia: Isabel II engordó el mito de la Reconquista y fomentó el culto a Isabel I con toda esa parafernalia para argumentar su propio avance en tierra de moros: la Guerra de África. Y la citada parafernalia avanzó en todos los frentes posibles: desde lo pictórico se alternaron cuadros como *La rendición de Granada* de Francisco Pradilla en 1882 —que aún hoy corona el principal corredor del palacio del Congreso en Madrid— con toda la escuela orientalista de Fortuny, Rosales, Tapiró, Egusquiza, Sotomayor, etcétera⁸.

5

Simultáneamente, durante el reinado de Isabel II se hicieron importantes avances en la promoción de la beatificación de Isabel la Católica. Fue en esta época cuando comenzó a consolidarse una visión oficial de la reina castellana como un modelo de virtud religiosa y como una figura clave en la construcción de la identidad nacional española. Estos esfuerzos se enmarcaron en un contexto de reafirmación del catolicismo como un pilar fundamental del estado español. Así, en 1844 tuvo lugar la apertura de la causa de beatificación de Isabel la Católica por iniciativa de los obispos españoles y tras la aceptación del papa Gregorio XVI. Como contrapartida, España firmaba el Concordato con la Santa Sede en 1851, concediéndole prácticamente el control ideológico —y gran parte del jurídico— del país. Isabel II alternaba así el apoyo de dos grandes

8 Claudia Hopkins (2024), *Art and Identity in Spain (1833-1956). The Orient Within*. Londres: Bloomsbury.

sectores españoles: la Iglesia dentro y el Ejército fuera, ganando medallas, ambos mimados y promocionados a cambio de su apoyo a la legitimación de la reina. Los generales recibirían prebendas y ascensos tras unas campañas africanas en las que morían como chinches los soldados rasos mientras ellos brindaban en los casinos militares, y la Iglesia engordaba su papel de ideología españolista. Dos características de este siglo XIX que tendrán su eco y resaca en el XX.

De este modo, Isabel II y sus gobiernos aprovecharon la figura de Isabel la Católica como un símbolo de unidad frente a los desafíos de su reinado, como las divisiones políticas internas y las guerras carlistas, que enfrentaban a los partidarios del absolutismo y el liberalismo. La realidad histórica de Isabel de Castilla era bien otra, pero no es este el lugar para desarrollarlo, por más que valen unas breves pinceladas: ese proceso centralizador de Castilla y Aragón a finales del XV no tenía como objetivo el Islam sino a Portugal, genuino rival estratégico. De hecho, el proceso de conquistas de los —posteriormente llamados— Reyes Católicos no concluyó en Granada en 1492, dado que aún le quedaban varias guerras en Navarra. Pero la historiografía del XIX obvió este capítulo, que ponía en evidencia los verdaderos motivos de conquista de los Católicos, avanzando sobre otros reinos católicos después de Granada. Incluso la conquista de Melilla en 1496 respondió a la rivalidad con Portugal por las rutas mediterráneas y el acceso al Atlántico, dado que Lisboa contaba ya con Ceuta.

6

En definitiva, el contexto ideológico en el que maduró intelectualmente Blas Infante construía un mito para solaparlo sobre la historia. Erigía una España marmórea nacionalcatólica que pretendía legitimarse mediante el aplastamiento del tiempo andalusí. Y probablemente ahí estriba la sagacidad depuradora de algunos intelectuales que, hijos de la sospecha inteligente, pusieron en cuarentena el relato oficial, constructor de un andamio mitológico: la Reconquista, con que el siglo XIX pretendía curar sus heridas monárquicas desde una capital que, lejos de proyectar una idea de Estado vertebrado, se afanaba meramente en ideologizar a unas periferias cuyos habitantes no habían tenido nunca el derecho al voto hasta la instauración del sufragio universal —en realidad solo masculino— en 1869, a menos que contasen con propiedades o nobleza titular que los incluyese en el censo. Poblaciones que engrosaban las filas de los jornaleros, temporeros o reclutas en aquellas guerras —primero americanas, luego africanas— de mera legitimación monárquica o reinstauración colonial. Y ahí surge la inquietud política de hombres como Blas Infante, o intelectual como Américo Castro —que deberá exiliarse en el verano de 1936— y el joven rector arabista de la Universidad de Granada, Salvador Vila, que comparte con Infante la desgracia de no haber siquiera

tenido la oportunidad de exiliarse, al ser fusilado a sus 33 años, en el mismo barranco de Víznar donde, unos meses antes, había sido asesinado Federico García Lorca. Hijos díscolos de una oligarquía apisonadora de la historia, los tres —Infante, Castro y Vila— detectaron componentes históricos en la configuración del quién somos que habían sido desechados por los ideólogos de su tiempo⁹. Los tres, por separado pero en circunstancias similares, pisaron tierra africana y percibieron la extrañeza del relato nacional excluyente.

Ese ambiente cultural en torno a la política africanista de Isabel II se continuará, guadianeando por los intersticios de dos Repúblicas, hasta la operación africanista por excelencia: el golpe de Estado del 17 de julio en Melilla, extendido al día siguiente por la península. Era un tiempo difícil para cualquier *homme revolté*, en la denominación de Albert Camus. Para cualquier disidente, cuestionador; pensador, en definitiva. La exaltación del espíritu militar, el cruzado sobre la mesa en cualquier conversación sobre qué es España, la única visibilización política e intelectual posible desde el panóptico de Madrid... Todo ello movía, indudablemente, a cualquier alma inquieta a tratar de reconducir las mentes, los relatos de la historia, la igualdad entre los pueblos, la conexión de cada jornalero con una oportunidad de sobrevivir. El mismo africanismo isabelino y nacionalcatólico que alimentaba la única posibilidad de definir España desde Madrid, lograba así españolizar Alandalus, con la colaboración de escritores áulicos que gastaron ríos de tinta al servicio de una difícil ecuación: ayer nos invadisteis vosotros, hoy nos toca a nosotros. Y en medio, la inteligencia social y humana de cuanto representa el pensamiento de Blas Infante, a contracorriente y convirtiendo en héroe de su trama no a un conde, un general o al Cid, sino a un rey, sí. Pero un rey árabe de Sevilla.

7

Rizando el rizo, la obra *Motamid* que nos sirve de pretexto inoculaba tras su lectura o representación la denuncia de un doble memoricidio, ambos de corte centralista: el genérico de un Alandalus exprimido por el crecido condado de Castilla, y el particular, en segunda vuelta, de los responsables únicos en la ignominia de ver al rey de Sevilla cargado de cadenas: la intransigencia invasiva, centralista alternativa desde el sur, de unos almorávides que, sustituidos después por otras dinastías igualmente norteafricanas —almohades y meriníes muy especialmente— volvían a dar sentido a una lucha de clases, entre opresores y oprimidos, en el centro de la cual se situaba ese epígono de la resistencia culta y legítima: el rey poeta Motamid. El Alandalus que Motamid

9 Mercedes del Amo (2005), *Salvador Vila, el rector fusilado en Víznar*. Universidad de Granada.

personifica, entre dos aguas opresoras, se presentará en la obra de Infante como un todo alegórico de la tolerancia y la igualdad. Será para Blas Infante el tercer momento áureo de una Andalucía individual y gloriosa, que experimentó picos civilizacionales específicos pero no diferentes.

Así, tras la fase de Tartessos y posteriormente con la provincia romana de la Bética, Alandalus sería la continuación lógica de la completa especificidad andaluza. El autor no supone en modo alguno una diferencia cultural entre los tres, ya que la nación andaluza —aunque esto no quede explícitamente reconocido—, entendida como un pueblo apegado a un territorio, confiere a sus habitantes un carácter cultural reconocible. Por ello no se entiende, a primera vista, su sentido del principio de culturas, opuesto tanto al célebre principio de nacionalidades de Wilson como al secesionismo economicista, basado en el principio de que regiones ricas pueden serlo aún más por medio de la insolidaridad. De alguna manera coincide Infante en la interpretación progresiva de Américo Castro, con el trenzado de castas para la forja de un cierto espíritu español, salvo que en Infante es la tierra, la geografía, la transmisora de continuidad. También es específica de un territorio concreto. Sería interesante la comparación entre estos dos autores basada en sus respectivos sentidos de pueblo y memoria, pero no sería justa porque ambos son hijos de su tiempo empujados por determinadas dinámicas acuciantes: Blas Infante hereda la Andalucía subdesarrollada de finales del XIX, anulada como pueblo en aquella enorme maquinaria de construcción memoricida isabelina, que veíamos, y Américo Castro, por su parte, hereda la mueca terrible de una guerra fratricida, preguntándose por la memoria en términos más genéricos de dos Españas.

8

Volviendo a lo de ser hijos de nuestro tiempo. Pensemos en las posibles herramientas de un despertar memorístico andalusí en la España de Blas Infante. El espíritu de una época ya descrita como orientalista, africanista, pero por debajo de cuya propaganda colonial nacionalcatólica se filtraba la luz del tiempo andalusí, por renovada atención a lo árabe en una España que mira hacia el norte de África y se encuentra con Alandalus. Es el tiempo en que García Lorca compuso el *Diván de Tamarit* tras leer la traducción del *Libro de Banderas de Campeones* ofrecida en su momento por el eminente Emilio García Gómez, en que se presenta un elenco de poetas andalusíes codificando una determinada estética descriptiva de arrayanes, mirto, atardeceres en el Guadalquivir y siluetas alhambrescas recortadas sobre la nieve. Es el tiempo en que el islamólogo Miguel Asín Palacios guio por España a Muhammad Iqbal, el padre de la Patria de los musulmanes indios que algún día crearán Pakistán, embelesado por la mezquita de Córdoba, a la que dedicó unos célebres poemas mostrando a España que cuanto

ocultan de su historia es el orgullo de la de otros. Coincidirá también con los preparativos de la primera parte del conflicto árabe-israelí, que acabarán desembocando en la guerra de independencia de Palestina de 1936 y el ideólogo palestino Muhammad Bayham compondrá una célebre obra titulada *Palestina, el Alandalus oriental*.

Resultaba inevitable una recuperación orgullosa y sincera de un tiempo ocultado, despreciado, descrito como la calderilla de unos procesos históricos en España que la citada propaganda neoimperialista había dejado caer de sus bolsillos nacionalcatólicos pero que en el resto del mundo se ponía en valor. Se culminaba la forja de Alandalus como paraíso perdido, como salvavidas onírico para quienes lo necesitan, porque ya no se presentaba como una referencia cronológica sino en tanto que ucronía, referencia idealizada. Es en ese contexto en el que se construye el entramado cromático andalusí en el pensamiento de justicia social e histórica de Blas Infante. Su representación dramática en *Motamid* y en *Almanzor* tendrá connotaciones mitológicas, sí, pero de ninguna manera era ajena al espíritu de la época.

9

Sobre las fuentes concretas, en particular muestra Blas Infante un profundo conocimiento de los temas árabes a la luz evidente de los estudios de su tiempo, basándose muy específicamente en la conocida y accesible historiografía francesa, así como las muy difundidas versiones francesa y castellana de los libros del holandés Reinhart Dozy, y otros recuperadores de memoria andalusí. La obra de Dozy es esencial, por ejemplo, para comprender la factura de *Motamid* y en gran parte la de *Almanzor*¹⁰. La enorme oleada de obras en francés participaba de los mismos objetivos de creación mitológica al servicio del colonialismo, esta vez sin máscaras, culminado por el mariscal Lyautey a principios del XX. La imprimación francesa musulmaniza en gran medida cuanto en la historiografía española del XIX se había tratado como árabe, término éste que bien empleaba Menéndez y Pelayo y su tiempo en la expresión de España árabe, al hilo denominativo de toda una época ya descrita. Asimismo, los modos en que Infante idea la naturalidad árabe de Andalucía se parecen y coinciden con los de un historiador coetáneo, Ignacio Olagüe, que sagazmente describiría el desarrollo andalusí como revolución islámica —lo islámico remite a civilización, lo musulmán a religión—, una expresión que habría gustado al propio Infante pero que no pudo llegar a conocer porque la obra en que aparece no vio la luz hasta los años setenta. Otras anteriores sí, pero volveremos sobre ellas en un momento.

10 Reinhart Dozy (1861³) (2016), *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de Andalucía por los almorávides*. Madrid: Turner.

Sobre el Olagüe de la revolución islámica, coincide con Infante en que responden ambos a los planteamientos de un movimiento específico del arabismo francés, en el que se inspiraron los medievalistas y arabistas de toda esa generación, en tanto sería la misma historiografía francesa posterior la que despreciaría a ambos autores. Especialmente al segundo, Olagüe: resulta interesante, con la perspectiva del tiempo pasado, la lectura ética de una maniobra llevada a cabo por el gran pope del medievalismo francés, Pierre Guichard. Promovió la edición francesa del libro de Olagüe, *La revolución islámica en España*, pero con la condición de recortar el texto, que apareció en francés sin notas ni referencias completas y con el título de *Les Arabes n'ont jamais envahi l'Espagne* —los árabes jamás invadieron España— en 1969. Guichard había preparado una encerrona al ingenuo Olagüe, cayendo este en las redes borgianas —por los Borgia, no Borges— de un estratega que comenzó su carrera despiezando al pobre español en esa maniobra inaudita de prologar un libro cuyo texto se desprecia. Fue, decía en 1969, y cinco años después, en 1974, el mismo arribista Guichard quién arremetió de nuevo contra Olagüe en un célebre artículo —«Los árabes sí que invadieron España»— y ya en 1977 publicó el francés su primer libro. Resulta evidente que se hizo un hueco académico utilizando al pobre Olagüe de espantapájaros y así menospreciar toda una interpretación autoctonista de Alandalus, reforzando la idea de una alienación, invasión, conquista, alteridad bélica.

10

No era esa tampoco la visión de Blas Infante, decía, en cuya obra se comprende lo andalusí desde el interior, desde la consecuencia lógica de evolución —revolución, para Olagüe— en un territorio. No sería descabellado pensar que fue el propio Olagüe el que había bebido de las mismas fuentes que Blas Infante en este tema concreto, pero más importante aún es otra coincidencia esencial: la gran obra anterior de Ignacio Olagüe, en cuatro volúmenes, que lleva por título *La decadencia española*¹¹, y que fue apareciendo entre 1927 y 1928. *La decadencia española* analiza las causas históricas y políticas del declive de España a lo largo de los siglos. Es evidente que emula la gran obra de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente*, publicada entre 1918 y 1923, pero con detalles de política económica y social que lo distinguen muy especialmente. Olagüe argumenta que la decadencia de España fue un proceso irreversible pero no inevitable, dado que estuvo marcada por una serie de decisiones y cambios en la estructura política, económica y social del país que acabaron hundiéndolo. A través de su análisis, el autor propone que uno de los factores principales de esta decadencia fue, y ahí

11 Ignacio Olagüe (1927¹) (1950), *La decadencia española*. Madrid: Mayfe

estriba lo interesante de su interpretación, la centralización del poder, especialmente durante los Reyes Católicos y los Habsburgo, lo cual habría debilitado las regiones y fomentado un sistema de gobierno ineficaz y autoritario. España había sido desvertebrada, en términos orteguianos.

Olagüe también señala que la decadencia de España estuvo relacionada con un modelo económico que no favorecía la innovación ni la modernización, y que el país no supo adaptarse a los cambios del contexto europeo. La falta de reformas y el estancamiento en distintos aspectos sociales y políticos, como la rigidez de las estructuras sociales y el crecimiento del absolutismo, fueron factores determinantes. Así, el autor presenta como nociva la centralización excesiva del poder, aspecto este que no fue baladí en el ideario de Blas Infante. Es más que probable que Blas Infante, ideólogo principal del regionalismo andaluz y precursor del autogobierno de Andalucía, tuviese conocimiento de la obra de Olagüe, ya que la publicación de este trabajo fue contemporánea a su actividad intelectual. Blas Infante estaba interesado en temas históricos, políticos y sociales relacionados con Andalucía y España, por lo que la obra de Olagüe, que aborda los problemas históricos de España y su decadencia, podría haberle resultado relevante.

11

Es importante destacar, con todo, que el enfoque regionalista de Infante se presenta como solución, en tanto Olagüe diagnostica un problema. Coinciden, evidentemente, pero cuanto en el segundo es desiderátum, en el primero se presenta como proyecto de futuro. Por lo demás, ese futuro, decía, cuenta con un modelo previo andalusí de mayor vertebración regional, específicamente la del valle del Guadalquivir. Mezclando a Olagüe con Infante, el resultado de una interpretación natural y evolutiva de lo andalusí se presenta como inspiradora: la supuesta invasión árabe no fue otra cosa que una conversión cultural de los civilizados hispano-romanos andaluces —por su geografía— de los siglos VII y VIII, hombres y mujeres formados que rechazaron la influencia bárbara del norte europeo. Pensar que la identificación ideológica nacionalcatólica godorromana de España podía provenir del único rincón peninsular que no había sido cristianizado ni romanizado, el norte montaraz, es la gran contradicción interna de una programática lectura esencialista, monocromática española que menosprecia al sur, el lugar único por el que pudo entrar toda idea, persona y bien tangible hasta 1492.

Este planteamiento general describe el fundamento teórico de Infante, y coincide en gran medida con otra de las mentes pensantes de su tiempo, Manuel Azaña (1880-1940), quien fuera presidente de la Segunda República. En tanto que uno de los prin-

cipales intelectuales y políticos españoles de su tiempo, Azaña dejó escritas sus impresiones sobre la España árabe en varias ocasiones, por más que, evidentemente, no dedicase un análisis exhaustivo o exclusivo al asunto. Tanto en su obra escrita como en sus discursos, después recogidos, el presidente Azaña mostró siempre una visión enriquecida, por compleja, de la historia de España, incluyendo evidentemente su período árabe. De hecho, en su célebre discurso *La crisis del 98* (1930), Azaña remite a la importancia de la herencia andalusí en la configuración cultural y social de la España de su tiempo, refiriéndose a tal herencia como fundamental. En ese discurso se refirió al peso específico de la ciencia, la arquitectura, el pensamiento y la cultura en árabe, que no solo quedó en España sino que sirvió de aportación insustituible para el desarrollo cultural y científico europeo. También expresó una cierta admiración por la convivencia, siempre compleja, entre musulmanes, cristianos y judíos en la Edad Media, dato que consideraba un aspecto significativo de la historia de España. Por otra parte, en su obra *La velada en Benicarló* (1934), en que se recogen varios de sus discursos y pensamientos, Azaña abordó la complejidad de historia española, haciendo referencia en algunos pasajes a la aportación árabe, igualmente, reconociendo su importancia en el desarrollo cultural, social y económico de la región, si bien mostrándose crítico precisamente por su deseo de relativizar todo pasado tildado de edad dorada.

12

En este orden de cosas es en el que hay que situar la obra de recuperación andalusí de Blas Infante recogida específicamente en su obra dramaturgica, siempre —no lo olvidemos— al servicio de un presente reivindicatorio de equilibrio regional y de justicia social para con el jornalero andaluz, epítome de los desclasados de la historia y a los que se ha privado incluso del orgullo de haber sido lo que fueron sus antepasados. Su premisa es clara y evidente: la naturalidad de lo andalusí en la tradición andaluza, la equiparación del jornalero y el morisco en esa permanente necesidad de reivindicación digna, ese quejío que decíamos, así como una concreta hermandad entre ese sur de España y el norte de África. Gracias a la Andalucía del Islam, de la cábala y de la noche oscura del alma —en las que se representa la especificidad española para Jorge Luis Borges—, Alandalus culturizó a Europa gracias a su conexión mediterránea en la época en que la ciencia y el pensamiento venía de Oriente.

En su regeneracionismo andaluz, Blas Infante utiliza como combustible el tiempo en que, gracias a Averroes, Tomás de Aquino leyó los textos de Aristóteles, gracias a los andalusíes, Europa alcanzó su mejor escolástica, y ese afirmativo principio de las culturas de Infante desembocará en la idea inequívoca de una nación andaluza, sin duda una unión emocional de quienes deben reinterpretarse a sí mismos como herederos

de un tiempo digno, el del rey Motamid. Ese —ya citado en varias ocasiones— principio de las culturas de Blas Infante se me ocurre que es una versión temprana de los célebres *Cultural Studies* norteamericanos. La proyección de un cierto esencialismo característico a lo largo de un tiempo. Escribió profusamente sobre ello en su libro de 1929 *Fundamentos de Andalucía*, en que plantea la especificidad andalusí-andaluza en tanto configuradora de una sociedad más coherente y homogénea que las obligaciones estatistas. Arrastrando todo el esencialismo interpretativo de su tiempo, Infante liga la identidad andaluza a una herencia recibida, que no debe guardarse sin más sino invertirse en tanto que enriquecimiento de un presente al servicio de un futuro mejor, cuyo saneamiento previo depende precisamente de no adoptar modelos culturales ajenos.

13

Entiendo, por otra parte, que el principio de las culturas de Infante influirá o coincidirá, confluirá, al cabo, con el andalucismo teórico y emocional de Rodolfo Gil Benumeya (1901-1975), que el propio Infante conoció y reconoció, como queda huella escrita en *Fundamentos de Andalucía* al hilo de la descubierta conectividad emocional entre las dos riberas del Mediterráneo precisamente por el tiempo árabe común. Dice así:

» *Más de un millón de hermanos nuestros, de españoles inicua-mente expulsados de su solar —las causas de los pueblos jamás prescriben— hay esparcidos desde Tánger hasta Damasco, según me comunicaba hace un año uno de nuestros más fervorosos paladines, el infatigable y culto Gil Benumeya. El recuerdo de la patria [...] lejos de esfumarse se aviva cada día más en este territorio actual vivo de mis generaciones de desterrados. Ellos constituyen, por reconocimiento de los pueblos fraternos que los mantienen en su hospitalidad, la élite de la sangre y del espíritu en las sociedades de esos países*¹².

Rodolfo Gil Benumeya y Blas Infante compartieron intereses e ideas relacionadas con el andalucismo así como con el citado principio de las culturas. Aunque no tuvieron una relación directa o documentada extensa, se sabe que sus pensamientos coincidieron en algunos puntos clave, especialmente en la reivindicación de la herencia andalusí, la influencia cultural de Alandalus en la identidad de Andalucía, y en la cercanía de lo árabe contemporáneo.

12 Blas Infante (1931) (1984), *Fundamentos de Andalucía*. Ed. Manuel Ruiz Lago. Sevilla: Fundación Blas Infante, págs. 201-202.

Es probable que también ambos compartiesen una visión espiritual, más allá incluso de lo cultural, del andalucismo. Mientras que Blas Infante veía en la historia de Andalucía un modelo de convivencia entre culturas —musulmana, judía y cristiana, sí, pero también incluyendo las capas previas y posteriores, desde Tartessos y Roma, veíamos—, Gil Benumeya enfatizó siempre la conexión directa y contemporánea con África y el mundo árabe como producto final coherente de esa convivencia. Gil Benumeya estuvo vinculado a círculos árabes durante toda su vida y fue un destacado defensor del entendimiento entre España y el mundo árabe, situación que en ocasiones le acarreó algún que otro problema con el régimen de Franco, las susceptibilidades de toda dictadura insegura y, derivado de esto, la natural desconfianza de lo foráneo. Y sabemos que Blas Infante, por su parte, también mostró interés en el islam y en el mundo árabe, hasta el punto de realizar el ya mencionado viaje a Marruecos en 1924, donde tuvo experiencias que influyeron en su pensamiento andalucista.

14

Si bien ambos coincidieron en valorar el legado de Alandalus, Blas Infante tenía una visión más política y orientada hacia el autogobierno de Andalucía, mientras que Gil Benumeya centró su trabajo en la dimensión cultural y espiritual, con un enfoque particular en la conexión entre España y el Islam de su tiempo, especialmente en la década de los cincuenta y sesenta, en los que vivió largas temporadas en El Cairo y Marruecos, a veces representando a instituciones oficiales y otras abriendo camino para ellas, pero siempre con la misma coherencia de tender puentes que probablemente no tenían tanta proyección política como, decía, cultural y social. Es el llamado andalucismo africano, corriente de pensamiento que propondría interpretar la identidad andaluza como profundamente conectada con lo árabe, particularmente con el Magreb, sobre la base de esa civilización islámica compartida durante durante ocho siglos.

Escritor, historiador y periodista, Gil Benumeya desarrolló esta idea muy específicamente en obras que aún conservan su valor como *Marruecos andaluz* (1942) o *Hispanidad y arabidad* (1952). Para él, la civilización andalusí no era una simple influencia extranjera, sino una parte intrínseca del carácter andaluz, sosteniendo que Alandalus había sido un puente entre Europa y África, y que la identidad andaluza no es otra cosa que la herencia natural de tales interacciones. Frente a la citada y forjada ideología de Reconquista como herencia del africanismo español del XIX —y las necesidades legitimadoras de una reina, haciendo campaña por la simbiosis de las dos Isabeles, como veíamos—, Gil Benumeya tomó partido por un indudable enriquecimiento hispano merced a ese esplendor cultural, artístico y científico que dio forma a la cultura andaluza. Para él, la expulsión de los moriscos y la posterior homogeneización cultural sig-

nificaron una pérdida de esta rica herencia, al igual que criticó el centralismo político y cultural de España que, según él, había marginado las particularidades de Andalucía, incluyendo su conexión histórica con África y su herencia islámica. Propuso, al cabo, una revalorización de estas raíces como un acto de resistencia cultural bajo la forma de una unidad cultural mediterránea.

15

Entiendo, en cualquier caso, que el programa más político de Blas Infante no habría coincidido plenamente con el de Gil Benumeya, probablemente con miras más españolistas que andalucistas, al fin y al cabo. Pero estaban más cerca entre sí que cualquiera de ellos dos con respecto al entorno de su tiempo, con la resaca del africanismo, que aún descargará su última andanada: la guerra civil, un bisagra histórica que resulta impensable sin la hipertrofia de una soberbia militarista bien pastoreada en el tráfico de medallas a costa de operaciones militares en Marruecos. En aquellos años treinta en los que Gil Benumeya despegaba y que, lamentablemente, serían los últimos para Blas Infante, ya se había hecho su sitio en el arabismo español el célebre Emilio García Gómez (1905-1995), discípulo de Miguel Asín Palacios e innegable miembro de la generación del 27 en su proyección más ensayística y traductora, dado que no se comprende, decíamos antes, el acercamiento de Lorca o el propio Blas Infante a la poesía y cultura andalusíes sin las versiones de García Gómez, muy especialmente la recopilación de 1930 que constituye su libro *Poemas arabigoandaluces*, fruto de su beca en El Cairo en 1928 gracias a la Junta de Ampliación de Estudios.

Frente a Blas Infante, y muy especialmente frente a Gil Benumeya, García Gómez representa el arabismo clásico, que priorizó el estudio técnico de los textos árabes, mientras que Gil Benumeya defendía un arabismo plenamente activista, interesado en reivindicar el legado árabe como una parte viva y significativa de la identidad española, que en Infante se calificaría de andalucista. Con el tiempo, ese arabismo clásico también podría considerarse ideológico, pero en el sentido apologetico de un régimen, al que el propio García Gómez acabaría representando en los años sesenta. Pero es probablemente más sutil la diferencia entre el arabismo andalucista, el social y cultural, y el clásico. En 1976, García Gómez agrupó una serie de textos traducidos a lo largo de su vida y proveniente de varios autores andalusíes y magrebíes. El título genérico fue *Andalucía contra Berbería*¹³, y en el prólogo contextualiza el autor las relaciones entre las dos regiones, destacando el impacto cultural y político de Marruecos en la historia de Alandalus.

13 Emilio García Gómez (1976), *Andalucía contra Berbería*. Universidad de Barcelona.

16

Pero esa contextualización es conflictiva. Es de competencia, de permanente rivalidad. Las relaciones históricas entre Alandalus y Marruecos se muestran desde la compleja relación política, cultural y militar entre ambos lados del Estrecho, analiza subrepticamente los momentos clave de conflicto, particularmente las invasiones y enfrentamientos entre árabes, andalusíes y bereberes. La sola elección del término, Berbería, apunta ya a una evidente ubicación clasista de ambos mundos y refleja la perspectiva del autor de la compilación sobre la percepción andalusí de la amenaza bereber. Resulta de su lectura que los andalusíes se sentían generalmente rivales de Marruecos, mostrando numerosos gestos de superioridad y menosprecio que, indudablemente, encajaban como un guante en la visión africanista, colonialista, del norte de África en la España que nos ocupa. Que Andalucía sea a la vez Europa y África podría ser interesante desde la perspectiva de la aculturación de vecinos. Que estos sean rivales, como lo son los vecinos en general, no deja de ser una característica común. Pero que en uno de los textos escogidos se traslade la *disputatio* entre un cordobés y un tangerino, estaba preparando ya una disposición concreta frente al no tan cercano otro. El texto del cordobés, de nombre Al Saqundi, que falleció en la Sevilla de 1232 —y atentos a la época: solo dieciséis años antes de la conquista castellana, cuando ya había dado comienzo el empuje hacia el sur del, de nuevo, condado crecido en reino de Castilla— se llama *Elogio de Alandalus*, y es una clara reivindicación orgullosa del ser andalusí frente a las largas subidas de marea norteafricanas tras las invasiones de almorávides, almohades y demás desde principios del siglo XI. A mi entender, y como último aspecto que quiero tratar en este apartado, esa obra es más que un simple elogio andaluz; tal vez incluso pueda reflejar un estado de ánimo protonacionalista.

Y aquí, en ese mundo literario andalusí, equidistante del norte y del sur, es donde Blas Infante recarga con sutileza sus últimas tintas para escribir *Motamid*. Sobrevolando el modo españolista de fusión con lo marroquí de Gil Benumeya, esquivando la neocolonialista denominación de Berbería del entorno de García Gómez, rebajando las miras intelectuales de un estado de la cuestión, Infante elige el formato popular de una obra teatral en la que tiene cabida un rey poeta andalusí, árabe y musulmán, es verdad, pero encadenado por los invasores norteafricanos. Entiendo que el recorrido autoctonista se podía dar, así, por concluido. Por más que su viaje a Marruecos pudiese abrirle los ojos a una coloración determinada del pasado, así como a la coincidencia en su quejío de andaluces y moriscos, el despertar andalucista de Infante parte por quitarle todas las cadenas a Motamid, sean estas castellanas o norteafricanas. El futuro es un renacer, un despertar sin cadenas, y

es en ese estado de cosas en el que escribe la obra, ilustración de un nacionalismo compensatorio, una descentralización salvífica, una recuperación económica que resulta inevitable para concretar la utopía del pasado andalusí. Esencialmente, *Motamid* es un divertimento de Infante que sutilmente revive la cultura araboislámica para regenerar Andalucía.

Motamid y la Sevilla andalusí

1

En su libro *Al-Mutamid y los Abadíes*, Pilar Lirola analiza la figura histórica de nuestro protagonista Motamid (1040-1095), último rey árabe de Sevilla. Describe bien el contexto histórico, político y cultural de una época, destacando la importancia del rey en tanto que poeta y mecenas, incidiendo especialmente, en todo momento, en algo que no suele estar presente en los modos habituales de enmarcar su figura: no fue un reyezuelo de una especie de minúscula ciudad Estado, sino que su reino abarcó desde el actual Algarve portugués, por todo el valle del Guadalquivir, hasta incluir la actual provincia de Murcia. Ese Reino de Sevilla fue fundado el 2 de noviembre del año 1023 por el abuelo de Motamid, el primer monarca de la dinastía Abadí, de nombre Abul Qasim. La familia a la que pertenecía, los Banu Abbad, convertida, así, en linaje dinástico, provenía de Tocina, en la antigua Oducia romana. Del denominativo latino «oduciana» —pronunciado a la latina, cercano a la actual pronunciación italiana» al nombre árabe «A-Tushana» y de ahí a Tocina hay un viaje fonético breve y comprensible, pero no les gusta esa ruta a los historiadores, que no ven el legado andalusí como continuación lógica del latino.

Y es que a las crónicas en lengua árabe no se les da la fiabilidad que merecen los muy tardíos cronicones castellanos, leídos ya con las gafas de un nacionalcatolicismo anacrónico del que no se consigue salir, como tampoco salimos de unos modos cerrados y autoritarios de intelectualizar. Poco importa que la doctrina o la política de la España gris hayan cambiado; las formas de colonización mental permanecen, inoculando germanismo genético exclusivo en pueblos mediterráneos¹⁴, y negándole el pan y la sal a quien lo quiere complementar, suplementar, enriquecer. Pero no; se prefiere esa pérdida para la ciencia que supuso la impuesta tradición académica;

14 Javier Arce (2017), *Esperando a los árabes: los visigodos en Hispania* (507-711). Madrid: Marcial Pons, pág. 37.

la que eliminó el espíritu crítico en nuestras universidades desde 1939 y que se reproduce hasta hoy en sus modos autoritarios¹⁵, a la luz de la cual se suele contemplar el tema que nos ocupa.

2

En esa misma línea, y pese a predicar en el desierto, insisto en otro apartado: ese 2 de noviembre de 1023 se fundó un reino, no una taifa. Nos lo dice Al-Udrí, un historiador contemporáneo a aquellos hechos, algo inédito en la historiografía andalusí al uso, en la que suelen narrarse —trufarse— desde crónicas muy posteriores acontecimientos con varios siglos de antigüedad. El citado historiador, ese almeriense Al-Udrí (1003-1085), compiló una magnífica crónica, cuyo larguísimo y poético título comienza con la expresión «sembrado de noticias» —pues se presenta como honrado recolector de acontecimientos reseñables— y termina con el objeto de estudio: «los caminos y los reinos» —«masalik wa-mamalik»—¹⁶, el ámbito de actuación que constituye un género cronístico árabe en que, como resulta evidente, se habla de reinos y no aparece la palabra «taifa», que sí aparecerá mucho después, cuando se quiera menospreciar a Sevilla o a cualquiera de los otros reinos constituidos en la península ibérica. Pues «taifa» significa secesión, y es término peyorativo, razón de su uso por parte de la historiografía centralista almorávide o almohade, así como por parte de historiadores del siglo XX, que ya vieron en la distribución de reinos peninsulares una amenaza frente al unionismo castellanista en el que pacían.

Así pues, en ese 2 de noviembre de 1023 se fundó el Reino de Sevilla, nunca «la taifa», pues llamarlo «la taifa de Sevilla» es como si llamásemos al Reino de Portugal, creado en 1139, «la secesión portuguesa», dado que se desgajó del Reino de León, igual que Castilla, a la que tampoco se llamó taifa. Eso precisamente es lo que significa la palabra: secesión, en tratamiento despectivo, desde fuera, al igual que es despectivo el término «régulo» para los reyes al frente de los reinos árabes constituidos en la península ibérica, después del colapso del califato de Córdoba. Resulta que en las «taifas» árabes había régulos, pero en las «taifas» del norte había reyes y no eran tales taifas sino reinos. Así nos va, con el colonialismo discursivo. Con el tiempo, ese reino sevillano fue incorporado al centralismo almorávide y almohade por efecto de las invasiones norteafricanas, pero se mantuvo en su concepción cortesana específica e individual, en torno al palacio que aún hoy —y desde entonces— es residencia real, el Alcázar de Sevilla, dado que el actual

15 Jaume Claret Miranda, (2006), *El atroz desmoche: la destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*. Barcelona: Crítica, pág. 361.

16 Ahmad ibn Umar Ibn Anas Al-Udrí (Al-`Udhri) (1965), *Fragmentos geográfico-históricos de Al-Masalik ila gami al-Mamalik*. Ed. Abd al-Aziz al-Ahwani. Madrid: Instituto de Estudios Islámicos (en árabe).

rey de España, Felipe VI, no solo cuenta en su haber de títulos con el de «Rey de Sevilla», como lo hizo Fernando III de Castilla cuando conquistó la ciudad en 1248, sino que el actual monarca debe residir en el Alcázar cuando visita Sevilla.

3

Se atribuye al medievalista francés Philippe Wolff la frase «donde faltan documentos, florecen las hipótesis», y en esas estamos, con el mito de la «nueva creación» y del vaciado de Sevilla tras esa conquista castellana de 1248. Pero vayamos por partes, pues para comprender el significado histórico de la Sevilla abadí en la que brillaron la pluma y la espada de nuestro Motamid debemos localizar cómo se diluyó, para dar fe de su presencia y permanencia: Fernando III ostentó el título de Rey de Sevilla, dignidad asociada al —entonces aún muy joven— Reino de Castilla hasta existir aún hoy tal título, independientemente de mutaciones administrativas posteriores, como la que puso fin a la denominación de reino —aún manteniéndose el título de Rey de Sevilla asociado al de España— en la División Territorial provincial de 1833. Dicen los contrarios que fue Fernando III el que fundó el Reino, que lo anterior era poco menos que reserva moruna. Pero la cuestión es: habida cuante de que Fernando III fue Rey de Sevilla, ¿por qué iba a querer crear un nuevo reino tal rey castellano en 1248, como argumentan los creacionistas cristianistas, negacionistas de la muy anterior creación árabe del Reino? ¿Serviría eso a sus planes centralizadores?

Evidentemente, Fernando III nunca crearía un reino nuevo, porque cuanto buscaba no era la multiplicación de reinos sino la expansión del de Castilla, con él al frente, y asumió por conquista el título de Rey de Sevilla; una ciudad en la que entró sorprendido por su desarrollo, como da muestras de ello que escribiese desde allí en papel y a ella trasladase su corte. En una época en que las cancillerías funcionaban aún con intercambios epistolares en soporte de pergamino, la elección del papel por Fernando III y su sucesor, Alfonso X¹⁷, tras su llegada a Sevilla, evidencia el orgullo por lo conquistado; por el nivel de sofisticación cultural del reino con que se encontró, y que hizo suyo. Ya sabrá ese rey sabio, su hijo Alfonso, sacar partido de la superioridad cultural de lo árabe; ya decretará la creación de estudios del árabe —para lo moderno— y el latín —para lo clásico— en su concepto cultural del poder. ¿Tendría sentido, pues, vaciar esa Nueva York conquistada, ese recurso vivo y esencial para modernizar un proyecto imperial, para crear el «Reino de la Sevilla vacía»?

17 Isabel González Ferrín (2019), «Un mandato en papel de Alfonso X en el Archivo de la Catedral de Sevilla». En María Luisa Pardo (Coord.): *Iglesia y Escritura en Castilla: siglos XII-XVII*. Universidad de Sevilla, págs. 209-240.

4

La conquista de 1248 por parte del rey Fernando III fue castellana, no cristiana. Y volvamos sobre el hecho de armas, lo que más suele gustar a la hora de historiar: en ese año, el rey Fernando III de Castilla efectivamente conquistó el Reino de Sevilla. No lo reconquistó, porque tal denominación reísta no aparece en aquellos siglos, como tampoco es que anduviese despistado su coetáneo Jaime I de Aragón, decíamos antes, al ser conocido como «Jaime I el Conquistador» —Chaime lo Conqueridor en aragonés, lengua menospreciada por nacionalismos posteriores, ya sean centralistas o periféricos— y no «el reconquistador». Es que la proyección hacia el pasado de las ínfulas cristianistas posteriores no deja ver la realidad de un tiempo y espacio excepcionalmente permeables, algo impensable en el resto de Europa —con la excepción de Sicilia— y que confiere a nuestros lugares una riqueza superior, vilipendiada con la obsesión racista del vaciado, como bien denunció Blas Infante. Así, cuando entró Fernando III de Castilla por Sevilla, lo hacía como rey castellano, pero no explícitamente cristiano —por más que lo fuera el hombre—; entre otras cosas porque era musulmán un enorme porcentaje de las tropas con las que asedió la ciudad, merced al deber de auxilio que tenía hacia él cierto señor de Arjona, el rey nazarí de Granada, así como otro aliado, el rey de Niebla, que será vasallo de Alfonso X, y dará nombre al barrio sevillano de Huerta del Rey —de Niebla—, como recompensa a sus servicios. Pero no parece ser esa la historia oficial. Se argumenta que Sevilla fue vaciada en virtud de un documento inexistente a los efectos de historiografía fiable: el célebre Repartimiento de Sevilla, supuestamente redactado por Argote de Molina más tarde de 1550, y editado en la friolera fecha de 1786, nada menos.

De ahí la aplicación de la célebre frase de Wolff sobre la falta de documentos y abundancia de hipótesis: si Sevilla fue vaciada en 1248, permitiendo ese mito fundacional que todo sevillano posterior se presente como cristiano viejo por repoblación norteña —que tal es el objetivo de plantear el vaciado—, ¿por qué fue enterrado Fernando III con un epitafio escrito también en árabe? ¿Por qué un rey castellano posterior, Pedro I (m. 1369), un siglo después, aún escribe en árabe la célebre fachada parlante del Alcázar sevillano, en la que se presenta —insisto, en árabe— como rey de Castilla por la gracia de Dios, «Allah», en árabe? Esa arabización discursiva nos habla de un tiempo mucho más permeable¹⁸ que cuanto afirman al respecto los vaciadores de la historia del Reino de Sevilla, ideólogos del creacionismo cristianista, sin prueba alguna más que el presentismo, como se llama a Fernando III «San Fernando» —cuando fue

18 Julie Marquer, (2013), «El poder escrito: problemáticas y significación de las inscripciones árabes de los palacios de Pedro I de Castilla (1350-1369)». *Anales de Historia del Arte*, 23 (II), 499-560, pág. 500.

canonizado, solo a medias, casi cuatro siglos y medio después, en el año 1671— y se tilda aquella conquista castellana de «cristiana» para reelaborar un discurso cruzadista. ¿Estaría Argote de Molina, el «descubridor» de la crónica alfonsí siglos después, preludiando aquellos versos de Abel Infanzón, en la pluma de Antonio Machado?: «¡Oh maravilla...! Sevilla sin sevillanos. ¡La gran Sevilla!»¹⁹.

5

No sigue la dinastía Abadí, fundadora del Reino de Sevilla, el esquema behaviorista que esbozó el historiador Ibn Jaldún en su filosofía de la historia; aquello de abuelo bodeguero, padre tonelero, hijo borracho, en virtud de la creciente laxitud política y decadencia dinástica que se incrementa sustancialmente a medida que alguien sube al trono, en herencia poco costosa o sin tener que batirse el cobre. No; el fundador del reino en 1023, Abul Qasim (m. 1042) fue un juez pragmático, localista y cauto. Su hijo, Al-Mutadid (m. 1069) supo hacer suya la más dura concepción de la razón de Estado y se hizo fuerte al modo en que lo haría cualquier señor de una ciudad-Estado italiana en el Renacimiento, en tanto es el nieto, nuestro Motamid (m. 1095), el que proyectó el Reino desde el Atlántico al Mediterráneo, con un final personal a la altura de su vida y obra. Entre los tres abarcan cuanto quiero expresar aquí como el sentido histórico que tienen aquellos años fundacionales: el citado rechazo a lo norteafricano que destacará Blas Infante en la obra *Motamid*, la clonación de la capitalidad cordobesa, el sentido prácticamente renacentista de reino, y por su proyección geoestratégica hacia el valle del Guadalquivir.

Pero destaquemos, por encima de todo, una idea relevante: el Reino de Sevilla (1023) se fundó exactamente cuarenta y dos años antes que el Reino de Castilla (1065). Es un dato que no suele tenerse en cuenta en la explicación de aquellos tiempos. No vamos a jugar a la historia ficción, pero resulta interesante destacar que el inestable equilibrio de alianzas, traiciones y alta política que desarrollaron todos los reinos peninsulares — del norte y del sur — en su expansión y competencia, no solo preludia el juego político de las ciudades-Estado italianas del Renacimiento — tuvo que ser un norteamericano quien hablase del muy anterior Renacimiento ibérico²⁰ —, sino que debe alejar de nuestra mente toda idea preconcebida acerca de un único proceso histórico de largo enfrentamiento entre la Cristiandad y el Islam, elaborado a posteriori bajo el concepto de Reconquista, según hemos visto que se procedió en el siglo XIX.

19 Rogelio Reyes Cano (1990), «La visión de Sevilla en la obra de Antonio Machado: ¿Hacia una teoría apócrifa de la ciudad?». En: *Antonio Machado hoy: actas del Congreso Internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, 1. Sevilla: Alfar, 487-496, pág. 489.

20 Charles Homer Haskins (1927³) (2020), *El Renacimiento del siglo XII*. Barcelona: Ático de los Libros.

6

Partimos de una visión de conjunto del siglo XI ibérico o andalusí, que en ese momento eran aún sinónimos. En las fuentes árabes, Alandalus es la península ibérica, hablándose, por ejemplo, de «los reinos cristianos del norte de Alandalus», no «al norte de Alandalus». Pues bien, ese siglo XI tiene una importancia extraordinaria en tanto que gran bisagra, en cuyo contexto debemos comprender el significado de lo abadí y la expansión del Reino de Sevilla. Ese siglo XI arrancó con la muerte del caudillo cordobés Almanzor (939-1002), cuyo paso por la historia supuso un revulsivo inimaginable con dos grandes recorridos: por un lado, sus ínfulas de poder militar que legitimase su golpismo político lo llevó a vapulear y amenazar en tal manera la propia existencia de los reinos del norte peninsular, que su muerte en 1002 convenció a tales reinos de que solo acciones coordinadas contra el sur árabe podría restablecer el maximalista equilibrio peninsular. Por otro lado, el costoso mantenimiento permanente de sus ejércitos obligó a Almanzor a traer numerosas tropas de norteafricanos, colocando al elefante en la cacharrería de unos andalusíes que jamás habían visto —ni verían— con buenos ojos la presión desde el sur. Vemos, así, que el estudio comparado de las dos obras andalusíes por excelencia de Blas Infante, *Motamid* y *Almanzor*, sustentan el meollo de la excepcionalidad andalusí, como los toques en los extremos aguantan a los libros en las estanterías.

Porque este citado elemento geopolítico, la presión del sur norteafricano forzada por acciones de Almanzor, queda minimizado en los libros de historia, dado que se pretende que ya toda la España árabe era producto de la célebre y única invasión norteafricana del 711. Pero, al margen de la inevitable y continuada porosidad poblacional entre ambos lados del Estrecho, por evidente cercanía, al menos desde el siglo VII se constata un rechazo a esas ocasionales presencias invasivas del otro lado del mar. Por eso es tan absurdo plantear un único desembarco en 711, cuando ya documentaron, siglos antes, Isidoro de Sevilla (m. 636) y —muy especialmente— Juan de Biclario (m. 621) las continuas «razzias de moros» —*mauri*, en el latín del cronista—, concretamente a finales de los siglos II y VI²¹; muy anteriores al ínclito 711. Pero lo relevante es el compensador complemento norteño a ese empuje desde el sur: la fuertemente ideologizada presión cristianista desde el norte francés, hasta la creación y expansión de una *ecclesia cluniacensis*²², por la novedad peninsular de un cristianismo de Cluny que chocaría con el natural mozarabismo; el cristianismo árabe muy especialmente toledano.

21 Véase Javier, (1981), «Inestabilidad política en Hispania durante el siglo II d.C.». *Archivo Español de Arqueología* 54, 101-115, así como *Esperando a los árabes...*, pág. 213.

22 Carlos Manuel Reglero de la Fuente (2009), «Cluny en España. Los prioratos de la provincia y sus redes sociales (1073-ca. 1270)». *Bulletin du Centre d'Études Médiévales d'Auxerre* (BUCEMA), 13, pág. 1.

7

Así, dos modos ajenos modificaron el natural equilibrio peninsular: cambió la forma de ser cristiano al norte, y cambió poblacionalmente el Alandalus árabe del sur, con continuas oleadas de contingentes norteafricanos desde Almanzor. De hecho, el nacimiento del Reino de Sevilla responde precisamente al rechazo de la ciudad a un elemento concreto: la presión de los norteafricanos Hamudíes, controladores del destino político de la última Córdoba califal por fuerza militar. Abul Qasim, primer rey de Sevilla, rechazó a la Córdoba que ya no era omeya, y caminó certeramente en solitario, al igual que empezaban a hacerlo entidades de un norte peninsular ya marcadamente cristianista, con un tinte post-carolingio tan ajeno a lo hispano como lo norteafricano. No entraré en el interesantísimo Juego de Tronos en que consistió el avance y retroceso de entidades locales convertidas en reinos; de cómo se fundamentó narrativamente un reino fuerte, el de León, sobre la narrativa de una existencia previa seminal, la asturiana. Pero sí resulta interesante que fue ese reino de León —el de Castilla aún no existía— el que entró en tratos con el recién fundado Reino de Sevilla, al que mostraron una inicial superioridad militar y con el que, a las alturas del segundo rey de la dinastía Abadí, Al-Mutadid (m. 1069) se produjo un simbólico y significativo intercambio diplomático: el traslado, de Sevilla a León, de los restos de Isidoro de Sevilla. De hecho, como suele expresar el que fuera abad —que no abadí— de la Colegiata de San Isidoro de León, Al-Mutadid dejó salir los restos con mucho dolor y mucha pena, acompañando al cortejo algo que se conserva aún hoy en un relicario de cristal en tal colegiata leonesa: una tela bordada en árabe, obsequio de la ciudad de Sevilla a la de León en 1064. Resulta evidente que ese hecho ilustra que Al-Mutadid tuvo que prestar vasallaje al rey Fernando I de León, dado que la independencia de Sevilla solo pudo consolidarse en los límites de la actual Badajoz y por la vega, controlada al oeste por Granada. Pero aún no existía Castilla como reino.

Porque fue algo después, decíamos, cuando el heredero al trono de León creó un reino nuevo a partir de un condado, centrando estratégicamente una unidad territorial: así fundó Sancho IV el reino de Castilla en 1065. Y mientras Sancho creaba Castilla conquistando Galicia y León, Al-Mutadid expandía Sevilla por el Algarve y la vega del Guadalquivir. Pero no pensemos en exclusivismos confesionales: Sancho se había hecho célebre al apoyar en 1063 al rey árabe de Zaragoza, Al-Muqtadir, en su guerra contra Ramiro I de Aragón, en paralelo a procesos de conquista aragonesa hacia el litoral levantino, todo ello en un juego —renacentista, decía, italiano, por recordar a las ciudades Estado— de todos contra todos, moros y/o cristianos, sin más ideología que la local, en alianzas con el enemigo de tu enemigo ocasional, fuera cual fuese su confesión; un proceso de larguísima duración —véase a Pedro I a mediados del siglo

XIV apoyando al rey de Granada contra familiares y apoyo norteafricano—, hasta que poco a poco fuese consolidando aquella ideología que harán suya reyes ya del siglo XVI —Isabel de Castilla y Fernando de Aragón—: la ideologización religiosa que, en mi opinión, tiene un brote interesante en la entrega de aquellos restos citados, los de Isidoro de Sevilla por parte del rey Abadí: de un modo progresivo, se empezaba a asumir que el ilustre sevillano encajaba más en una tierra leonesa que en su natural, debido a la religión local mayoritaria.

8

Para Al-Mutadid de Sevilla, segundo rey Abadí y padre de nuestro Motamid, el Reino de León o el nuevo de Castilla eran importantes pero no urgentes; en cualquier caso, no eran tan relevantes como una legitimación interna, forjada con virulencia contra el lobby puritano de los malikíes, como ilustran, unas veces, ciertas quemas de libros en la ciudad, y otras veces por rechazo a quien representaba el centralismo cordobés —Ibn Hazm, visir de un efímero pretendiente Omeya—, y bien acogiendo al huido de Córdoba Ibn Zaydún. Me interesa, en definitiva, normalizar la existencia árabe del reino abadí de Sevilla enmarcada en ese juego estratégico de poderes locales en el que triunfaría el tercer rey de la dinastía, el poeta Motamid, que desde Silves —en el Algarve portugués— logró cabalgar por casa a lo largo de todo el valle del Guadalquivir y más allá, hasta el mar a la altura de Murcia. Del Atlántico al Mediterráneo. Sus juegos de alta política se vieron marcados por dos empujes reales: la presión creciente de la Castilla, ariete del León clásico al norte, y el permanente goteo de presión norteafricana, cuya intensificación definitiva le tocará vivir en primera persona cuando los almorávides crucen el Estrecho, llevándose por delante la dinastía en la figura del rey poeta cargado de cadenas, camino de Marrakech.

Y es que la historia de Alandalus es un devenir elástico en que intervino siempre el control de los valles peninsulares y, a partir del tiempo abadí, la doble presión, ya mencionada, de ideologías cristianistas desde el norte y las invasiones desde el sur. No hay lugar para muchos más hitos esenciales, pero solo se comprenderá cuanto significaba todo esto a comienzos del final de los abadíes, cuando, en la fecha redonda de 1212 —Navas de Tolosa—, los andalusíes deban luchar —sin motivación alguna— junto con los norteafricanos frente a una coalición de reinos del norte con ayuda de cruzados europeos, en un tiempo ya de clara ideologización religiosa. Pues bien: el resultado final de aquella batalla de las Navas, freno esencial a las ínfulas norteafricanas al norte de la actual Andalucía, fue que los andalusíes acabaron por no participar, al igual que los cruzados fueron amonestados por su actitud de pillaje en Toledo, por lo que tampoco participaron. Un solo ejército del norte frente a uno, invasivo, de otro

norte, el de África. La península ibérica dirimía sus propios enfrentamientos locales, despejando primero las intervenciones foráneas. Pero Motamid ya había pagado bien caro no haberlo visto venir mucho antes, en 1086, cuando vio la ciudad de Sevilla por última vez, ya cargado de cadenas, en un barco rumbo a Marruecos.

9

No sé si Blas Infante llegó a percibir el ritmo pendular de los tiempos. Probablemente haya que estudiar la historia peninsular mucho más como una secuencia alternante —sístole y diástole— de políticas centralistas frente a cantonalismo natural, sin que se deba tomar a ninguno de los dos modelos como el natural, originario o imprescindible. Desde luego, el tiempo de Infante era de herencia centralista y hartazgo periférico, por lo que se comprende su reacción, inteligentemente sustanciada por el elemento andalusí. El significado histórico de la Sevilla abadí constituye, así, un peculiar estudio de caso para comprender que la clave siempre está en lo local, mucho más que en lo espiritual. Seguramente Infante frente a Gil Benumeya, y ambos frente a García Gómez y el centralismo.

Hay unas líneas de Motamid que debió de conocer Infante. Dicen así:

» «¡Ríndete!», me decían [...]. Pero entendí que cualquier veneno sería más dulce que la amargura de rendirme. Que mi corazón permanecería entre mis costillas, (y las costillas no entregan al corazón), aunque los enemigos se hicieran con mi reino o mi propio pueblo me traicionara. Así es: no podrán quitarme la dignidad [...]. Quiera Dios servirme la muerte en Sevilla²³.

No pudo ser, bien es sabido. No pudo el rey poeta Motamid ver cumplido su deseo de morir en su ciudad. Y durante siglos permaneció en un exilio memorístico similar al que le tocó vivir en los últimos años de su vida. Entiendo que aquel Blas Infante que visitó su tumba en Agmat, al sur de Marrakech, le concedió el regreso una y mil veces, cada vez que se leyese o se representase la obra de teatro que nos une hoy aquí. Porque Infante entendió al rey como «uno de los nuestros», y no solo en la lógica adscripción geográfica de su existencia, sino en el más amplio sentido de precursor en la habitabilidad de una historia continua y polícroma.

23 Miguel José Hagerty Fox (2006), *Poesía completa. Al-Mutamid de Sevilla; traducción y comentario*. Granada: Comares.

La obra *Motamid, último rey de Sevilla*

1

La corte del rey Motamid se convirtió en un refugio para poetas y eruditos, muchos de los cuales contribuyeron al renacimiento literario que se vivió en Alandalus durante su reinado. La creación de ese refugio no se debió exclusivamente a la inestabilidad de los tiempos, con la competencia entre reinos peninsulares, que hacía saltar a los eruditos cuando subía la temperatura en alguno de ellos, sino por el propio prestigio de un rey al que se le presuponía una afinidad intelectual, enrocada en un poder militar y económico que no vendría mal a quien tuviese la suerte de ser acogido. El formado estilo de Motamid como poeta había marcado una tendencia, caracterizada por una poética culta, refinada y con gran habilidad para expresar temas de amor, guerra y poder, lo que le asegura un lugar destacado en la literatura andalusí y lo convierte en un excelente estudio de caso, paradigma, de cuanto debió de implicar cualquier corte andalusí, árabe en general, más pendientes de una cierta pompa legitimadora desde la cultura que de incensarios. Percibir esto fue el primer mérito de Blas Infante para elegirlo como símbolo de su reivindicación culta andalusí. El declive de la dinastía en la propia figura de su máximo exponente, debido a las presiones de la joven y ávida Castilla, su modo de volcarse, por obligación, en fuerzas de apoyo norteafricanas y la súbita intervención drástica de los almorávides ofrecieron a Infante el entorno adecuado para un trasfondo histórico sobre el que resaltar la tensión argumental.

La gran licencia literaria de Blas Infante consiste en vestirlo prácticamente de morisco, de desheredado. Una caracterización de personaje que, en pureza, aún deberá esperar cuatro siglos para hacer su aparición histórica. Pero el cuadro viviente de la obra *Motamid* cuenta con que el público no está contemplando los hechos de unos años concretos en el siglo XI sino que son ocho siglos destilados cuanto aparece al subirse el telón. Infante crea un pasado mítico de referencia bien condensado, ideado para liberar al morisco, abrigarlo en histórica orfandad. El género en sí era bien conocido, al existir una larga lista de composiciones condensadoras de épocas, desde aquella de Pedro del Corral en pleno siglo XV con su *Crónica del rey Don Rodrigo* —conocida como la *Crónica Sarracina*—, publicada probablemente en Sevilla en 1499²⁴. En ella idea el autor, inventa, trufa, comenta, pero no le interesa tanto el rigor como aparen-

24 Ana María Romera Manzanare (2021), «La Crónica Sarracina de Pedro de Corral (ca. 1430) en la historia de la lengua española». *Revista de Historia de la Lengua Española* 16, págs. 123-137.

tarlo, dado que su objetivo final concreto es ofrecer su propia interpretación ideológica de los comienzos de Alandalus. Bien, yo entiendo que Blas Infante ofrece también su interpretación, esta vez del final de Alandalus. El público está viendo al rey Motamid, sí, pero en él se representa al último Boabdil, cuatro siglos después, y el procedimiento elegido, el teatro, le permite al autor no tener que ruborizarse ante pretensiones de historicidad, como sin duda debió de producirse en aquel Pedro del Corral.

2

De algún modo, *Motamid* es un invernadero de tiempo andalusí, protegido para su contemplación contemporánea. La normalización de un pasado no incluido en los manuales escolares de quienes somos, su posible intelectualización posterior, y su instrumentalización final para los deseados efectos políticos sobre lo social: volver a ser lo que fuimos. Por muchas vueltas que le demos aquí, resulta evidente que la obra dramática de Blas Infante constituye seguramente la faceta menos conocida de su legado, pero igualmente relevante. Su dramaturgia está profundamente ligada a su pensamiento político, social y cultural, y funciona como una herramienta para expresar su visión andaluza, su crítica social y su propuesta de regeneración, ya lo hemos dicho. Pero ¿cómo implementa esa dramaturgia? Es evidente que Infante, hombre culto, estaba al tanto del auge de las dos corrientes del teatro europeo de su tiempo, que de alguna forma llega a nuestro autor: el llamado teatro de ideas por un lado, y por otro el simbolismo. En mi forma de verlo es imposible distinguirlos; pero dado que los críticos suelen estar de acuerdo en limitar bien las corrientes, deberemos detenernos para separar.

El teatro de ideas surgió en la Europa de finales del siglo XIX y principios del XX, en el contexto de un clima intelectual marcado por los grandes cambios sociales, políticos y culturales. Dicen que es el teatro de la industrialización, la deshumanización, y la colonización, tres grados de un mismo tiempo histórico pero cuya tercera pata no suele incorporarse como parte de la crisis sino en tanto que solución. Este teatro busca enfrentar al público con cuestiones morales, sociales o filosóficas que están en el centro de los debates de su tiempo, desafiando las normas tradicionales y ofreciendo una crítica profunda de la sociedad. Una figura esencial sería el noruego Henrik Ibsen (m. 1906), cuyas obras *Casa de muñecas* o *Espectros* iniciaron una tendencia hacia un teatro que cuestiona las convenciones sociales, especialmente las relacionadas con la familia, el matrimonio y la moral. Se abría el melón de la crítica a lo establecido, al enfrentamiento intelectual a un sistema. Ibsen fue solo el comienzo; muchos dramaturgos posteriores continuaron y expandieron esta forma de hacer teatro, como George Bernard Shaw (m. 1950), Anton Chejov (m. 1904), o August Strindberg (m. 1912), o Luigi Pirandello (m. 1936).

3

En ese tipo de teatro se prestó más atención a los contenidos que a las formas, dando prioridad a las cuestiones sociales, filosóficas o políticas por encima de la espectacularidad. Sus personajes son psicológicamente profundos y afrontan dilemas éticos o conflictos internos intensos. Desafían las normas tradicionales, obligando al público a reflexionar sobre los problemas planteados y suele ser un teatro más de conversación que de movimiento: los diálogos entre los personajes no solo avanzan la trama, sino que también funcionan como debates o reflexiones sobre el tema central, a modo de breves ensayos para un público que se ve obligado a tomar partido. Este movimiento influyó enormemente en la evolución del teatro moderno, y sus autores hicieron uso del escenario como un espacio para confrontar a la audiencia con preguntas fundamentales sobre la existencia, la sociedad y la ética, sentando las bases para muchas formas teatrales contemporáneas.

Frente a este tipo de teatro, surgió también en la época el llamado simbolismo, protagonizado muy especialmente por el belga de Maurice Maeterlinck (m. 1949) con obras como *La intrusa*, o *Peleas y Melisande*. El simbolismo es menos social y busca más lo espiritual, lo metafísico y lo emocional. Maeterlinck, por ejemplo, no plantea conflictos terrenales como los que encontramos en Ibsen o Shaw, sino que se adentra en misterios universales: la muerte, el destino, el tiempo y el inconsciente. También rechaza el simbolismo las fórmulas tradicionales del teatro burgués, pero se aleja definitivamente del realismo y apuesta por un teatro onírico, abstracto y poético. También se obliga al público a pensar, desde luego, pero en el simbolismo se le invita a contemplar lo inexplicable o lo místico. Maeterlinck quería provocar una sensación de asombro y recogimiento más que un análisis intelectual directo.

4

Es probable que mi reticencia a separar completamente los dos tipos de teatro se deba a que sus desembocaduras en español no tienen tan claros los límites. Federico García Lorca (m. 1936), por ejemplo, podría situarse más cerca del simbolismo de Maeterlinck que del teatro de ideas de Ibsen, dado que la introspección de los personajes es más rica que en la mera denuncia social, pero me temo que Lorca no se puede encasillar sin más: la introspección de cada personaje, sumado a la tensión de sus circunstancias, acaba produciendo un estallido social en cada obra lorquiana que es imposible adjudicarle una sola etiqueta. *Bodas de sangre*, o bien *Yerma*, o *La casa de Bernarda Alba* son obras que aúnan lo mejor de ambas corrientes, aunque con matices, porque su obra

es profundamente original y contiene elementos de ambos enfoques. El simbolismo lorquiano es central: la luna, el caballo, el agua, entre otros, adquieren significados profundos y cargados de emoción, pero el autor aborda temas sociales como la opresión, el patriarcado o las normas asfixiantes de la sociedad, que adquieren más tensión precisamente por el sustento simbólico previo. Por añadidura, en Lorca interviene un componente que podríamos calificar de mediterráneo que, sin buscar resolver las tensiones a través de ideas o debates morales, las deja abiertas en tanto hijas del destino, trágico e inevitable.

En mi opinión, cuanto es válido para Lorca en el sentido de suma de teatro de ideas y simbolismo, con el añadido de una mediterraneidad trágica, no lo es menos para el padre de las letras árabes del siglo XX, el egipcio Tawfiq al-Hakim (1898-1987), dramaturgo en la intersección de múltiples tradiciones y que debe estudiarse junto a Lorca. Es conocido por integrar personajes clásicos árabes con influencias del teatro europeo, especialmente de Ibsen, Pirandello y el simbolismo. Su militancia a favor de la justicia, la libertad, el poder y la identidad cultural, lo acerca al teatro de ideas en obras como *El despertar de un pueblo* o bien *El sultán perplejo*. Pero en otras como *El árbol del conocimiento* y *Los que volvieron a la vida*, utiliza símbolos y metáforas de gran calado para reflexionar sobre cuestiones metafísicas y existenciales, como la relación del ser humano con el destino o la naturaleza divina. Ahora bien, el tercer aspecto es exacto al de Lorca: la obra *El canto de la muerte* con su destino implacable, la simbología del amanecer, el canto, el llanto, lo harían digno de ser representado en cualquier ciclo de teatro lorquiano.

5

Y es en esa suma de corrientes —teatro de ideas, simbolismo, mediterraneidad— donde podemos comprender igualmente las obras andalusíes de Blas Infante, específicamente nuestro *Motamid, último rey de Sevilla*, así como *Almanzor*, ambos con un enfoque único que podría vincularse tanto con el simbolismo poético como con un tipo de teatro de ideas de carácter histórico-filosófico, aunque es profundamente original en su conexión con los símbolos del andalucismo cultural y político. Blas Infante bebe del lirismo simbólico de piezas como las de Lorca o Tawfiq al-Hakim —cuya obra no creo que llegase a conocer— y, en cierta medida, también toma de Maeterlinck. Sus personajes históricos como los centrales, el rey Motamid y Almanzor, no solo actúan como figuras históricas, sino también en tanto que emblemas de valores universales como la libertad, el amor por la tierra andaluza y la tragedia del destino humano. Revolotea por las obras un uso de imágenes poéticas y una atmósfera cargada de melancolía y belleza que subraya esa citada mediterraneidad,

la inevitabilidad del destino trágico, pero, al mismo tiempo, las obras incorporan un marcado componente político y filosófico*, con lo que suma y amplía las dos corrientes dramáticas de su tiempo.

El pasado histórico andalusí le sirve a Infante para reflexionar sobre los problemas de su tiempo, como las ya citadas —en repetidas ocasiones— identidad andaluza, justicia social y reivindicación de un pasado cultural rico y complejo. En *Motamid*, de hecho, ese rey no solo es poeta sino que, decía, se *boabdiliza* al aparecer como un símbolo y esencia de la caída de Alandalus, pero también de la resistencia y la riqueza cultural de Andalucía, conectando así pasado y presente. Mientras que en la incompleta *Almanzor* serán los conflictos de poder y lealtad los que adquieran un tono filosófico que dialoga con ideas universales sobre el liderazgo, la ambición y la decadencia. En puridad, no creo que el teatro de Blas Infante pueda ser encasillado del todo en las categorías destacables del teatro europeo, porque su obra no se entiende sin leerse o contemplarse profundamente enraizada en la identidad andaluza y su orgullosa reivindicación. Ese teatro no solo busca emocionar o reflexionar, sino también agitar unas conciencias de memoria cultural perdida y exaltar los valores del andalucismo. Esto lo distingue tanto del simbolismo puro como del teatro de ideas europeo, ya que su objetivo último es político y cultural.

6

En definitiva, el teatro de Blas Infante es una herramienta para denunciar las injusticias sociales y económicas, especialmente el latifundismo y la pobreza rural de Andalucía, así como difundir una identidad andaluza rica, digna y consciente de sus raíces y promover valores universales como la libertad, la justicia y la igualdad. Dado que no corresponde aquí analizar otras obras suyas como *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía*²⁵, que ya ha sido objeto de un buen estudio y se aleja de los márgenes estrictamente andalusíes, si nos centramos en su obra andalusí yo la mostraría de la mano de la del citado egipcio Tawfiq al-Hakim. Es probablemente el autor con el cual, de fondo, se comprenda más la obra entre historicista, simbólica y filosófica del Infante más andalusí. Su obra teatral, decimos, es evidentemente escasa en cantidad, pero cargada de simbolismo, profundidad filosófica y crítica social. *Motamid* es un genuino drama histórico, escrito entre 1920 y 1930, e inevitablemente ambientada en la época andalusí, en la corte del último rey Abbadí.

25 Blas Infante (2017). *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía*. Sevilla: Fundación Centro de Estudios Andaluces. Ed. Salvador Cruz Artacho y prólogo de Antonio Manuel Rodríguez.

El tema, a rasgos generales, es la decadencia de Alandalus, explorándose a través del rey y reo Motamid, porque acabará detenido, encarcelado y exiliado, la caída de la cultura andalusí, el sufrimiento de Andalucía bajo dominaciones extranjeras y la pérdida de la libertad. Insisto en la extranjería bien marcada de los almorávides, para que quede claro que el ideario de Infante no es hagiográfico sobre religión o Estado alguno. También inevitablemente, las conexiones y paralelismos con el presente van surgiendo de cada párrafo leído o declamado: entre la sumisión de los almorávides y la Andalucía contemporánea, oprimida por el centralismo y el latifundismo. Será a través de esa figura del rey poeta como se representará la caída de una culta, digna, orgullosa e incluso guerrera Andalucía.

7

La trama de *Motamid, último rey de Sevilla* nos presenta un reinado caracterizado por el pacifismo y la tolerancia, en una época —principios del XI— marcada por conflictos entre diferentes facciones, como los almorávides y los castellanos. Infante presenta a Andalucía como un ejemplo de liberalidad y tolerancia, contraponiéndola al fanatismo de las fuerzas invasoras, ya sean del norte o del sur, de algún modo desvaídas para destacar su carácter sombrío. Frente a Motamid, personaje central de muchos pliegues éticos, culturales y de carácter, aparecerán esos personajes invasores castellanos y almorávides, prácticamente caricaturas de feas excrescencias de egoísmo y avaricia. Son los dos polos de una obra cuyos personajes se visten estereotípicamente de cuanto la historia refleja de ellos. Motamid es sensible, noble y apasionado. Es el símbolo del esplendor cultural de Alandalus, pero también de su decadencia. En su relativa complejidad de personaje, alterna los rasgos de una dualidad entre el poeta y el político; a veces soñador, amante de la belleza y profundamente conectado con el arte y la naturaleza, y otras veces como sagaz político superado por las circunstancias, afrontando los clásicos conflictos del poder, la traición y la responsabilidad propia.

Motamid el personaje muestra una cara trágica. Representa la crónica anunciada de una caída, la pérdida de su reino, sin que sepa de qué mal lado caerá, si hacia el norte castellano o hacia el sur almorávide. Su amor por Sevilla sintetiza el amor a la tierra de Alandalus, y su llamada poética es la inevitable respuesta de un ser inteligente ante el grito de la belleza de la tierra. Acabará siendo el mártir de la belleza y la cultura frente a las fuerzas destructivas del poder político y religioso. A su lado su mujer, Rumaykiyya es la esposa de Motamid, representando el conocido papel de origen humilde e inspiración para la poesía del rey. Ella representa el otro amor, después del de la tierra; es el amor romántico y la musa poética; pasión idealizada, fuerza y fidelidad. Afrontará

junto a su esposo las adversidades del destino, por lo que se revestirá también de ese carácter trágico del destino. Son víctimas de las circunstancias históricas y políticas y ella compartirá la caída del rey amado y respetado.

8

Junto a ellos aparece un Ibn Ammar cosificado. Ya no es el amante del rey y compañero de correrías que nos presentan las crónicas árabes, sino el ambicioso consejero que se aprovecha de la vieja e íntima amistad. Es un personaje shakespeariano al servicio de la traición y la ambición desmedidas. Irá degenerándose en cada diálogo, personificando la podredumbre de la corrupción por ambición. Parece creer que él podrá salvarse si juega bien sus cartas, aunque tenga que vender al amigo. Al tanto que alter ego del rey leal, Ibn Ammar se presenta con el frío pragmatismo sin escrúpulos de un hombre experimentado, quemado, sirviendo así como perfecto antagonista simbólico del rey en las escenas. Aún así, Ibn Ammar tampoco podrá escapar de la traición, porque el destino juega con las cartas marcadas. Decía que aparecen también los sagazmente despersonalizados almorávides, más bien fuerza del destino que individuos. Traen el cambio, el anochecer, la tristeza y el miedo de la religiosidad sin reflexión. Del poder a través del culto y la fe exigida. Son más amenaza que realidad en toda la obra.

La corte de Motamid aparece en todo su esplendor, pero con rencillas de palacio, con zonas oscuras, con una especie de coro de fondo que son los buenos y leales ciudadanos de Sevilla, máscaras de la belleza y nobleza de la tierra que sucumbirá tras largo sufrimiento. En realidad, más que personajes nos presenta Infante una galería de máscaras, de arquetipos simbólicos muy al estilo del teatro griego, una suerte de *Commedia dell'Arte* en que cada cual se moverá en los márgenes previstos tras la primera aparición en escena. Amor, lealtad, traición e inevitabilidad del destino son en realidad los personajes que más se mueven entre diálogos algo densos por buscada profundidad, tras lo que se pretende plasmar en el público la nostalgia por esa riqueza cultural perdida de Andalucía y proponiendo una reflexión sobre su identidad y futuro.

9

La trama es un crescendo hacia el desastre. En tres actos bien medidos, Infante arranca en el primero con el esplendor de Sevilla y el dilema del poder. Sevilla se presenta como el palpitante corazón de Alandalus, frágil en su diversidad política pero culturalmente rica. Se mueve en escena un rey Motamid sensible y amante que se pone

serio ante los emisarios y las noticias de los avances atrozantes de castellanos y almorávides. Rumaykiyya desempeña el clásico papel, lamentablemente encasillado, de la mujer cojín, almohada, refugio, descanso del guerrero. Personaje pasivo, reactivo, segunda voz siempre a tono. La corte se encuentra dividida entre quienes buscan la paz mediante alianzas, aunque haya que pagar parias a los castellanos, y quienes creen poder resistir militarmente. La entrada en escena del consejero Ibn Ammar no engaña al público pero sí al rey, idealista y noble.

En un segundo acto se nos presenta la decadencia moral y la traición emergiendo desde la fragilidad interna de un reino. Ibn Ammar conspira en secreto, alimentando la división en la corte y buscando su propio beneficio. Un Motamid aún ciego a la traición del amigo empieza a presentarse ante el público como excesivamente ingenuo. Simultáneamente, los almorávides, liderados por Yūsuf ibn Tashfin, avanzan desde el sur con un ofrecimiento: ayudarán a Motamid a derrotar a «los cristianos» —así de genérico lo presentarán—, pero bajo la condición de someterse a su poder. Este dilema simboliza el conflicto entre el orgullo andalusí y la necesidad de supervivencia. Ese conflicto interno de Motamid se va desplegando en las reflexiones en voz alta del rey. Rumaykiyya, voz de su conciencia, tratará de convencerlo de que preserve su integridad moral y cultural. Entretanto, Ibn Ammar, en un acto de ambición desmedida, negocia en secreto con los almorávides, acelerando la caída del reino, marcando un punto de inflexión en la obra. Que en el acto tercero ya nos presenta la derrota y el exilio. Han llegado los almorávides y Motamid, desesperado ante las incursiones cristianas, acepta su ayuda, decisión que lo llevará a la ruina. Los almorávides no solo derrotan a los cristianos, sino que también toman el control de Sevilla, despojando a Motamid de su reino. Una vez controlada la corte, su rigor religioso, representa el fin del esplendor artístico y la tolerancia de Alandalus.

10

En la esperada caída final de la obra, Motamid, Rumaykiyya y su familia son enviados al exilio en África, donde viven en la pobreza. Aquí, la figura del rey poeta se vuelve aún más trágica: aunque lo ha perdido todo, sigue escribiendo poesía como una forma de resistencia espiritual. Rumaykiyya sigue siendo su almohada, sin reproche ni aristas. Permanece a su lado, simbolizando el amor y la lealtad en medio de la adversidad. El final de Motamid es profundamente trágico y simbólico, cargado de significado histórico, cultural y humano. Los últimos diálogos son una elegía a la pérdida de Alandalus y a la imposibilidad de preservar un ideal cultural en un mundo dominado por la política y el poder. A través de la figura trágica de Motamid, Blas Infante no solo ha narrado un episodio histórico, sino que pasa a reivindicar la riqueza oculta —en el

pasado, en la nobleza de sus gentes— de Andalucía y su resistencia espiritual frente a la adversidad. La obra concluye con un mensaje melancólico pero esperanzador: aunque se pierdan los reinos, la poesía y la cultura pueden perdurar como un testimonio eterno de la identidad de un pueblo.

En tanto que herramienta pedagógica y política, a través de la figura histórica de Motamid se busca reivindicar la identidad andaluza y reflexionar sobre su historia y futuro. Este drama histórico, fechado en 1920, se ha venido representando recurrentemente, siendo especialmente trascendente la que tuvo lugar el 19 de mayo de 2023, por la compañía de teatro La Fablilla, en versión adaptada para la sede de la Fundación Blas Infante, la Casa del Rey Moro en Sevilla. Esta representación se enmarcó en las actividades del Milenario del Reino de Sevilla (1923-2023) y fue presentada por la historiadora Pura Sánchez. Además, el 10 de abril de 2024, se llevó a cabo una lectura dramatizada de la obra *Motamid 1936* en la Fundación Blas Infante. Esta versión, especialmente sagaz, fusiona ya explícitamente la historia del exilio de Motamid en Marruecos con el asesinato de Blas Infante, con la circunstancia de que ambos tenían 51 años. La lectura fue protagonizada por el autor Mario Solís Prieto y el escritor Antonio Manuel.

11

Esta obra-homenaje de Solís Prieto, *Motamid 1936*²⁶, merece una atención especial por ser un definitivo Motamid 2.0 que curiosamente nunca se había tratado de llevar a cabo, quizá por lo que aludía al principio de la marmorización del símbolo de Blas Infante, con la merma de agilidad interpretativa de su vida y obra. Al entrelazar las historias del último rey árabe de Sevilla y la del padre de la Patria Andaluza, renueva su autor la intencionalidad simbólica, histórica, de fusión entre pasado andalusí y Andalucía presente que, indudablemente, estaba en la mente de Blas Infante. Generando una trenza de dramaturgia, historia y poesía, Solís Prieto nos ofrece una reflexión interesante sobre los destinos paralelos de ambos personajes, detrás de los cuales está la comparación entre los contextos históricos. Utiliza limpiamente fragmentos completos de la obra original de Blas Infante, los rodea de frescas citas de poemas de Motamid, y acaba creando una narrativa ágil que, sin el menor resquicio de duda, refuerza el carácter político y emocional de la obra original que comentamos.

26 Mario Solís Prieto (2023), *Motamid 1936*. Jerez de la Frontera: Tierra de Nadie.

Esa dimensión contemporánea, estoy convencido, puede desempolvar esta magnífica obra *Motamid, último rey de Sevilla*. El modo en que da vida a Blas Infante entre las líneas de su propia obra ejemplifica de un modo astuto el objetivo principal del primer autor: luchar contra el memoricidio, apostar por una esperanza de insurrección culta, de insumisión existencial porque siempre estaremos siendo atenazados entre fuerzas contra las que solo cabe mostrar la autenticidad y el deseo de seguir en una tierra, en la tierra.

Bibliografía

Amo, Mercedes del (2005), *Salvador Vila, el rector fusilado en Víznar*. Universidad de Granada.

Arce, Javier (1981), «Inestabilidad política en Hispania durante el siglo II d.C.». *Archivo Español de Arqueología* 54, págs. 101-115.

Arce, Javier (2017), *Esperando a los árabes: los visigodos en Hispania (507-711)*. Madrid: Marcial Pons.

Barkai, Ron (1991), *Cristianos y musulmanes en la España medieval. El enemigo en el espejo*. Madrid: Rialp.

Bosh Vilá, Jacinto (1984), *La Sevilla islámica*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Bunes, Miguel Ángel de (1983), *Los moriscos en el pensamiento histórico. Historiografía de un pueblo marginado*. Madrid: Cátedra.

Castro, Américo (1972), *De la edad conflictiva*. Madrid: Taurus.

Claret Miranda, Jaume (2006), *El atroz desmoche: la destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*. Barcelona: Crítica.

Dozy, Reinhart (1861) (2016), *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de Andalucía por los almorávides*. Madrid: Turner.

Egea, Alberto (2001), *García Lorca, Blas Infante y Antonio Gala: un nacionalismo alternativo en la literatura andaluza*. Sevilla: Fundación Blas Infante.

Esquerrà Nonell, Josep (2013), «Motamid, último rey de Sevilla: drama histórico de Blas Infante». *Colindancias: Revista de la Red de Hispanistas de Europa Central*, 4, 143-162.

Fanjul, Serafín (2004), *La quimera de al-Andalus*. Madrid: Siglo XXI.

García de Cortázar, Fernando (2003), *Los mitos de la Historia de España*. Barcelona: Planeta.

García Gómez, Emilio (1976), *Andalucía contra Berbería*. Barcelona: Universidad.

González Alcantud, José Antonio (1993), *La extraña seducción. Variaciones sobre el imaginario exótico de Occidente*. Granada: Universidad.

González Alcantud, José Antonio (2004), *Deseo y negación de Andalucía*. Granada: Universidad.

González Alcantud, José Antonio (Ed.) (2010), *La invención del estilo hispano-magrebí. Presente y futuros del pasado*. Barcelona: Anthropos.

Lévi-Provençal, É. (1982), *La civilización árabe en España*. Madrid: Espasa Calpe (6ª. Ed.).

González Ferrín, Isabel (2019), «Un mandato en papel de Alfonso X en el Archivo de la Catedral de Sevilla». En María Luisa Pardo (Coord.): *Iglesia y Escritura en Castilla: siglos XII-XVII*. Universidad de Sevilla, págs. 209-240.

Haskins, Charles Homer (2020) (1927), *El Renacimiento del siglo XII*. Barcelona: Ático de los Libros.

Hagerty Fox, Miguel José (2006), *Poesía completa. Al-Mutamid de Sevilla; traducción y comentario*. Granada: Comares.

Hopkins, Claudia (2024), *Art and Identity in Spain (1833-1956). The Orient Within*. Londres: Bloomsbury.

Infante, Blas (1931) (1984), *Fundamentos de Andalucía*. Ed. Manuel Ruiz Lago. Sevilla: Fundación Blas Infante.

Infante, Blas (2017), *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía*. Sevilla: Fundación Centro de Estudios Andaluces. Ed. Salvador Cruz Artacho y prólogo de Antonio Manuel.

Lirola Delgado, Pilar (2011), *Al-Mu`tamid y los Abadíes. El esplendor del reino de Sevilla* (s. XI). Almería: Fundación Ibn Tufayl.

Manuel, Antonio (2021), *Flamenco, arqueología de lo jondo*. Córdoba: Almuzara.

Marquer, Julie (2013), «El poder escrito: problemáticas y significación de las inscripciones árabes de los palacios de Pedro I de Castilla (1350-1369)». *Anales de Historia del Arte*, 23 (II), págs. 499-560.

Martínez Montávez, Pedro (1992), *Al-Andalus, España, en la literatura árabe contemporánea*. Málaga: Arguval.

Olagüe, Ignacio (1927¹) (1950), *La decadencia española*. Madrid: Mayfe.

Reglero de la Fuente, Carlos Manuel (2009), «Cluny en España. Los prioratos de la provincia y sus redes sociales (1073-ca. 1270)». *Bulletin du Centre d'Études Médiévales d'Auxerre* (BUCEMA), 13.

Reyes Cano, Rogelio (1990), «La visión de Sevilla en la obra de Antonio Machado; ¿Hacia una teoría apócrifa de la ciudad?». En: *Antonio Machado hoy: actas del Congreso Internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, 1. Sevilla: Alfar, págs. 487-496.

Romera Manzanares, Ana María (2021), «La Crónica Sarracina de Pedro de Corral (ca. 1430) en la historia de la lengua española». *Revista de Historia de la Lengua Española* 16, págs. 123-137.

Ruiz Romero, Manuel (2010), *Blas Infante Pérez (1885-1936)*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.

Solís Prieto, Mario (2023), *Motamid 1936*. Jerez de la Frontera: Tierra de Nadie.

Subirats, Eduardo, (coord.) (2003), *Américo Castro y la revisión de la memoria. El Islam en España*. Madrid: Libertarias.

Udrí (Al-) (Al-`Udhri), Ahmad ibn Umar Ibn Anas (1965), *Fragmentos geográfico-históricos de Al-Masalik ila gamí al-Mamalik*. Ed. Abd al-Aziz al-Ahwani. Madrid: Instituto de Estudios Islámicos (en árabe).

Para saber más

Obras de Blas Infante publicadas

- 1915: Ideal Andaluz.
- 1916: La obra de Costa.
- 1919: La Sociedad de las Naciones y Manifiesto andalucista.
- 1920: Motamid, último rey de Sevilla.
- 1921: Cuentos de animales; La Dictadura Pedagógica y Reelección fundamental.
- 1929: Fundamentos de Andalucía.
- 1929-1933: Orígenes de lo flamenco y secreto del cante jondo.
- 1931: La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado libre de Andalucía.
- 1932: Andalucía desconocida.
- 1935: Cartas andalucistas.
- 1936: Manifiesto a todos los andaluces.

Obras de Blas Infante inéditas

- 1923: Renovación del sentido de la cultura.
- 1924: El Libro Nuevo y Escritos religiosos.
- 1925: Cartas a Erina y Escritos filosóficos.
- 1929: Almanzor.

MOTAMID,
ÚLTIMO REY
DE
SEVILLA

BLAS INFANTE PÉREZ



MOTAMID, ÚLTIMO REY DE SEVILLA

Exposición dramática del reinado del Príncipe
Abul-Kasim-Mohamed Ibn Abbad-el Billah

Por

BLAS INFANTE PÉREZ

Advertencia

La narración se inspira en la historia de Abul-Kasim ofrecida por el historiador holandés Dozy. La mayor parte de las anécdotas son históricas. Los dichos auténticos y trozos de poemas entrecomillados que se citan los transcribe Abbas, del cual los tomó Dozy.

El narrador, para componer el argumento, se ha visto precisado a cometer algunas herejías históricas, tal como la supuesta restauración de Medina Zahara en tiempos de Motamid, la fecha de la peregrinación de Azzamad a su tumba, etc.

El epílogo está inspirado en la peregrinación a la tumba de Motamid llevada a cabo por Ibn-al-Khatib, hagib del rey de Granada, dos siglos y medio después de la muerte del príncipe abbadita. Los pasajes entrecomillados en el epílogo son trozos de poemas auténticos de Motamid, de su hijo y del mismo peregrino, tomados del citado autor.

La narración del beduino en el epílogo se expone con las mismas palabras que aquel atribuye al beduino, sorprendido por el cantor andaluz en el desierto.

*A María de las Angustias,
quien tuvo un vehemente deseo
por ver publicado este libro.
Esta, y otras muchas efusiones de la vida del*

AUTOR.

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN LA NARRACIÓN

EL REY ABUL KASIM BEN ABBAD (MOTAMID)

Elevado al trono a los veintinueve años; apasionado por la gloria; gran poeta y filósofo; protector vehemente de toda actividad artística, filosófica o científica; guerrero impulsivo e impetuoso, ágil y fuerte; político culto; a veces impremeditado.

ITIMAD (ROMAIQUIA)

Primero, esclava de Romaic. Después, reina de Sevilla. Espíritu ingenuo, altamente poético y religioso; adora también la gloria. Diez años más joven que Motamid. Es hermosa y plena de gracia.

IBN AMMAR

Compañero y hagib del rey; próximamente de su edad. Poeta; amigo del fausto; lleno de ambiciones y supersticioso.

ROGERIO

Poeta siciliano, joven; expulsado de su patria y refugiado en Sevilla.

EL HALCÓN GRIS

Exbandido. Brigadier de la guardia de Seguridad pública. Hombre ya maduro y roblizo.

ZOHAIR

Joven de la nobleza; capitán de la Guardia Real.

EL YAILI

Poeta de la Corte. De juventud un poco pasada; ingenuo, vehemente y locuaz.

ALMUNDHAFFAR

Guerrero y político hábil.

THOFAIL

Filósofo de la Corte; hombre rayano en la vejez; fuerte y exageradamente circunspecto.

EBN MOKRI

Visir; anciano ministro del rey.

EL MUFTI

Obispo o jefe de los alfaquíes (sacerdotes).

EL CADÍ DE LOS CADÍES

Presidente de los jueces del Reino.

ROMAIC

Dueño de Romaiquia; viejo mercader.

EL SANTÓN

Imán o iluminado venido en misión del África almorávide.

OMAR

Soldado del Halcón Gris.

HABIBAH

Doncella de la reina. Joven ingeniosa, traviesa y linda.

AMINA

Aya de los hijos del rey.

HIJOS DE MOTAMID Y DE ROMAQUIA**XELIMA**

Niña de diez años.

ZAHIRA

Niña de seis años.

OMMALISAN

Niña de cuatro años.

ABDERRAMÁN

Niño de siete años.

Caballeros y damas de la Corte; soldados del ejército y de las guardias real y ciudadana; soldados de Yúsuf; arifs (ujieres); katibes (secretarios); mercaderes, hombres y mujeres del pueblo.

La acción se desarrolla en la segunda mitad del siglo XI.

JORNADA PRIMERA

REALEZA LIBRE Y REALEZA ESCLAVA

Escenario

En la Pradera de Plata, almuzara o lugar de esparcimiento de los vecinos de Sevilla. La Pradera se extiende por la planicie que riberiza el Río.

Es un día de Primavera y de Mercado.

Los vendedores pregonan sus mercancías con voces timbradas por motivos melódicos. Unos deambulan por entre la multitud cargados de objetos, y otros gritan desde las puertas de sus tiendas, construidas con lienzos de vario color.

El pueblo bulle llenando las calles del campamento. Parte de la muchedumbre refluye a este; otra parte se distiende por la alfombra de verdor de la Pradera, sembrada de flores y sombreada por palmeras de cimbreadora esbeltez; desde los altos alminares de las mezquitas o desde los torreones del Alkázar, o desde las almenas y ajimeces de la Torre del Oro se percibiría, al mirar, un sol en cada armadura o alfanje reluciente, brillando fugaz, como los costados de los peces que surgen a la superficie del océano, en este mar de turbantes blancos y rojos, rematados por gorros dorados, encarnados o verdes. Los airones y cimeras en los turbantes de los ociosos guerreros, pájaros temblorosos, mensajeros de todos los colores, parecerían de Iris, la diosa de la luz; y, por entre los jaiques y alquiceles, de varias y vivas tonalidades, el puro blancor pálido de las túnicas y mantos femeninos ofrecería la visión de grandes azucenas que se mueven; de lirios blancos, que, alados, pasean.

La Primavera, borracha de resplandores, tiene un sueño de infinitas irisaciones, en el espacio terso y deslumbrador como verbos refulgentes que vinieron a encarnar en los infinitos colores, con las flores, paridos por la Tierra. La polifonía de las voces que asciende de la tierra rima un himno con la policromía de la luz que desciende del cielo. Sonidos y luces, cantos y perfumes, se encuentran en el espacio radiante; se besan y aman y estallan en loca explosión de alegría que responde a la alegría bulliciosa del Sol. Las aguas transparentes del río discurren lentas y perezosas, como si les angustiara alejarse para siempre de las márgenes floridas de la Pradera de Plata...

Pasaje I

(Abul Kasim, Ibn Ammar y Rogerio advienen desde la ciudad a la Pradera. Visten amplios alquiceles blancos, rematados por capuchones, con los cuales, cubriéndose la cabeza y ocultándose hasta los ojos, pretenden esconder el semblante y pasar desapercibidos por entre la multitud).

ABUL KASIM

Dejemos un instante el poema, para admirar la almuzara.

(A Rogerio). Te prometí, extranjero, un regalo más liberal que aquel que te hiciera al donarte mi camello de ámbar con incrustadas perlas. Helo aquí. Dime por tus dioses, siciliano, si has soñado alguna vez con una tan espléndida visión como esta que ahora te ofrezco en la Pradera de Plata.

ROGERIO

(Admirado). Bella es mi Sicilia, príncipe, pero si el Reino de la Belleza es la Patria de todos los poetas del Orbe, mi patria, señor, es el Andalus.

Soñaron una realidad los aedas griegos que en el Andalus pusieron los Campos Elíseos. Y si la realeza verdadera es, por ser la natural, la del espíritu superior que piensa y siente y obra como un rey o como un dios sobre los demás hombres, mi príncipe, señor, no es un rey fabricado por plebeyos, quienes por necesitar de reyes, se fingen un rey, adornando espíritus plebeyos, espíritus vasallos, con coronas de oropel y mantos y cetros de bisutería. Mi príncipe, mi rey, es un príncipe y un rey de verdad. Eres tú, Abul Kasim, que eres a mí superior en la alteza, en la realeza de pensar, del obrar y del sentir.

AMMAR

(A Rogerio). ¿De cuál camello habló el Señor?

ABUL KASIM

(Riendo). De aquel que te sugiriera tanto respeto supersticioso, evocando tus tétricas imaginaciones. Un día tú entraste en mi Cámara. La estatua de ámbar del camello hubo de despertar tu admiración. Las misteriosas irisaciones de las perlas que incrustaban la talla (perlas negras, fingían sus ojos; perlas de varia tonalidad, en su color pálido, los arreos de la montura); esas irisaciones de luz que fue prisionera, en los abismos del mar, alumbraron, en ti, no sé qué abismos de superstición. Señor, preguntaste: —¿Quién fabricó tan exótica estatua? —No se sabe —te respondí con misterio—. Dicen que es un símbolo o ídolo de países lejanos en el espacio y en el tiempo. Representación tal vez de la Humanidad; camello en cuyos ojos hay una prisión de luz venida de remotas profundidades, el cual, con lento paso, marcha cargado con su gibosidad, por caminos inciertos hacia un fin ignorado; perdido quizá en las encrucijadas de las sendas. La Humanidad, como una perla, tal vez sea una tumba perdida de la luz.

(A Rogerio). Ammar, al escuchar esta serie de desatinos, vestidos de ampulosas palabras lúgubres, hubo de mirar con cierto recelo el camello, viendo en él siempre una misteriosa solemnidad.

(A Ammar). Tranquilízate ya, hijo venturoso de mi inolvidable Silves, en la antigua Lusitania. El camello ha salido, más que deprisa, de mi Cámara, en las manos aladas de este afortunado poeta.

AMMAR

(A Rogerio). ¿Te lo ha regalado?

ROGERIO

La primera vez que entré en la Cámara regia, hízome el rey tan espléndido donativo. Contaba yo al señor las desdichas de mi patria, depredada por el Normando, cuando llegó a aquel un presente de nuevas monedas de oro, acabadas de salir del troquel. El príncipe tomó los sacos. Leyó en las láminas de metal reluciente, recitando en alta voz sus poéticas leyendas, y después, señalando aquel tesoro, dijo: —Tómalo, extranjero. Estas monedas son para ti. —Señor —contesté—, para transportar tan preciosa carga necesitaría un camello. —Pues coge ese. También te lo regalo —replicó el rey, mostrándome la estatua de ámbar y perlas—. Y por esta razón, sabio Ammar, el camello cargado de monedas de oro es hoy joya que deslumbra a cuantos visitan mi alojamiento.

Pasaje II

(El Halcón Gris, seguido por varios Subordinados, entra en escena. Su aire es afectado. Con un gesto de cómico orgullo, percibe cómo los individuos de la multitud se fijan en él, susurrando murmuraciones misteriosas y volviendo la cabeza para contemplarle más tiempo.

Al descubrir a los Tres encapuchados, el Halcón los mira con recelo, y dice rápidamente, dirigiéndose a uno de sus guardias).

HALCÓN

Omar: No pierdas de vista a estos tres de los capuchones. O son bandidos que abandonaron la Sierra asustados del Halcón Gris, o jóvenes caballeros de la Corte que habrán venido a jugar alguna broma pesada a los pobres mercaderes.

(Dicho esto, el Halcón sigue hacia la Pradera con igual aire de petulante majestad. Omar, colocado en un ángulo de la escena, sigue sin pestañear los movimientos de los Tres encapuchados, moviéndose a compás de estos).

ABUL KASIM

(Riéndose y dándose cuenta de todo). Para llegar a ser un buen policía, es preciso haber sido anteriormente un buen ladrón. Ese delicioso Halcón no ha dejado un bandido en toda la comarca. Se explica muy bien. Una vez estuvo en las puertas del Infierno. Y ya se hallaban estas abiertas de par en par, a fin de franquearle la entrada con todos los honores, y los demonios se disputaban los primeros puestos para recibirle y aclamarle, cuando, desde el dintel, hubo de volver la cabeza para mirar nostálgico a la vida, no por la vida, sino por el placer de robar. Y así, en tal trance, vino a dirigir una de las más ingeniosas operaciones de entre tantas como llevara a cabo durante su existencia de ladrón. No pensó en aquellos instantes en elevar al cielo la mirada imploradora. ¡En el cielo no existe lo ajeno ni, por tanto, el placer de apoderarse de lo que no nos pertenece!

(Rogerio mira al príncipe extrañado e interrogante).

¿Quieres saber cómo fue esto? Explícale, Ammar, cómo fue la conversión del Halcón Gris en brigadier de la guardia de Seguridad del Reino.

(El príncipe saca un pergamino y empieza a leer).

IBN AMMAR

Cosas de esta tierra, extranjero. Has de saber que ese Halcón Gris era un temible bandido que asolaba con sus rapiñas estas comarcas del Andalus.

Puesta a precio su cabeza, tras grandes esfuerzos, vino a caer en poder del cadí. Este le condenó, considerando sus terribles hazañas, a morir en un suplicio excepcional: a ser crucificado, para escarmiento de todos los de su jaez. Enclavaron en una cruz al famoso Halcón, y le elevaron con ella sobre el borde de un camino. Durante el primer día de suplicio, una inmensa muchedumbre hubo de acudir a contemplarle, pero, al atardecer del segundo día, viéndole ya exangüe y moribundo, hasta los guardias que lo custodiaban lo abandonaron, yendo estos últimos a reponer un tanto, en la próxima alquería, sus estómagos vacíos.

Quedaron solo, al pie de la cruz, la mujer y los hijos del ajusticiado.

La pobre mujer lloraba diciendo: —¡Ah, pobre Halcón! ¡Desamparados nos dejas, entregados solo a la merced de Alah, antes clemente, ahora despiadado con nosotros y contigo! ¿Qué habrán de comer nuestros pobres niños? ¡Pobres huérfanos, castigados sin culpa por el injusto Alah!

El Halcón no contestaba. Sus ojos, sangrientos y nublados por la sombra de la muerte, escudriñaban atentos a lo largo del camino. Un viandante avanzaba por la pista, aproximándose hasta venir a parar debajo de la cruz.

Era un mercader, el cual conducía un macho cargado de telas y de otros objetos con los cuales comerciaba por las numerosas alquerías.

—¡Este es el Halcón Gris! —exclamó el mercader con cierta satisfacción, sombreada por el recuerdo del terror antiguo, mientras se limpiaba el sudor y miraba atentamente la cruz.

—Tu servidor, amigo —contestó el Halcón con voz apagada—. Perdona que no pueda saludarte en esta incómoda postura.

—¡Alabado sea el nombre de Alah! —dijo el mercader—. ¡Bendito mil veces su profeta Mohamed! Buenos sustos me hiciste pasar durante mis caminatas a lo largo de las sendas. Seguros y tranquilos estarán desde ahora las veredas y caminos reales.

—Todo lo merezco, buen trajinante —replicó el Halcón—. Pero por Alah te pido no me niegues esta pequeñez de favor que voy a suplicarte ahora. Es el último deseo de un moribundo: ¿Ves aquel pozo cuyo brocal resalta allá abajo? Es un pozo seco

y profundo. Cuando estos malditos soldados del cadí iban a cogerme, yo, viéndome irremisiblemente perdido, hube de arrancar de mi cinto una bolsa llena de dinares de oro, la cual arrojé al fondo oscuro de aquella cisterna. Mira ahora, honrado mercader, ¡oh, hombre compasivo!, cómo esta familia mía implora contra mi suerte, temerosa de perecer de hambre. ¡Yo te conjuro por Alah clemente a que bajes al fondo del pozo, extraigas la bolsa y, tomando, en recompensa, la mitad de su contenido, entregues la otra mitad a esa pobre mujer, madre de mis tristes hijos...!

Fuese por compasión o por codicia de llevar la parte en la bolsa del bandido, es lo cierto que el buen traficante accedió a la demanda.

—¡Ayúdale! —dijo el Halcón a su mujer—. Toma esa larga cuerda con la cual fui amarrado por todo mi cuerpo a esta cruz. Átala al brocal del pozo y que descienda por ella este buen hombre. —Y, al decir esto, un gesto de suprema compunción le contraía el semblante.

Así lo hicieron. Ayudada por el mercader, la mujer confeccionó con la cuerda una escala. La tendieron sobre el brocal y, apenas hubo aquel bajado por ella, hasta el fondo del pozo. —¡Corta la cuerda! —gritó el Halcón a su consorte. Y mientras el cuitado mercader se desgañaba, en vano, sumergido en el fondo de la cisterna, el crucificado bribón mandó a la madre de sus hijos llevarse lejos de allí el macho cargado de mercancías, para que, vendiéndolas, pudiera gozar de ellas con la bendición suya y la del clemente Alah.

Mi señor Abul Kasim sustituía, por entonces, en el Gobierno a su padre Motadhid. El ingenio es el mejor título de honor en la Corte de Sevilla. Enterose el príncipe de la ocurrencia y mandó enseguida, aquella misma noche, desenclavar al Halcón de la cruz. Comparecido que fue este ante su presencia, le preguntó mi señor: —¿Es posible que en vez de rezar aprovecharas para robar tus últimos instantes? —Mi príncipe —contestó el Halcón Gris con voz debilitada—, si tú supieras el gran goce que se experimenta robando, cambiarías tu manto real por mi alquicel de ladrón. —Por un solo instante —repuso el príncipe— que hubieras entonces abandonado tu vicio, Alah te habría otorgado el Edén. El Halcón argumentó imperturbable: —¿No dicen que es el Paraíso el Centro de todos los goces? Pues no sería Paraíso si en él no existiera el gran goce de robar.

Rio grandemente el príncipe la filosofía del ladrón, y hubo de interrogarle así:

—¿Entonces no existe para ti posibilidad de un oficio honrado?

El Halcón respondió: —Robar o perseguir ladrones; no conozco otros oficios.

Incontinenti, el Halcón fue nombrado para la Guardia de Seguridad, y tales proezas hizo en la persecución de los bandoleros, que hoy, ya lo has visto, es el brigadier de la guardia.

ROGERIO

Sí que es el cuento interesante.

ABUL KASIM

(Apartando la vista del pergamino en el cual tuvo concentrada la atención durante la narración de Ammar).

¿Te gustó el cuento, siciliano? Para la visión optimista de los ojos del Andalus, aunque estén representados por los de un bandido, la muerte tiene un gesto cómico y ridículo. Nada podrá la Muerte contra la Gloria de este vivir.

Pero no puedo rematar este poema. Ayúdame, Ammar. Vayamos, señores, hacia delante, por la Almuzara, en donde las mujeres hermosas bullen.

(Los caballeros siguen caminando Pradera adelante. El Rey sale recitando a media voz, dirigiéndose a Ammar):

Hurí de los jardines celestiales:

No me contento con amar tu gracia.

Quiero también penetrar su esencia...

(Omar, el soldado destacado por el Halcón, sigue a los encapuchados, cumpliendo las órdenes de su jefe).

Pasaje III

(Un Chatib, desarrapado y sucio, rodeado de plebe y de chiquillería, entra en la escena, llegando del lado de la ciudad. Viene a pararse junto a unas cajas de madera que sirvieron para conducir al mercado efectos de los vendedores. Encaramándose sobre lo alto de las cajas, comienza a hablar. En torno de él van agrupándose, hasta el final de la peroración, gentes de todas las clases y condiciones).

EL SANTÓN

(En tono de profeta fulminante). Escuchad, ¡oh creyentes!, lo que dice por mi boca el Libro de la Espada...

UNO DEL AUDITORIO

¡Arrojadle!

OTRO DEL AUDITORIO

¡Dejadle! Es divertido...

UNA VIEJA MUJER

¡Callad, impíos! ¡Es un siervo de Alah!

EL SANTÓN

(Colérico). ¡No os rebeléis contra mí, hijos del Andalus resplandeciente...! Que Alah es fuerte y el emir Almumenim... (En tono de amenaza).

VARIOS DE LA MULTITUD

¡Echadle, echadle! ¡Que vaya a amenazar a las aldeas...!

OTROS DE LA MULTITUD

¡Santón, di a tu señor africano que el Andalus es libre!

OTROS

¡Que venga Yúsuf cuando quiera! (En son de reto y de chacota).

OTROS

¡Es un espía! (Por el Santón).

UN JOVEN CABALLERO

(Encaramándose sobre otra caja y haciendo silencio en la multitud). Este buen imán, ¡oh andaluces!, viene a convertirnos para Alkorán y para el califa almorávide, siervo de los imanes, del mismo modo que sus cofrades del África catequizar lamtunas y salvajes tribus, encaramados en los riscos de los montes. ¡Que no diga cuando vuelva a su país que el Andalus no se presta a servir de escena para los teatros todos!

Ved: La caja en que se encuentra subido es un risco de la negra cordillera a quien Atlante legó su nombre. Vosotros sois lamtunas prestos a escuchar la voz de Alah el fuerte, y yo uno de vuestra tribu que os ha exhortado a escuchar al imán que a redimirnos viene de tenebrosos abismos que ultratumba os aguardan. Repartidos los papeles,

empiece la farsa. ¡Hable el imán! (El caballero desciende de su tribuna. La multitud, regocijada, prorrumpe en risas y aplausos al orador).

VARIOS DE LA MULTITUD

¡Dice muy bien! ¡Que hable el imán! ¡Que hable...!

EL SANTÓN

(Irritado). ¡Andalus, Andalus; hurí pervertida que abandonaste el harén del Profeta! ¡La Trompeta de Israfil, el juicio anuncia del Andalus, corrompido de impiedad... Ay de vosotros el día en que el ángel Gabriel sostenga la balanza, cuyos platos vendrán a contener el cielo y la tierra, suspendidos el uno del Paraíso y el otro del Infierno...!

¡Escuchad, infieles, la sura terrible de Alkorán! Los que no crean serán vestidos de fuego; agua hirviendo caerá sobre sus cabezas y en el agua hirviendo se derretirá su piel, y se disolverán sus entrañas y apaleados serán con mazas de hierro... (La multitud ríe burlonamente. El santón, algo mohíno, prosigue más humanizado).

¡Orad y combatid, oh creyentes! La oración conduce al creyente hasta la mitad del camino del cielo; el ayuno le lleva hasta la puerta del Altísimo; la limosna le abre la entrada.

La espada es la llave del Cielo y del Infierno, y una sola gota de sangre derramada en defensa de la fe o del territorio del Islam es más grata a Dios que el ayuno de dos meses.

¡Oh, creyentes! No digáis jamás que han muerto los que mueren en la pelea por la religión de Alah. Ellos viven, pero vosotros no entendéis de esto. ¡Oh, Profeta! ¡Alah es tu apoyo y los verdaderos creyentes que te siguen...!

¡Andalus que no rezas a Alah y que con los perros cristianos convives...! ¡Ay del Andalus que ni ora ni combate contra los enemigos de la Fe, olvidando al santo Profeta! Lééis en libros que no son Alkorán. La verdad terrible solo en él está escrita. ¡La Verdad de la Naturaleza es contraria a la Verdad de Dios...!

¡Maldición sobre el pueblo engrandecido por la Ley de Alah, que contra el Profeta se rebeló! ¡Maldición sobre el Andalus, sobre Córdoba, sobre Granada, sobre Sevilla...! ¡Sevilla, la ciudad adúltera e impía, corroída de vicios...!

(El pueblo alborota y clama contra el africano, vociferando todos sin entenderse ninguno. Unos quieren que siga declamando para divertirse con el discurso. Otros se oponen a la pretensión de los primeros, pidiendo que sea arrojado el santón).

Pasaje IV

(Atraídos por el tumulto y la corriente de la muchedumbre, vuelven al lugar de la escena Abul Kasim, Ammar y Rogerio, vigilados siempre por el soldado Omar).

VARIOS DE LA MULTITUD

¡Nos amenaza y nos insulta!

OTROS

¡No puede durar más tiempo esta broma...!

OTROS

¡Dejadle... Dejadle... Que hable...!

OTROS

¡Está loco...!

AMMAR

Maldito aljafit¹... He aquí la voz salvaje que el África grosera nos envía. De seguir en tal libertad los imanes para publicar sus insolentes fetuas² y el África para enviar a sus santones, seguramente en connivencia con los cadíes y los faquíes de nuestras Mezquitas, ¡oh Abul Kasim!, pronto te forzarán, como a Almansur, a encender hogueras con los libros acumulados en las bibliotecas del Reino, a derribar las estatuas de tus palacios y a destruir las pinturas que embellecen sus muros.

ABUL KASIM

(Sonriente). Mira el pueblo.

(La multitud sigue profiriendo burlas contra el santón, quien gesticula enardecido, sin poder hacerse oír).

EL SANTÓN

Y será destruido el Charadjid, palacio pagano de vuestro rey, y... (La muchedumbre aclama burlescamente al santón, quien sigue gesticulando).

1 Doctrinero.

2 Decretos de excomunión.

AMMAR

Yúsuf, el califa africano, acecha el venir a España por segunda vez. Primero, señor, cadíes y faquíes, acusándote de tibieza y de sumisión con respecto a los cristianos, te forzaron a romper con el rey de León y a llamar en auxilio de los príncipes del Islam, en el Andalus, al bárbaro Yúsuf y a sus hordas morabitas. Ahora, el salvaje comendador de los creyentes, piensa acaso volver a España, pero no ya como amigo y auxiliar, sino como conquistador. Y es él quien, seguramente, envía por delante de sí a esos doctri-neros, en complot con los doctores de las aljamas³ para sublevar al pueblo contra ti y dominarlo él, como restaurador del Islam y protector de la Ley del Profeta.

ABUL KASIM

Es cierto, Ammar, que estoy a punto de pagar muy cara mi impremeditación cuando por primera vez hube de llamar al califa almorávide, y de despertar con su visita a estos territorios su codicia por poseerlos. El auxilio hase tornado en bárbara amenaza. Y esta amenaza no es Alfonso, el derrotado de Zalaca por las fuerzas coaligadas de Yúsuf y las nuestras, quien ha de sufrirla, cuando en realidad triste se torne. Somos nosotros, los príncipes andaluces, los ahora amenazados de ser desposeídos. Pero en cuanto al emirato de Sevilla, ¿crees tú que conseguirán las gentes de las mezquitas, partidarias de la intervención de Yúsuf, ganar a mi pueblo? Ya lo ves. Tanto o más que a su rey, repugna al pueblo el salvajismo del Mogreb.

ROGERIO

Jamás hubiera podido concebir en mi pobre y hermosa Sicilia, la existencia feliz de un pueblo como este. La Corte es una Academia presidida por el príncipe. Nadie hay que no sepa leer y escribir. Los más deliciosos frutos, aquí los he visto casi de balde. Aún no he llegado a percibir por los caminos viajando alguien a pie. ¿Cómo podrá rebelarse contra tal rey tal pueblo? Ni este pueblo puede tener otro emir, ni algún otro emir pudiera regir este pueblo.

ABUL KASIM

Ya lo estás escuchando, Ammar. Verdaderamente, Rogerio conoce a mi pueblo, aunque no sean ciertas las lisonjas a su emir.

AMMAR

No hay pueblo en el cual no exista muchedumbre. En todo pueblo, la minoría es el pueblo; la mayoría es la muchedumbre, sin conciencia. Y a la muchedumbre, la fuerza organizada le parece augusta, cuando la potencia de esta fuerza es superior a su poten-

3 Mezquitas.

cia inconsciente. La muchedumbre es como el agua que, no pudiendo romper el dique, discurre esclava por el cauce que viniera a abrirla, un organizado poder. Si el poder de Yúsuf es superior al tuyo, por el cauce moral que le abra Yúsuf discurrirá la muchedumbre del Andalus, hasta que a través de los siglos, lentamente, el pueblo, la minoría, la ordene por otras madres. Y si hoy la muchedumbre sigue su curso por el cauce que le abrieras tú, dirigiéndose contra el califa africano, mañana, cuando encuentre en este un poder superior al tuyo, por los cauces de este poder se lanzará, señor, contra ti.

Mira, príncipe mío, que los partidarios de Yúsuf halagan el interés de ciertas clases poderosas, que ejercen dominación incontrastable, cuyas raíces son nada menos que las conciencias de los muertos latentes en la subconciencia de los vivos...

ABUL KASIM

Y bien, sí: los faquíes me acusan de ser irreligioso; los cadíes me tachan de ser despreciador de la Ley... Mi pueblo sabe que no. Mi pueblo sabe que lo de cierto en este asunto es que yo percibo esas realidades, religión y ley a través de cristales más transparentes que el cristal alcoránico; cristales limpios de sombras ancestrales, depurados por el genio de nuestra raza y por la reflexión de nuestra Filosofía. El pueblo mira también a través de los cristales de su rey. ¿Cómo, pues, podrá alguna vez seguirles?

AMMAR

¿Y los mercaderes? En tu Reino sobran los ingresos de Aduanas para cubrir los gastos públicos. Los mercaderes se quejan de que de este modo son ellos los únicos que vienen a pagar impuestos. Además, la rancia nobleza, de abolengo sirio o árabe, protege a los imanes, y, todos unidos, ¿no determinarán algún día, en contra de ti, a la plebe esclava? ¿No facilitarán así su conquista al emperador de los musulimes morabitas?

ROGERIO

Escuchad... Otra vez pretenden, en burla, hacer silencio para que se oiga la voz del santón.

(Los partidarios de que el santón siga perorando, imponen silencio humorísticamente a la multitud, con gestos y signos).

UNO DE LA MULTITUD

¡Callad! Dice el santón que, si lo atendéis, declamará sus últimas palabras.

OTROS

¡Que las diga y se vaya!

OTROS

¡Callad! ¡Viva el santón!

EL SANTÓN

Porque vuestros príncipes son impíos y el pueblo duerme mientras el muecín llama a los fieles, desde los altos alminares, a la oración del alba; porque desprecian a los imanes y forman en la pléyade maldita de los sabios que no respetan a Alkorán: porque los pueblos del Andalus se mofan, con sus emires, de los decretos de Alah, y están vacías las Aljamas, y las mujeres dejan los serrallos y se entregan a estudios de impiedad, o van por las calles con la faz descubierta, y departen con los hombres en escandalosas tertulias: esto dirá el emir Almumenín, el gran califa Yúsuf, quien por la gracia de Alah, reina en el África sobre los buenos musulimes: en nombre de Alah Grande y Misericordioso (loado sea por los siglos), yo, el emir de los creyentes, con el consejo de los doctores, declaro desposeídos a los príncipes del Islam en Occidente...

VARIOS DEL AUDITORIO

¡Fuera! ¡Fuera! ¡Puerco!

EL SANTÓN

Sobre el armazón de piedra del gigante Atlas, semillero de mis hueses...

(La gritería de la multitud es espantosa. Varios derriban al imán de su pedestal).

AMMAR

(Indignado). ¡Vendrá, señor, vendrá! Escucha mi consejo: Convoca a los emires; pacta alianza con los cristianos; asusta a los imanes y a los espías de Yúsuf. ¡Sé prudente, señor!

ABUL KASIM

¡Bah! «La prudencia consiste en no ser prudente...». Nada podríamos ni el pueblo ni yo contra las tribus morabitas, las cuales, al querer el emperador, inundar pudieran toda la tierra del Andalus, como océano impetuoso. Solo queda una esperanza: la de que el bárbaro califa, entretenido en otras guerreras ocupaciones, desdeñe nuestra dominación...

Si así no sucediera... ¡Y bien! Yo he soñado con una bella muerte heroica bajo la gloria de este sol. Sus rayos divinos juguetearían en los lagos de mi sangre... ¡Y bien! ¡Todo sería, ofrecer con mi sangre, a mi sol, un espejo roto en el cual vinieran a remirarse las irradiaciones doradas de su vivir ardiente!

Vamos, amigos; continuemos fraguando el poema por otras calles de tiendas, no profanadas por la voz de África, ni inquietadas por el tumulto del pueblo.

AMMAR

No es preciso. El imán se aleja, prometiendo volver.

EL SANTÓN

(Rechiflado por el pueblo, sale de la escena gritando). ¡Ay del pueblo que burla a los enviados de Alah! ¡Ya los fieles de Alkorán se aprestan contra el Occidente impío! ¡Ya los torrentes desgajados del Atlas siguen al que por Alah vuela al combate...!

(La muchedumbre, vociferando, sale tras del santón, quien vuelve a la ciudad. Al desaparecer el tumulto que ocultara una tienda de sedería, en el centro de la escena, aparece Romainquia, en la puerta, dispuesta a vender sus mercancías).

Pasaje V

ABUL KASIM

¡Linda vendedora nos ocultaba el tumulto!

(El rey se aproxima al lado de la tienda, en el espacio libre entre esta y la contigua, desde el cual se descubre la margen del río. Sus compañeros le siguen, situándose todos en dicho espacio).

¿Fue, acaso, la voz del imán quien te evocó el cielo? (A Romainquia). Hace poco hubimos de pasar por aquí y tú no te encontrabas en la puerta de esta tienda.

ROMAIQUIA

Yo he salido de la tienda atraída por el griterío de la multitud. Romaic, mi amo, mientras el Imán hablaba, me dejó al cuidado de las mercancías y él fuese para la ciudad, con ánimo de volver pronto. ¿Desean comprar algo los señores?

ABUL KASIM

La seda que más nos agrada de la tienda no está en esas piezas de varios colores. Es la seda de tu piel.

ROMAIQUIA

(Con cierta tristeza). Está ya comprada, señor.

ROGERIO

(Contemplando la margen del río). Y es claro y verde el gran río: — De misteriosas ondinias — Dios los ojos forjaría — con el cristal de sus aguas.

AMMAR

(Emulando a Rogerio en un pugilato de improvisación). Cuando es más bello, en la noche: — El cadáver de la luna — que insepulto en los espacios — Vaga la sombra encendiendo — en fosforescente llama: — en cada onda del río — pone una mirada triste: — trémulo fulgor que alumbra — como el fuego tembloroso — en que el alma de los muertos, — azulada y fugitiva — de la sepultura sale...

ABUL KASIM

¡Bien, amigos! Cada cual improvisó según su genio. Cada cual percibió la belleza del río según el cristal con que su espíritu mira al mundo.

Yo la veo de distinto modo:

Sierpe es el río de plata fundida — laterada con haces de sol. — Con su lomo terso como un diamante — Yo, un escudo, para el combate, —fraguaría resplandeciente...

ROMAIQUIA

(Que ha observado con gran atención, escuchando con interés a los poetas). —Ningún puñal clavaría el escudo; — si como el frío del desamparo — común a las almas funde — y en su unión las fortalece — viniese el frío de la tierra — fundiendo, heladas, las ondas — a forjar dura coraza.

ABUL KASIM

(Sorprendido). ¡Por Alah, linda doncella; a todos nos superaste!

ROGERIO

(Asombrado). ¿Es posible?

AMMAR

(Sencillamente). No es extraño en el Andalus. ¿Te gusta la poesía, muchacha?

ROMAIQUIA

(Con gracia y desenvoltura). Soy la Poesía, señor.

AMMAR

(Algo aturdido). Lo creo. ¡La pregunta fue impertinente!

ABUL KASIM

(Riendo). ¡Por los dioses!, que las damas de la Corte reiríanse ahora de tu ingenio galanteador. Dime, tú (a Romaiquia), que haces gala de un genio poético superior al de los poetas consagrados por la fama, ¿serías capaz de acometer la obra que voy a encomendarte? Como un portento creado por la vida en su trabajoso ansiar de belleza a través de los siglos, yo, el último de sus soldados, vendría a adorarte con mi ardiente fe.

¿Qué os parece, señores? ¿Pudiera esta muchacha rematar el poema que discutíamos hace poco?

AMMAR

No sería imposible, señor. Las más famosas poetisas que en Córdoba y Sevilla emularon y emulan a la cantora de Lesbos, no hubieran improvisado tan pronta y bellamente como esta sirviente de un mercader.

ROGERIO

Si mi asombro no fuese ya grande, bastaría este hecho para colmarle, dejándome pasmado de admiración.

ABUL KASIM

Veamos, hermosa niña. Los señores y yo departíamos hace unos momentos, investigando los versos que mejor concluyeran el poema este. (Desenrolla el pergamino que antes hubo de leer). Un enamorado (nadie deja de estarlo alguna vez de una sombra de belleza: de Realidad Suprema que en vano se busca por el Mundo) finge haber llegado a conseguir su aspiración. Sobre la Tierra encuentra un ser celestial: una hurí. Las huríes, según una interpretación de Alkorán y de la Sumna hecha por el Andalus, solo pueden vivir respirando el ambiente del Paraíso. El de la Tierra es impuro y denso y vendría a asfixiarlas, como a un hombre sumergido en las aguas de un infecto pantano. Nuestros padres, además, decían que uno de los efluvios que componen el paradisiaco ambiente es el de las heridas de los musulimes que mueren en los combates de Alah. Y, el enamorado, herido de amor, dice en el poema: ¿Es que el efluvio de la herida mía, sobre la Tierra te fingió un Edén?

Así solo puede explicarse la existencia de una hurí en nuestro planeta.

He aquí cómo el poeta expresa su pensamiento:

Hurí de los jardines celestiales, — no me contento con amar tu gracia, — quiero conocer y aspirar su esencia. — Del radiante Edén de musulimes fieros — en donde es aroma el efluviar de heridas — de los que murieron en combate santo — viniste al Andalus, dulce patria nuestra — ¿Es que el perfume de la herida mía — en el Andalus te fingió un Edén?

Poco más hay escrito. Pero este poeta (*dirigiéndose a Ammar*) dice: Si la hurí fue la causante de la herida de amor y la hurí habita en el Paraíso, ¿cómo el enamorado pudo verla sobre la tierra? Y si no la pudo ver, ¿cómo llegó su visión a herirle? Y si no le hirió, ¿cómo pudo emanar su herida el paradisiáco ambiente que sobre la tierra fingió un Edén atrayendo engañada a la hurí?

Y así departíamos cuando la voz del imán hubo de convocarnos con la muchedumbre frente a la puerta de tu tienda.

AMMAR

(*Mirando expresivamente al príncipe*). Muchacha: puesto que aceptamos tu bello arbitraje, ¿quién tenía razón, el crítico o el poeta?

ROMAIQUIA

Un poeta no fingido, jamás se equivoca. Un corrector sincero, siempre puede tener razón. Yo compuse poesías a hurtadillas de mi amo el mercader.

No sé si podré acertar a completar la obra de un poeta famoso, resolviendo las contradicciones del poema.

Pero, dadme, señores; haré por continuarlo.

ABUL KASIM

(*Emocionado y significativo*). ¿Serás tú la hurí? Si lo eres, ¡haz lo que dices!

(*El rey entrega a la doncella el pergamino*).

ROMAIQUIA

(*Empieza a leer en silencio. Después continúa a media voz*). ¿Es que el perfume de la herida mía — en el Andalus te fingió un Edén? — Porque esta herida que tu amor causara — no exhala de macho tembloroso — que lujuria aúlla en la selva virgen — erigidas las cerdas crepitantes — el acre olor, nuncio a las ninfas, — de Pan en el sagrado bosque; — cuyo seno misterioso guarda — la pureza de celestes lagos...

(Romainquia calla unos momentos, reconcentrándose en sí; el pergamino cae de sus lindas manos y sigue recitando con voz queda y temblorosa, con voz de iluminada).

Ansia de belleza mana mi herida, — ansia de belleza pura e inmortal... — ¡Oh, tú, musulmán que en el combate mueres — por la santa causa de Alah poderoso! — Tu anhelo es igual al anhelo mío; igual es la herida que mana tu anhelo, — si la muerte no afrontas como vasallo — que esclavo servil, adulando ofrenda — su vida humillada a un alto señor... — Hombres potentes y bellos y heroicos — Amor y Dolor; Fuerzas y sonrisas, — gestos todos de Natura madre, — dioses fueron y copas vacías, — apenas gustados, de esencia inmortal. — Amor a estos dioses, herida es de Dios. — Vacías las copas, los hombres sedientos: — Más, gritan, más; y, alados creando — en Alah del cielo que no vieron nunca — la copa sin fin de un eterno Dios, — al combate van por saciar en ella — su sed de belleza para no morir. — Mujeres, destellos de mujer celeste — de celeste mujer, matices distintos, — irisaciones de una belleza, — luz que sois varia, una en el seno — de la blanca luz de Feminidad. — Los hombres os aman y apenas gustadas — vacías las copas, los hombres sedientos: — ¡Más, gritan, más!, y alados buscando — en mujer celeste que no vieron nunca — la copa sin fin de suma mujer — al combate van, y crean a Afrodita. — Copa de mujer que jamás se extingue, — esencia inmortal de mujeres todas — de toda mujer, resumen divino... Y así de belleza, hidrópicos siempre, — de mujeres y dioses la esencia absoluta — buscando en la tierra vendréis a crear — la divinidad una que a toda belleza — en una belleza vendrá a resumir. — ¡Será la Belleza Suma de Alah...!

Ansias de belleza mana mi herida — ansias de belleza pura e inmortal — ansias de Dios que fraguan a Dios — ansias de Edén que crean el Edén. — En el creado Edén son el aroma — que a aspirarse viene como premio santo — y al ser mis ansias ambiente del cielo — ¡el ambiente del cielo es de bella inquietud...!

Y, así, ¡oh hurí!, te atrajo a la Tierra — del cielo perfume... el anhelo mío...

Hurí de los jardines de Mohamed. — Mujer celeste del Edén de Alah, — no me contento con amar tu gracia, — quiero fundirme con tu suma esencia...

(La voz de Romainquia tiene una sublime vibración profética y se timbra al final de dulzura suave y temblorosa).

ABUL KASIM

(Conmovido). ¿Quién eres, di?

ROMAIQUIA

Me llamo Itimad: pero todos me dicen Romainquia; porque mi dueño es Romaic.

ABUL KASIM

Pues bien, Itimad: a ti te buscaba yo. Quiero llevarte y nada se opondrá a mi propósito. (Vehemente). Ammar, ve y que traigan una litera.

(El rey señala a Ammar el camino de la ciudad con gesto imperativo. Ammar sale a cumplir el mandato).

ROGERIO

Dime, por tu vida, Romaiquia, el dramático misterio que esencie la historia de tu existencia.

ROMAIQUIA

Ninguno, señor. Quedé huérfana a los pocos años. Mi padre fue guerrero. Sola y niña hubo de tomarme Romaic.

ABUL KASIM

Itimad: He enviado por una litera para conducirte. Me dejé arrastrar por el impulso de mi vehemencia... Quiero, no obstante, consultar tu voluntad soberana.

¿Te agrada venir conmigo?

ROMAIQUIA

Yo...

ABUL KASIM

¿No quieres? Tú lo has dicho: la poesía eres tú. ¿Por qué ha de estar la poesía esclavizada en la tienda de un mercader? Para ella, el Poeta, en su espíritu, tiene un templo; y el príncipe te brinda, en su Alkazar, un pobre Palacio.

ROMAIQUIA

¿El príncipe?

ABUL KASIM

Quiero que ahora conozcas únicamente al Poeta. (Se levanta el capuchón de modo que solo Romaiquia le contemple el semblante).

Itimad: yo hube de decir en cierta ocasión: la Belleza existe; la Copa no la encuentro.

Bastan unos puntos suspensivos para rectificar ahora la blasfemia de un instante.

La Copa de las bellas plenitudes — en que beber aspira mi inmortal anhelo, — esa Copa de infinita fragancia, — ¡es tu boca, Romaiquia! ¡Itimad: eres tú!

Eternidad de inquietudes divinas, — llegará un instante, luminoso abismo, — que abrirá ante mi Eternidad mejor, — ansias potentes que aspirando crean, — en combate sin tregua, la Realidad, al fin — mis ansias de belleza, eternal Romaiquia — en ti encarnaron soberano aliento — y crearon en ti, el Hecho Divino.

Ven conmigo.

ROMAIQUIA

¿Lo permitirá mi dueño?

ABUL KASIM

Itimad: yo creo en la esclavitud. Esclavos son los hombres que necesitan señor. Libre es el hombre que se siente y cree señor y que como a señor se gobierna y gobierna a los demás.

¡Malditas leyes que hacen de la Ley caricatura!

¡Tú eres libre! ¡Tal vez sea tu esclavo tu señor!

ROMAIQUIA

He aquí que mi señor llega.

Pasaje VI

(Romaic, el viejo mercader, arriba, en efecto, de la ciudad. Primero mira con extrañeza a los encapuchados ante su tienda. Después con desconfianza).

ROMAIC

(Aproximándose). ¿Desean comprar algo los señores?

ABUL KASIM

Deseamos redimir la libertad de tu señora, Romaiquia.

EL MERCADER

(Con ira). No tengo a esta muchacha para atesorar galanteos de jóvenes desocupados.

ABUL KASIM

Formalmente, te propongo la cesión de tu sirvienta. Cuanto me pidas por ella, yo llegaré a dártelo.

ROMAIC

Aquí se compran objetos y se viene a pagar en moneda real.

ABUL KASIM

Moneda real yo te entregaré, Romaic.

(Los ojos del mercader empiezan a brillar de codicia. No obstante, vacila aún. Cree todavía que aquella gente noble y desocupada pretende embromarle).

Buen Romaic, pide. ¿Cuánto deseas recibir a cambio de la cesión? Cuanto exijas, te será pagado.

ROMAIC

(Ablandándose). ¿Pero hablas formalmente, señor?

(Ammar llega dentro de la litera que conducen dos jayanes).

AMMAR

(Saliendo de la litera). Tu mandato fue cumplido, señor. Aquí tienes la litera para conducir a la joven.

ROMAIC

(Dándose cuenta de que le pretenden arrebatar a Romaiquia). ¡Adentro, Romaiquia! ¡Obedece!

ABUL KASIM

(Señalando a la muchacha la litera). ¡Adentro, Itimad...!

ROMAIC

(Interponiéndose). ¡Eso no será!

AMMAR

¡Atrás, esclavo!

(Ammar rechaza al mercader contra la tienda y le arroja una bolsa de oro).

ROMAIC

(Cogiendo la bolsa y vislumbrando en la resistencia un mejor negocio). ¿Así vas a olvidarme, Romaiquia? ¡Favor, favor, que me roban mi tienda!

ROGERIO

(Tapándole rápidamente la boca). ¿Callarás, maldito?

(Omar, el soldado vigilante puesto por el Halcón Gris para seguir a los tres caballeros, interviene rápidamente. La gente empieza a aglomerarse ante la puerta de la tienda. Durante el curso de esta escena, no dejan de llegar paseantes que asisten curiosos al suceso. Los mercaderes salen de sus tiendas para presenciar también el desarrollo de la cuestión).

OMAR

No hay derecho a hacer fuerza a nadie. ¿Qué pretendéis, caballeros?

ROGERIO

Este hombre (señalando a Romaic) nos ha cedido su sirvienta a cambio de la bolsa de oro que ves en sus manos.

AMMAR

Y, ahora, el malvado no quiere dejárnosla venir.

ROMAIC

¡Mientes! ¡Mientes! ¡Yo no la he cedido! ¡Es falso, es falso...!

AMMAR

(Levantando el cortinaje de la litera, sin hacer caso del soldado ni del mercader). Pasa, señora. (Invitando a Itimad, a quien toca en el brazo).

ROMAIC

¡No será, no será...!

OMAR

Tiene razón este hombre. ¡Eh, tú! (A Ammar). Deja a la muchacha. Y vosotros (a los jayanes) llevaos la litera. Venid y resolverá este pleito el cadí de los mercados.

AMMAR

(A los jayanes). ¡Permanece aquí! ¡Lo mando yo!

Pasaje VII

(El Halcón Gris entra en escena acompañado de varios soldados. Los mercaderes murmuran a favor de Romaic; entre el pueblo se dividen las opiniones).

UN MERCADER

Tiene razón Romaic. ¿Por qué ha de perder su sirvienta? Es suya.

UNO DEL PUEBLO

¡Que diga ella misma con quién prefiere marchar y que se haga tal como su voluntad lo quiera!

VARIOS DEL PUEBLO

¡Muy bien, muy bien! ¡Que sea hecha su voluntad!

OTROS

Que los lleven ante el cadí.

EL HALCÓN

¡Callad y abrid paso! (Se lo abre a fuerza de puños).

VARIOS DEL PUEBLO

¡El Halcón...!

EL HALCÓN

¿Qué ocurre, Omar?

OMAR

Ocurre que estos hombres se empeñan en llevarse en la litera a esta muchacha. Su dueño, el mercader Romaic, se niega a ello. Los señores, sin embargo, alegan que este hubo de cedérsela por una bolsa de oro.

EL HALCÓN

Bien suponía yo que estos encapuchados venían a turbar la paz en el mercado y a burlarse de los vendedores. Muchachos: Llevadlos al cadí y que aclare la Justicia este asunto.

AMMAR

(Por el Halcón). ¡Imbécil!

(A Abul Kasim). ¡Te van a descubrir, señor!

EL HALCÓN

(A Ammar en tono autoritario). ¿Qué es lo que tú murmuras?

AMMAR

(En tono despectivo). Digo lo que me parece.

EL HALCÓN

(Amoscado). Ten la lengua y dinos quién eres.

AMMAR

¿Qué te importa?

EL HALCÓN

(A Rogerio a quien tiene cerca de sí). ¡Eh, tú, levanta el capuchón!

(El Halcón destoca la cabeza a Rogerio, descubriéndole el semblante).

ROGERIO

¡Miserable!

EL HALCÓN

¡Ea, ya se cansó el Halcón de aguantar el misterio! (Gritando a sus soldados). ¡Coged a ese! (Por Ammar).

Y tú (se dirige a Abul Kasim), ¡descubre el rostro enseguida!

(El rey rehúye la acometida y se separa unos pasos del Halcón).

¿No quieres? Lo harás de grado o por la fuerza.

(Intentando sujetarle agarrándose al alquicel).

ROGERIO

(Desnudando la espada). ¡Atrás, malvado!

AMMAR

(Imitando a Rogerio). ¡Quieto, Halcón, o te atravieso el vientre!

EL HALCÓN

(A sus soldados). ¡A ellos, muchachos...!

(Los soldados esgrimen los alfanjes y se disponen a acometer a los rebeldes. La multitud rehúye y hace cerco a los combatientes. Romaiquia se cubre el rostro con las manos. Romaic se sitúa aterrado adentro del dintel de su tienda).

ABUL KASIM

¡Teneos todos! (con voz autoritaria) ¿Qué deseas, Halcón? ¿Llevarnos ante el cadí? ¡He aquí la voz del que está por encima del cadí de los cadíes! Itimad quiere venir con nosotros y esto se lo impide su dueño Romaic. Decid: ¿Puede ser esclava de su vasallo una reina? Las leyes todas aspiran a traducir en el mundo la ley que Alah para el mundo vino a promulgar desde el Cielo. Y esta ley, al noble de espíritu, hizo libre y señor del ruin de alma, a quien naturalizó esclavo. Y el espíritu soberano Alah lo ungió rey desde el principio de los siglos, otorgándole plena potestad para derogar las leyes contrarias a la Ley de Alah...

EL HALCÓN

(Impaciente). A callar y a obedecer, charlatán encapuchado. ¿Te vas a burlar de mí? ¡Eh, u os rendís de buen grado o por Alah que, vivos o muertos, ante el cadí habréis de ser conducidos!

AMMAR

Quiero hablarte, Halcón. ¿No consentirás en escucharme unas cuantas palabras en secreto?

EL HALCÓN

El Halcón no oirá nada secreto. El Halcón quiere jugar claramente en todos los asuntos. Y menos que a nadie a ti, que te mantienes con la capucha calada y el alfanje en la diestra.

¡Ea, rendíos los dos! (A Rogerio y a Ammar que esgrimen aún sus armas).

¿No queréis? ¡Pues matadlos! (En tono de mando a sus soldados).

(Los soldados van a acometer nuevamente, defendiéndose Rogerio y Ammar).

ABUL KASIM

(A los dos caballeros). Ammar, Rogerio: ¡Volved las armas al cinto!

(Los dos señores obedecen con sumisión).

¡Quietos, soldados de la guardia. Lo mando yo!

(Los soldados se detienen un tanto, contenidos por el imperativo del rey).

EL HALCÓN

(Iracundo a sus soldados). ¡Amarradlos, y sea el primero este charlatán que osa ordenar en donde está el Halcón Gris!

ABUL KASIM

Dice el que está por encima del cadí de los cadíes: ¡Halcón, paso a tu reina...!

(Abul Kasim, sonriente, se destoca la cabeza descubriendo el rostro).

EL HALCÓN

(Asombrado). ¡El rey!

LOS SOLDADOS Y EL PUEBLO

(Respetuosos). ¡El emir!

ROMAIC Y ALGUNOS MERCADERES

¡Señor!

(Todos se inclinan y retroceden, mostrando un respeto religioso. Romaic llega a tocar con la frente el suelo).

ABUL KASIM

(A los jayanes que conducen la litera). ¡Acercaos!

(A Itimad). Entra, señora. (El rey invita a Romaiquia a pasar al interior del vehículo, inclinándose ante ella mientras sostiene el cortinaje. Romaiquia, silenciosa, obedece a Abul Kasim).

(Al pueblo). Has de saber, pueblo, que es función del verdadero soberano investigar y alumbrar la realeza oculta. Y, en esta tienda, se alojaba una realeza escondida. (A Romaic) Mercader: ve mañana a Palacio por el precio que a tu arbitrio fijares como valor de la que fue tu sirvienta. Para ti era una esclava. Para mí es una reina. La reina Itimad. Por ser uno con esta reina, mi nombre será el mismo suyo en nombre de varón: Ella se llama Itimad. Yo me llamaré Motamid...

(El rey penetra en la litera con Romaiquia. Los soldados presentan las armas, y la muchedumbre extiende los brazos en señal de sumisión, mientras el vehículo, conducido por los jayanes, empieza a marchar hacia la ciudad, seguido por Ammar y Rogerio).

VARIAS VOCES

¡Salud al rey Motamid!

OTRAS VOCES

¡Guarde Alah al emir de Sevilla!

JORNADA SEGUNDA

EL TRIUNFO DE LA REALEZA

Escenario

Salón de la reina en el Alkázar de Córdoba.

En el fondo, un ajimez con vistas a la Sierra.

Las puertas del ajimez están cerradas.

Es de noche. **Habibah** y **Aixa** se ocupan en el exorno del salón. Dirigen a los criados, quienes cuelgan tapices, tienden alfombras y disponen la colocación de luces, pebeteros, cojines, etc., los cuales objetos van entrando otros servidores del Palacio.

Pasaje I

HABIBAH

(Con cierta languidez). ¡Oh, Aix a mía! ¡Con cuánta pena hube de salir esta tarde de Medina Zahara!

¡Qué bellos días los de nuestro descanso en la encantada ciudad! Jamás los ojos, siempre abiertos de la favorita del gran califa Abderramán, los ojos de fijo y expresivo mirar de la estatua de Zahara, tallada en la puerta del Palacio, jamás vieron entrar en el magnífico recinto de la Medina, un tan lucido y brillante cortejo.

AIXA

Sin embargo, el Palacio ha perdido mucho desde la época de Abderramán y Alaken.

HABIBAH

Sí. Durante el gobierno de la República Cordobesa, la Medina hubo de sufrir un lamentable abandono. Los ojos de la imagen de Zahara, en su eterno mirar hacia el valle riente, extrañarían durante todo ese tiempo el silencio de olvido de su poética tumba, aguardando en vano la irrupción de aquellas oleadas de clamores y de colores que durante los días de la grandeza imperial se llegaban a la gran plaza para concertar en los torneos reales, poemas brillantes, con el ritmo armonioso del sonido y de la luz. Cada caballero jugaba un verso; cada dama una estrofa, en aquellos poemas sonoros y resplandecientes.

La princesa muerta dejó también de ser arrullada en su sueño divino por la dulce salmodia de los versos nostálgicos cantados por las princesas vivas, con voces de plata, en la azul transparencia de las noches del Andalus. ¡Delicadas princesas, para siempre enmudecidas, que en los jardines edénicos del Palacio más bello de la tierra, rivalizaban en inspiración con la suprema poetisa de Mitilene!

Pero los buenos tiempos volverán para la Medina. Motamid quiere restaurarla para mansión de Itimad. ¿Desde cuándo, Aixa, no te has recreado por aquellos jardines?

AIXA

Desde la anterior estancia de Romaiquia en Córdoba. También hubimos de gozar allí un agradable descanso.

HABIBAH

¿Si tú hubieras visto, Aixa amiga! Hemos descansado en Medina durante tres días inolvidables. A toda hora, el certamen ha estado abierto. Hombres y mujeres en continuo pugilato poético, científico o artístico; interrumpido a veces por las travesuras de Itimad. Todos los atardeceres, en la gran plaza que, ante el Pórtico principal, se extiende arenosa, los jóvenes caballeros y los principales visires contendían en torneos airosos. Las veladas, jugábamos en los jardines, adornando los árboles y los macizos de flores con iluminaciones fantásticas... Aixa: ¿tú no conoces a El Yaili?

AIXA

¿No es un poeta de la Corte? Versos suyos, sí recuerdo haber leído. Pero a El Yaili no le conozco.

HABIBAH

Pronto habrás de conocerle, pues en breve llegará a Córdoba... ¿Te parece, Aixa, que demos ya por concluido el exorno del Salón?

AIXA

Creo que está ya suficientemente arreglado para recibir a la reina. (A los criados que, habiendo concluido, aguardan órdenes junto a la puerta del Salón). Podéis retiraros. (Los criados se retiran).

HABIBAH

Pues, sí, Aixa: El Yaili es muy divertido. Yo gozo mucho haciéndole rabiar. ¡Cómo nos ha distraído! Es un tarabilla que habla en verso. Inocente y candoroso, siempre estábamos ideando travesuras para reírnos de él.

Verás una:

¿Conoces a Thofail, el filósofo?

AIXA

¡Ya lo creo! Es hombre muy serio, excesivamente circunspecto y no a propósito para jugar bromas.

HABIBAH

(Riendo). Pues hubo de jugarla a la fuerza. Verás. Una noche, la primera de nuestra estancia en la Medina, Itimad dijo a Thofail: —Filósofo, acompáñame mañana al amanecer en una excursión que haremos a la Alquería de Ben Abbás. Este me ha ponderado su labranza y quiero verla. Solamente nos acompañarán Myriam y Ben Alwacil, el ingeniero de los riegos. Una nave nos aguardará en la Ribera del Río.

Enseguida Thofail fuese a acostar, para levantarse al amanecer, agradeciendo el honor que le hacía la señora. Y con ella fue el desprevenido filósofo a la excursión. Nosotros, entonces, los que habíamos concertado la broma con Romaiquia, apenas los vimos marchar, hubimos de entrar en el cuarto de Thofail. Los conjurados éramos solamente Hixem el médico, Sobheya la camarista y yo. Hicimos un muñeco de serrín y lo metimos en un féretro, el cual vinimos a colocar, envuelto en un sudario, en el mismo centro del cuarto del filósofo. Entonces, Hixem se situó gravemente a la cabecera del féretro y nosotras salimos a llamar a unas criadas para que, dolientes, plañeran.

¡Por Alah, que hubimos de escandalizar el Palacio en todas direcciones!, porque por todos los corredores y galerías íbamos gritando: ¡Ay, pobre Thofail, que ha muerto de

repente! ¡Ay, pobre Thofail, cómo se va a disgustar el rey!... ¡Ay, pobre Thofail, qué gran filósofo pierde el Andalus!

Todos los caballeros y todas las damas iban despertando al oír nuestros gritos; y, luego, corrían todos hacia las habitaciones de Thofail, preguntando: —Pero ¿qué ha ocurrido? Y unos a otros se respondían: —Dicen que Thofail, el filósofo, ha muerto de repente. Así fueron llegándose, durante toda la mañana, a la habitación del féretro, en cuya cabecera, con lúgubre aspecto, encontrábase el médico del rey, Hixem. —¡Pobrecito! ¿De qué ha muerto? —preguntaban los recién llegados; Hixem repetía tristemente: —De una apoplejía, señores.

Hasta que vimos aparecer a El Yaili, quien, desde que se enteró en su alojamiento, para no dejar de hablar, empezó a enumerar y a criticar las obras del filósofo difunto; y, así, ocupado en esta tarea, venía andando por los corredores. —¿De qué ha muerto? —preguntó El Yaili, en llegando a la cámara mortuoria. Hixem contestó: —De una apoplejía. El Yaili, entremetido como siempre, replicó: —Hay que embalsamarle y llevarle a Córdoba. Merece el difunto que el rey asista a su entierro, descubierto, a la cabeza de la comitiva, como hace en los entierros de todos los sabios. —No puede ser —alegó el médico. Está muy corrompido y habrá necesidad de enterrarle enseguida. —No huele —volvió a decir El Yaili. —Olerá pronto —replicó el médico.

En efecto, el médico había preparado, con no sé qué drogas infernales, una pequeña cajita, la cual, en abriéndola, exhalaba un olor insoportable, como de cadáver corrompido. Tenía depositada la caja debajo del muñeco, e inclinándose hacia el féretro, como para reconocer a Thofail, abrió la cajita. A poco, El Yaili se llevó las manos a las narices y exclamó espantado: —¡Ya huele...! Yo, entonces, desde la puerta de la estancia, le imploré llorando: —¡Oh, El Yaili, ¿quién mejor que tú para componer un epitafio en honor de Thofail?

Rodeado por todos, se sentó a escribir en la habitación contigua y, en un pergamino, fraguó el epitafio más dolorido y quejumbroso, más pomposo y erudito que jamás se compusiera a ningún muerto ilustre.

—¡Firma con letra muy grande, El Yaili! —dije yo conmovida—. Lo merece ese poema.

El cuitado, envanecido, escribió su nombre con letra tan grande que desde muy lejos perfectamente se percibía. —Ahora —continuó—, cuelga el epitafio en la cabecera del lecho mortuario. El Yaili, con la mano sobre la nariz, entró orgulloso en el cuarto fúnebre y clavó el pergamino sobre el lugar indicado.

Por la tarde se hizo el entierro. La Corte entera asistió al acto, contristada. El Yaili repetía a todo el mundo su epitafio.

A media noche regresó inopinadamente la señora, con los excursionistas. Todos la aguardaban al siguiente día, y nadie había despierto en el Palacio. Thofail pidió permiso para acostarse, y se fue a su habitación.

A poco, los conjurados le oímos gritar: —¡Por los dioses, imbécil poeta, que no te burlarás más de mí con grotescos epitafios e inundándome el cuarto con olores nauseabundos!

Ocultos, vimos a Thofail, quien, trémulo de ira, salía de su albergue y se llegaba, entrando en la habitación de El Yaili. Figúrate, Aixa, la impresión del poeta al verse zamarreado en la cama por un hombre a quien había visto cadáver putrefacto y a cuyo entierro había asistido en la tarde anterior. Un grito de horror, lanzado por El Yaili, llegó hasta nosotros y a poco, el pobre poeta, casi desnudo, desencajado y pálido, con los cabellos erizados y espantados los ojos, salía de su cuarto huyendo, perseguido por Thofail, quien virilmente le vapuleaba gritando: —¡Perro, cobarde... Para que te acuerdes de Thofail...!

Itimad, compadecida, nos invitó a salir al paso del fugitivo.

—¿Qué es eso, buen Yaili? —preguntó la señora.

Thofail quedó inmóvil, ante la intervención de la reina.

El Yaili tardó un buen rato en salir de su estupor, y contestó así:

—Señora: que yo ya soy ortodoxo y reniego de todas mis herejías; que creo en que las almas de los muertos penan... —Y miraba espantado al adusto Thofail.

—Y tú —dijo a este Romaiquia—: ¿Por qué golpeas a El Yaili?

—Señora —dijo el filósofo—, porque ha tenido la osadía de escribirme un epitafio.

—¿Tan malo era, Thofail? —repuso El Yaili—. Mira, sombra venerable, que impresionado con tu muerte yo lo compuse con la mejor intención. Thofail intervino, amenazador: —¿Lo ves señora? Aún se burla de mí este perro. —Pero ¿qué está diciendo? —preguntó, fingiendo extrañeza, Romaiquia. —Señora —dijo El Yaili—, restregándose los ojos y creyéndose víctima de una pesadilla: Yo compuse el epitafio por encargo de Habibah,

cuando hubimos de ver muerto a Thofail, en su propio cuarto, esta mañana. Después, por la tarde, lo recité en su entierro, momentos antes de aquel momento en que hubieron de sumergir el cadáver mal oliente del filósofo en la negra morada de la Tumba. Y, ahora, esta sombra, entró en mi habitación helándome de pavor en el lecho... Y lo que me sorprende es que vosotros la veáis también sin terror alguno. —¡Este imbécil está borracho! —exclamó desesperado Thofail. —¿Tú qué sabes de esto, Habibah? —interrogó la reina. —Yo, señora —contesté—, que ni he encargado a El Yaili epitafio alguno, ni entiendo nada de lo que dice sobre la muerte y entierro de Thofail.

¡Válgame Alah y qué aspavientos hizo entonces El Yaili! Si lo hubieses visto, Aixa, te mueres de risa. Pero su asombro rayó en pasmo petrificador, cuando hubo de hablar de la apoplejía, del embalsamamiento del cadáver y del médico Hixem y este negó en redondo todas aquellas escenas que El Yaili juraba haber presenciado.

Thofail se acostó persuadido de la borrachera de El Yaili. Este fue conducido a su cuarto, convencido de que todo había sido una pesadilla espantosa; y nosotros hubimos de aguardar vigilantes al nuevo día, en el cual vimos cómo los más graves personajes corrían asustados cuando el fantasma de Thofail iba a acercárseles; hasta que extendida por la Medina la noticia de su resurrección, todos, hasta el mismo Thofail, reían la broma.

AIXA

Fue ingeniosísima verdaderamente la ocurrencia. Pero no es preciso que la Corte venga a Medina, para estar alegre... Yo recuerdo que en Sevilla...

HABIBAH

Sí, también en Sevilla... ¡Pero este encanto que tiene Medina!...

Este mismo viaje a Córdoba me huele a combinación de algo ingenioso, y de oculta trama. Nadie esperaba salir tan pronto de la Medina, cuando he aquí que, inopinadamente, el intendente de Palacio hubo de decirme esta tarde: —Habibah, irás a Córdoba y dirás a Aixa que esta noche habrán de quedar arregladas las habitaciones de la reina para recibir a la señora. Tu palanquín está preparado. A media noche estaremos todos allí, para esperar al señor, que regresa de Granada. Y añadió recalcando mucho esta orden: —De ningún modo vayáis a abrir los maderos que cierran el ajimez del fondo del salón.

Y bien, Aixa, sin duda no ignoras tú lo que esto significa. ¿Quieres explicármelo?

AIXA

(Enigmática y sonriente). Nada puedo decirte, señora. El rey ha encargado que este asunto sea llevado con gran sigilo. Dentro de pocos instantes se desvanecerá el enigma.

HABIBAH

Aixa, te ruego me adelantes alguna noticia. Me muero de curiosidad.

AIXA

No puedo adelantarte noticia alguna. Si acaso, por complacerte, solo te puedo ofrecer algún antecedente de la cuestión.

HABIBAH

Di, pronto, señora.

AIXA

¿Tú estuviste aquí hace cuatro meses, cuando la Corte vino a Córdoba recién conquistada por Motamid?

Es una fecha para mí bien grata. Yo era una humilde profesora de erudición que, unas veces en Córdoba y otras en Sevilla, ganaba mi vida dando lecciones de casa en casa, a los niños y a las doncellas.

HABIBAH

Sin embargo, Aix, tengo entendido que perteneces a una rama ilustre del tronco morabita.

AIXA

Es cierto. Mi padre era nieto de aquel dulce emperador que se llamó Abderramán V. Estoy orgullosa de la sangre omniada que me legaron mis padres. Pero ellos quedaron arruinados cuando la disolución del califato y el advenimiento de la República. El Mexuar de Córdoba nos hubo de conceder generosamente una pensión; pero fue rechazada por mi padre, y yo me vi precisada a recurrir al trabajo para sostener mis propias atenciones. Estaba Itimad en Medina Zahara, cuando hubieron de hablarla de mí. Me rogó que fuera a visitarla, y llegó a acogerme con gran benevolencia. A los pocos días vinimos todos a Córdoba; Romaiquia me confirió el cuidado de estos Alkázares; me retenía a su lado constantemente; me hacía guardar consideraciones excepcionales y hablaba entusiastamente conmigo sobre las grandes poetisas de mi familia y sobre la gloria de mis antepasados, encarnada en el esplendor soberbio del Imperio cordobés.

Por esto, tuve ocasión de presenciar la escena que voy a contarte y de la cual solo un vago rumor llegó a la Corte, que seguramente lo habrá ya olvidado.

HABIBAH

(Esforzándose por recordar). Yo he olvidado esa noticia, si por acaso llegué a conocerla.

AIXA

Es el caso que, durante una de las últimas noches de la estancia del rey en Córdoba, hubo de nevar copiosamente. La Sierra, momentos antes de apuntar el amanecer, parecía una luna gigante. El Sol llegó conducido por un alba perezoso. Y tanto impresionó el inusitado espectáculo al astro del día, que por contemplarle mejor, disipó con sus rayos ardientes todas las nieblas del cielo. La Sierra, entonces herida por el mirar del Sol, manó por sus heridas, que irradiaban haces de luz, torrentes fúlgidos de agua, como plata derretida. Pero he aquí que todo penetrante mirar viene a desnudar de sus vestiduras y a desvanecer las superficiales apariencias de las cosas, que de esta manera vienen a ser miradas. Y, así, la Sierra bajo el mirar del Sol, fue desnuda de la pureza de sus vestidos blancos y recobró el color bermejo. Así fue desnuda la Sierra por el Sol enardecido, como por el lujurioso amante lo es una desposada, del blanco traje de novia, en la cámara nupcial.

Itimad, acodada en el alféizar de este ajimez (*Aixa señala el del fondo*) oprimiéndose las mejillas con las manos, contemplaba el deshielo tristemente. En el cendal de blancos vapores que se desvanecía en lo azul, esfumábanse también sus delicados sueños, y las argentinas fantasías que el traje nuevo de la Sierra en su imaginación evocara.

Yo, aquel día, hube de levantarme muy temprano; y comprendiendo que a la reina tal vez encantaría el nevado paisaje, la hice avisar. Itimad jamás había presenciado una nevada. Levantose enseguida y, desde el alba, no consintió en separarse un punto del ajimez; hasta que el deshielo hecho, fue el encanto roto; y hasta que las casas de las huertas y de los morabitos serranos volvieron a destacar su blancor, por entre el verdor de los árboles que destilaban hilos de oro.

Entonces Itimad quedose muy triste, muy triste, y así de triste estaba, cuando, en esta sala, vino a entrar Motamid, el cual se acercó a ella diciendo: —¡Oh dulce Romaiquia! Vengo a sugerirte el tormento de los celos, al leerte el poema que he compuesto esta mañana para mi hermosa desposada nueva.

Y, entonces, el rey recitó unos preciosos versos en los cuales imaginaba a Córdoba como a una novia solicitada por muchos reyes cristianos y musulimes, y a él rendida, por la fortaleza del amor.

HABIBAH

Sí, he oído recitar ese pequeño poema muchas veces a las damas en Sevilla.

Empieza así:

Ahora celebramos nuestras dulces bodas — Córdoba y yo en su bello Alkázar — Los demás reyes, mis rivales vanos, — Lloran de rabia y envidiosos tiemblan... — De Córdoba hermosa obtuve la mano — Fue ella amazona valiente y esquivada — Que a rechazar vino sus pretendientes. — De su lanza airosa, en la mano firme — Huyó la Corte de galanteadores.

AIXA

Recitas muy bien, señora mía: Ese es el poema. Pues con ser tan bello, no hizo gracia alguna a Romaiquia. Esta seguía acodada en el ajimez y entregada a su dolor, mientras el señor se esforzaba por modular sus versos, produciendo una voz de suave timbre, en la cual vibraba todo su amor por Itimad, por el Andalus y por la Gloria.

Viéndola inmóvil, la interrogó Motamid: —¿Qué tienes, Itimad? Ella volvió la cabeza. Nublaba el llanto sus hermosos ojos. —¿Por qué lloras, Itimad? —volvió a preguntar el rey—. ¿Será posible? —continuó—. ¿Habrás llegado a sentir celos de mi amor por Córdoba? Y entonces el rey siguió hablándola fervorosamente de que ansiaba acariciar a Córdoba, adornándola con obras bellas que superaran su esplendor pasado. —Esta mañana —dijo—, a semejanza del primer Omeya, yo he plantado una palmera en el patio principal de la Gran Aljama de Occidente. La he regado con amor y prodigalidad. Símbolo de que todos los jugos de mi alma se aprestan a vivificar el renacimiento de la antigua Sultana espiritual del mundo. Volverá a ser la enorme ciudad de nuestros padres, de ochenta Universidades, de novecientos baños públicos y de bibliotecas ingentes como la del Gran Alaken, a donde vendrán a beber su inspiración todos los sabios que habrán de modelar la futura Europa...

Y el rey concluyó su disertación con estas palabras fogosas...: —¡Espíritu grande del Andalus, que fraguas en instantes fugitivos ingentes creaciones seculares, obras de siglos de constancia; abandonándolas enseguida por seguir en raudos vuelos tus ciegos impulsos de eterna inquietud...!

Romaiquia apenas le escuchaba. La reina le miraba llorosa. —¿Pero quieres decirme de una vez cuál es tu pena? —volvió a preguntarle Motamid—. Manda, Itimad: Cuanto pidas será hecho. Es el rey quien te lo fía —afirmó el monarca con orgullo.

La reina entonces se irguió ante el abierto ajimez y extendiendo el brazo hacia la Sierra oscura, exclamó con gesto imperativo: —¡Quiero que otra vez la Sierra de Córdoba se vista de blanco!... ¡Quiero ver otra vez nevada la Sierra de esta ciudad, tu amada preferida...!

Motamid saltó de sorpresa. Después, replicó anonadado: —¡Ni el mismo Alah tiene poder para hacer nevar dos días seguidos, bajo el poder del Sol que abrasa esta tierra!

—¡Pues... Lo quiero! —ordenó Romaiquia.

—¡Imposible! —repuso Motamid.

Entonces Itimad, indignada, le contestó diciendo:

—¿Y tú eres rey? ¡No, no, y no! ¿Por qué eres rey, porque heredaste sin ningún esfuerzo real ni augusto, un manto con que los hombres visten fingidas realezas? ¿Porque los hombres te acatan como a tal rey? ¡No, no, y no!... Tú no eres rey. Los hombres son monos que se pagan del brillo falso de los vidrios y de los colorines. ¡Así te acatarían también por tus vidrios y oropeles heredados, aunque fueras plebeyo miserable, bandido redomado o estúpido imbécil! Si tu espíritu no es rey, tú eres vasallo de los espíritus reales. Así lo repites tú mismo constantemente. Si tu espíritu es rey, ¡pruébame lo enseguida! Haz nevar otra vez sobre aquella Sierra. ¡Envuelve su lujurioso verdor en la pureza de una túnica blanca!

—¿Por qué te incomodas conmigo, loca Itimad? ¿Cómo es posible que un hombre, aunque sea rey, haga lo que tú pretendes? Que soy rey verdadero, no por nacimiento, sino por espíritu real, ¿no te lo dice este hecho elocuente de haber descubierto mi reina en una reina, de esclava vestida?

Ni aun con esta galantería consiguió el señor calmar a Romaiquia; antes al contrario, esta gritó nerviosa: —¡Ah, ningún favor me hiciste, presuntuoso! Que a veces los espíritus reales son más libres, esto es, más reyes de sí, siendo súbditos, que siendo reyes de artificio. La felicidad consiste en acumular realezas en el alma y en poder liberarlas en acciones de rey. He aquí el goce verdadero en que consiste la dicha. Tú eres un tirano que has venido a atarme a la ridícula etiqueta, a esclavizarme atada con su cadena; a hacerme mover como muñeco grotesco por sus resortes, en figuras ridículas...

Y Romaiquia rompió a llorar, amargamente.

Motamid, desesperado, hubo de gritar: —¡Tirano yo! ¡Acuérdate del día del barro!...

Itimad, en oyendo este reproche, se ruborizó y dejó de llorar... No sé qué significaría este conjuro del barro...

HABIBAH

(Riendo). ¿No lo sabes, señora? Yo fui una de las damas que intervinieron en la aventura.

Es el caso que Itimad y unas cuantas doncellas paseábamos cierto día lluvioso por una terraza del Alkázar de Sevilla. Casi al pie de los muros del Palacio, varias muchachas desarrapadas chapoteaban en el lodo y jugaban a hacer muñecos de barro. La señora estaba muy contenta aquel día. —Vamos —nos dijo—, a descalzarnos nosotras y a salir también para jugar como esas muchachas. Las damas acogieron con entusiasmo la idea. La reina palmoteaba de entusiasmo. —¡Vamos! —gritábamos todas. Salíamos por un corredor cuando llegando hasta el rey la noticia de la algazara, vino hacia nosotras diciendo: —¿Es posible, Itimad? ¿La reina de Sevilla y sus nobles doncellas quieren jugar como muchachas perdidas en los lodazales del arroyo? ¡Pues no he de consentirlo! Retírese la reina malhumorada y llorosa. Poco después hubimos de escuchar su voz en la cámara de Motamid, inculpando a este de tiranía insoportable. A poco vino a salir el rey y una hora después todas las damas fuimos llamadas a la presencia real. Compareció, también con nosotras, la reina, displicente y esquiva. Motamid dijo: —¿Me perdonas, señora, el disgusto que hube de darte no dejándote ir con tus damas a jugar en el barro? —¡No te perdono! —contestó Romaiquia muy seria, y con resuelta voz. —Pues bien, Itimad —repuso riendo el rey—. Puedes descalzarte si quieres. El barro os espera a ti y a tus camaristas. Palmoteando como locas atravesábamos corriendo salones y galerías para salir del Alkázar cuando he aquí que al llegar al primer patio interior, ¿qué dirás tú, Aixa, que vimos? Allí había dispuesto un barro hecho con polvo de anjolí y mengibre, mezclados con miel. Y sobre aquel barro llovía agua de rosas de modo que todo el amplio recinto estaba encharcado y enlodado con estas materias. Todas nos hubimos de descalzar; y allí chapoteando y fabricando muñecos, ya no volvimos a pensar en salir a la calle. Poco después apareció Motamid sonriente en la galería alta que circundaba el patio y desde la cual hacían llover el agua de rosas. La reina, llena de barro, empapada hasta los cabellos, subió hasta el lugar en que apareciera su esposo, y colgándose de su cuello lo besaba diciendo: —¡Este es un rey!

AIXA

Bello es el cuento. Pero aguarda el final de este. Como te decía, Itimad, al oír lo del barro, se ruborizó y dejó de llorar; pero seguía triste y silenciosa.

El rey paseó durante unos instantes pensativo. De repente, su semblante se iluminó con un brillo más intenso; brillar de alegría y de potencia que encendiera sus ojos. Se detuvo ante Romaiquia y dijo así:

—Nuestros padres para conquistar a España, con la ayuda de los árabes, necesitaron un año. ¿Para conquistar poderes ultracelestes que no tiene ni el mismo Alah, me concedes, tirana Itimad, cuatro meses de término? Si te dignas otorgarme ese plazo, te prometo, señora, que haré nevar en la Sierra. Y tú, acodada en ese mismo alféizar, volverás en un alba como este, a contemplar la mágica visión...

Romaiquia le abrazó gozosa. El rey, entonces, advirtió: —Habrás Romaiquia de guardar el secreto de mi promesa. Y tú, Aixa, guárdalo también...

HABIBAH

(Comprendiendo y palmoteando). Y será cuando esta noche empiece a parir el día, cuando el rey poeta cumplirá su bella palabra. Ya está explicado el porqué Motamid prescribió a Itimad salir para Córdoba en una carta que decía así: «Entrarás en Córdoba, la noche mediada. Y esperarás a que el día comience a salir del vientre de las sombras, en la Sala de la Divina Promesa...».

Y dime, Aixa: ¿Es verdad? ¿Está nevada la Sierra?

AIXA

(Sonriente, hace un mohín de misterio).

HABIBAH

Quiero ver... (va hacia el ajimez).

AIXA

(Interponiéndose). Guárdate de esto, señora.

Pasaje II

UN UJIER

Si me das permiso, señora...

AIXA

Habla, arif.

EL UJIER

Adb-El-Yaili desea hablarte. Viene de Medina Zahara.

HABIBAH

(Regocijada). ¡El Yaili! Ordena que pase, Aixa, enseguida.

AIXA

(Al arif). Conduce a Abd-El-Yaili a este salón.

(Habibah está muy contenta de que tan pronto tenga Aixa ocasión de conocer a su amigo).

HABIBAH

Ya verás, Aixa; ya verás cómo nos distrae mientras llega la Corte...

Pasaje III

(Abd-El-Yaili entra en la cámara. Extiende los brazos saludando a las damas. Nerviosamente salta su mirada escrutadora de uno a otro punto de la estancia; pareciendo satisfecho al ver el exorno concluido. Habla con vehemencia, al mismo tiempo que examina de este modo el salón).

EL YAILI

Me he adelantado a la comitiva para avisar a la Guardia y daros prisa, mis bellas señoras. La reina llegará pronto. Mi señora, Itimad, se muere de impaciencia. Y, antes de la media noche, ordenó a la Corte abandonar Zahara... ¡La reina!... Es un Poema, rimado en carne por la Armonía. Su espíritu excelso es el alma de este Poema. ¡Ah, venid, poetas y filósofos y genios todos del Orbe a encantaros con la gracia del Poema Soberano! ¡Lo inspiró el Urano azul, lo compuso y lo escribió el Andalus, con su pluma de oro...!

¡Esos malditos imanes, cadíes y faquíes!... Ahora han dado en decir que es ella, Romaiquia, la depravada reina, la causa de la heterodoxia de la Corte y del Pueblo... ¡Cómo si este Pueblo no hubiese seguido siempre en esta tierra desde que fue libre y dominador, iguales rutas espirituales de luz!... Pues sí; ella, Itimad, es la que tiene la culpa de que el pueblo se ría de los leguleyos y someta al arbitraje sus juicios; ella la causante de que la gente no concurra a las aljamas y de que se burlen de Alkorán y del profeta Mohamed, a quien acusan de borracho, de caza dotes y de mal Poeta...

Borracho y caza dotes de ricas viudas, sí; ¡pero mal poeta, no!, ¡viven los dioses! El Pueblo está equivocado. A mí me gusta Alkorán como obra de Poesía... libre.

La intención de Mohamed ya no fue tan buena; pero ¡vamos!... Los apergaminados descendientes de aquellos auxiliares árabes y sirios se creen aún fautores de la conquista de España... Ellos dicen que a los verdes estandartes se debió la conquista y no a nosotros, los naturales, que los hubimos de conducir a arrojar a los germanos hasta más allá de los montes, tras cuyas vertientes moran los francos. Aún se creen conquistadores... Y ellos y los comerciantes avaros siguen a aquellas oscuras aves de la sombra. ¡Que si los impuestos!... ¡Bárbaros! ¿Cuándo ha producido el Reino más? En cuanto varias alquerías necesitan de una acequia común, allí está el dinero de los impuestos para ayudar a fabricarla. En cuanto un hombre descuella en el saber, allí está el dinero de los impuestos para que prescindiendo de otra ocupación, eduque al pueblo y cultive la ciencia...

Si Motamid acaricia a la tierra; si cuida de que estén siempre repletos de energía sus senos sagrados y rebosantes de leche sus ubres de madre; si ama y exalta a los labradores que para todos ordeñan la Tierra, y carga la mano a los intermediarios de bisutería... ¡Hace bien, maldición de Alah! ¿Pues qué no están aquí los frutos más baratos que en ninguna otra parte del mundo? ¡Ahí les duele! ¡Los impuestos de Motamid salvan al pueblo, porque no dejan vivir a los especuladores!

¡Los Impuestos!... Pues en la Corte no se gasta. Yo he estado en León y en el país de los francos. Allí existe la etiqueta. Pero ¡aquí!...

¿En qué se gastan los impuestos malditos? Cada vez que se construyen unos Baños o una Escuela, gritan esos rapaces: «¡Con mi dinero, con mi dinero...!».

Los comerciantes dicen: «Un pueblo limpio no se ensucia: menos baños y más usura». Los cadíes dicen: «Menos bibliotecas, menos ciencia y más juzgados». Los faquíes dicen: «Menos escuelas y más aljamas...».

Sobre todo la construcción de Palacios y de las obras de arte que recrean al Pueblo, eso les saca de quicio... ¡Cuántas maldiciones el Charadjid!

¿Y de las mujeres? ¡Que son literatas... que ya no paran en los serrallos, que llevan el rostro descubierto y alternan en las tertulias de los hombres...!

¡Y de todo esto es Itimad la culpable!... ¿Pero es que quieren lacerar el corazón de Motamid...? Ellos saben hacia adonde apuntan y el temple de las flechas que hieren mejor... Maldición sobre ellos. Porque...

HABIBAH

(Tapándose los oídos). Porque el día que reinen los doctores de Yúsuf, los versos alocados de Abn-El-Yaili implorarán de ellos humilde merced...

Este torrente necesita una valla... ¡Qué hombre! ¡Qué modo de hablar...!

Estamos enteradas de su misión, señor El Yaili. Enteradas y más que enteradas.

Y bien, Aixa; nos hemos olvidado de colocar el Espejo...

AIXA

Tienes razón, señora; voy... (se dispone a salir).

EL YAILI

Aguarda, señora mía. Que tú no me conoces y quiero en un instante desvanecer ese juicio desfavorable de la cruel Habibah sobre tu servidor humilde...

(A Habibah). Mis versos alocados, burlona doncella, solo se hicieron para cantar las glorias de Motamid, señor de la generosidad y del valor. Que yo no soy uno de esos mendigos en quienes los versos humillados vienen a representar como lazarillos de imploraciones... ¡Como ese lusitano Ibn Ammar que, en los infiernos, ahora danza! Él llegó hasta el señor cuando este era príncipe, engañándole en Silves con uno de esos hipócritas poemas...

Del mismo modo, Ammar, cuando era pobre, hubo de cantar las glorias de un burgués grosero, quien vino a premiar sus poéticas adulaciones con un saco de cebada que le envió para su mula. Y dicen que cuando Ammar llegó a visir siendo en una ocasión gobernador de Silves, correspondió al burgués su regalo devolviéndole el mismo saco lleno de monedas de plata y enviándole a decir con afectación: «Si en vez de haberme regalado este saco colmado de blanca cebada me lo hubieras donado lleno de dorado trigo, ahora yo te lo hubiera devuelto repleto de monedas de oro». ¡Ah, Ibn Ammar! No me extrañó después por esta su manera de ser, su traición en Murcia, cuando enviado allá por el señor, soñó en proclamarse emir y se hacía tributar honores reales. Sus deslealtades para con Motamid, quien le elevó al primer puesto del Estado. Sus sátiras contra Romaiquia, después de haber obtenido su primer perdón; debido a Itimad, precisamente... ¡Ah, yo le vi entrar en Córdoba, después de sus últimas rebeliones, prisionero, montado en un asno, sobre un serón de esparto...! Yo estuve presente en la entrevista que con el prisionero tuvo Motamid en su calabozo de Sevilla. Ammar se arrastró en su presencia y Motamid iba otra vez a perdonarle enternecido...

Pero aún el monstruo se atrevió a decir que el rey le perdonaría porque en esta entrevista habíase reanudado entre los dos cierta relación contraria a Naturaleza... ¡Maldito!

Yo no me alegro del mal del prójimo y menos si este prójimo es un cofrade... Pero ¡por Alah! que hube de sentirme dichoso cuando llegué a enterarme de que Motamid, indignado por esta última vileza, le había degollado con su alfanje vengador...

Después me decía tristemente el rey: —He aquí Yaili, que existen los hados y sus predestinaciones. Porque has de saber, amigo, que una noche, Ammar dormía junto a mí cuando yo era príncipe, y por tres veces oyó una gran voz que lúgubre le decía: «¡Este que duerme a tu lado habrá de darte la muerte!». Ammar se levantó asustado. Yo le busqué al despertar y hube de encontrarle oculto entre unas esteras en el pórtico del Alkázar.

Así vino a decirme el rey.

No hube yo de llegar a Motamid, no...

(Mientras El Yaili endilga atropelladamente el anterior discurso a Aixa, paciente y aburrida, Habibah hace signos de impaciencia unas veces, otras pugna por no reír).

HABIBAH

(Riendo). ¡Pobre Aixa! ¡Pobre de mí! ¿Pero es posible, El Yaili, que por atropellar palabras se te olvide hasta respirar?

EL YAILI

(Cortado). ¡Pues no otorgo yo a todo el mundo el favor de mi oratoria...!

AIXA

(Compadecida). Perdón, señora. El Yaili habrá de contarnos cómo hubo él de llegar hasta el príncipe; y enseguida iremos por el espejo que ha de concluir el adorno del salón.

EL YAILI

(Ofendido). Es que...

HABIBAH

Ha sido una broma, El Yaili (burlona). Yo te estoy muy agradecida por el poema que compusiste a «La inquieta Habibah». No he querido ofenderte (afectando seriedad). Complace a Aixa. Yo te lo ruego.

EL YAILI

Implacable Habibah. ¿No te basta perseguirme con tus risoteos por los jardines de Sevilla? ¿No te ha colmado aquello del respetable Thofail, el filósofo...?

(Ambas damas ríen grandemente).

Pues habrás de saber, señora mía (a Aixa), que yo compuse un poema, el cual remataba así:

Ante los mil dinars
Toda promesa sucumbe
Y toda vida se vende.

Hubo de leerlo el rey. Envió por mí, y llegado a su presencia, le estuve hablando en verso toda la tarde, con locuacidad tal que el rey vino a calificarla de maravillosa.

Entonces me dijo: —Toma los mil dinars. Tu vida es mía. Tendré en ti un huracán de versos...

(Empieza a oírse un confuso ruido exterior. Toques marciales resuenan dentro del Palacio).

AIXA

Llaman a la Guardia. Es la señora que se aproxima. Vamos, Habibah, traigamos el espejo (salen ambas de la sala).

Pasaje IV

(El Yaili queda mirando la puerta por donde salieron las mujeres. De vez en vez, su semblante se torna más serio; por último, aproximándose a un ángulo, inclina sobre el pecho la cabeza).

EL YAILI

¡Habibah...!

Pasaje V

(Precedidas por Aixa y Habibah entran dos doncellas conduciendo un gran espejo de acero con caballete dorado. Entre todas lo colocan en el ángulo de la sala, a la derecha del ajimez).

HABIBAH

ElYaili: ¿Tú, pensativo...?

¡Calla, pues es verdad! ¡ElYaili melancólico!

EL YAILI

(Saliendo de su abstracción). ¿Puedo ayudaros, señoras?

(ElYaili interviene en la operación de colocar el mueble).

HABIBAH

Gracias, ElYaili. Ya hiciste alguna vez cosa de utilidad.

EL YAILI

(Previo unos instantes de contemplación del espejo).

Espejo del espejo de la Gracia de Sevilla — Del espejo que es el rostro de una reina verdadera — Nadie ose en ti mirarse: Nadie habrá su majestad...

HABIBAH

(Se interpone entre el poeta y el mueble y empieza a alisarse con zumbona coquetería).

EL YAILI

Espejo...

HABIBAH

(Accionando e imitando los gestos de ElYaili). Menos mal espejo amado que es el aire raudo espejo — Del sonido que modula lengua arrítmica de animal... Menos mal...

EL YAILI

(A Aixa, que ríe). ¿Lo ves, señora?

(Se oye en la plaza el son de una música dulce y melodiosa).

HABIBAH

(A El Yaili). Bah...

AIXA

¡La reina!

HABIBAH

¡Salgamos a recibirla, Aixa!

(A El Yaili). Poeta: ¡mil dinars si sales a recibir a la reina! (Salen riendo, las dos, juntamente con las doncellas).

Pasaje VI

(El poeta no se mueve, entre ofendido y subyugado. Entran en la sala varios soldados que forman en la puerta guardia de honor).

EL JEFE

(Descubriendo a El Yaili). ¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

EL YAILI

(Saliendo de su ensimismamiento). Ya lo ves: nada.

EL JEFE

¿Quién eres?

EL YAILI

(Desdeñoso). ¿Qué te importa?

EL JEFE

(Con cierto respeto). ¿Eres de la Corte?

EL YAILI

(Con énfasis). Soy El Yaili, capitán.

EL JEFE

Perdona, El Yaili. ¡Salud, poeta!

EL YAILI

(Mirando a los soldados con dignidad y pavoneándose un tanto). ¡Salud, bravos guerreros!

EL JEFE

El Yaili, he oído hablar de tus arengas en la Corte. Mientras llega la reina, dinos una.

EL YAILI

¡Capitán! ¡Soldados! Corte de sabios y de guerreros es la Corte de Motamid. Guerreros somos nosotros: tanto como vosotros lo venís a ser. Con nuestras plumas como lanzas, y con nuestro pensamiento como estrategia, conquistamos del negro seno del Misterio, sus secretos a la Verdad; y, a la Belleza, sus encantos.

Y para imponerlo a lo inarmónico, investigamos los principios de la armonía. Así allegamos potencia y gracia para el Reino de los hombres. Pero la banda de guerreros matadores de hombres acecha la Corte de aquellos guerreros y a vosotros también os amenazan: ¡A vosotros, los que veláis por nosotros, para que nuestra acción guerrera no se interrumpa! ¡Entonces las plumas se tornarán en espadas, de hombres matadoras! ¡Uno seremos en la guerra que habrá de vencer la guerra, para la eterna guerra que sostenemos y sostendremos nosotros, contra las fuerzas indomadas e inarmónicas del Universo! ¡Hermanos guerreros!... ¡Viva Motamid! ¡Viva la reina Itimad!

EL CAPITÁN

(Escuchando ruido acelerado de pasos en el corredor). ¡La reina! (Alinea a sus soldados a ambos lados de la puerta del salón).

Pasaje VII

(Entra la reina acompañada de su séquito. Caballeros y damas de la Corte, entre las cuales aparecen Aixa y Habibah. Los soldados se retiran de ambos lados de la puerta inmediatamente después de haber entrado Romaiquia).

ROMAIQUIA

(Descubriendo a El Yaili). ¡Cómo! ¿Tú aquí, El Yaili?

EL YAILI

Señora... (saludando respetuoso).

ROMAIQUIA

Al entrar, hanme anunciado que espera un correo enviado por el rey, delante de sí. (Llamando). ¡Arif! (surge un ujier), ¡que entre ese correo!

Pasaje VIII**ZOHAIR**

(Entrando). Soy yo, señora.

ROMAIQUIA

¿Ah, eres tú, Zohair? ¿En dónde hubiste de dejar al rey?

ZOHAIR

A una jornada de Córdoba me hizo adelantar para entregarte esta carta. Creo estará aquí dentro de algunas horas.

ROMAIQUIA

(Lee en voz baja el pergamino).

El rey por esta carta viene a asegurarnos en la certeza de que antes del alba estará en Córdoba, para presenciar el portento que en esta hora ha de realizarse.

Y dime, Zohair: ¿Qué pasa en Granada? ¿Qué ha sucedido a Motamid en la ciudad de Ebn Nasar? ¿Has podido tú observar si viene satisfecho de su visita al emperador Yúsuf?

ZOHAIR

(La Corte escucha atentamente sus palabras). Señora, en Granada domina hoy Yúsuf. El rey Abdallah está preso. Su madre, la sultana, ha sido obligada por crueles medios a entregar los tesoros de la dinastía.

(En el auditorio se promueve un movimiento de indignación).

El fautor de este resultado ha sido un cadí, protegido por la madre del desventurado Abdallah, la cual bien cara paga hoy su piedad intempestiva.

ROMAIQUIA

¿Su piedad?

ZOHAIR

Es el caso, señora, que el cadí Ebn Djafar ha sido en Granada el intrigante principal de esta cruzada, emprendida por los doctores contra los príncipes del Andalus. Abdallah hubo de mandarlo prender y lo encerró en una fortaleza. Mas he aquí que el astuto cadí prisionero llevábase todo el día recitando en su calabozo, en voz alta y solemne, los más impresionantes versículos de Alkorán. Su propósito no era otro que excitar con la noticia de esta conducta la excesiva superstición de la madre del rey. Llegaron al conocimiento de la reina estas muestras de piedad del zorro cadí y forzó a su hijo a liberarlo. Enseguida que se vio libre, Djafar traicionó nuevamente a Abdallah, yendo a contar al emir de África los propósitos sustentados contra él por el rey de Granada. Sublevose la plebe en la misma Granada excitada por las patrañas de los doctores, los cuales aseguraban vendría a abolir Yúsuf todo tributo y a suprimir las cargas que sobre el pueblo había impuesto aquella corte de dispendiarios, artistas, hombres de ciencia y filósofos, con otras patrañas por el estilo; y he aquí, señora, que Abdallah yace hoy triste en el fondo de prisiones oscuras, dominado el Reino por Yúsuf, los faquíes y los jueces del Islam.

ROMAIQUIA

¿Y Motamid?

ZOHAIR

Motamid, aunque nada dice, parece conmovido ante estos tristes presagios.

Preferible hubiera sido el seguir pagando tributo a los cristianos a haber llamado auxiliares como estos. Yúsuf y sus fanáticas tribus caldeadas por el sol del desierto, de toско y duro corazón, como las rocas africanas, son bárbaros y fanáticos tanto o más que los cristianos del rey de León.

Yúsuf no hace nada sin el previo consejo y sin la fetua de los imanes que lo autorice. No conoce el árabe literario. No entiende las metáforas de los poetas y trata a los sabios con grosero desdén. Los poetas de Granada hubieron de enviarle versos cantando en su loor. —¿Te gustan? —preguntó a Yúsuf Motamid, y Yúsuf respondió: —No entiendo nada de esto. ¡Solo sé que piden pan! Con nuestro rey ha estado el emperador en apariencia muy afable. Pero el señor ha comprendido, al fin. Ha temido incluso que Yúsuf se apoderara de él en Granada, para poder así más fácilmente conquistar el Reino de Sevilla...

(Los caballeros llevan instintivamente mano a la espada).

Y ha tenido necesidad de pretextar que los cristianos amenazan estas tierras para no alarmar a Yúsuf, evitando que este le hiciera prisionero antes de salir de Granada...

ALMUNDHAFFAR

Los bárbaros africanos nada podrán contra nuestros alfanjes poderosos. ¡Juremos, caballeros, que antes de consentir profanación alguna de este territorio moriremos todos defendiendo al rey Motamid y a la reina Itimad...!

(Los guerreros desnudan las espadas y extendiendo los brazos con ellas empuñadas saludan a la reina).

EL YAILI

(Excitado por la escena, no teniendo alfanje que empuñar, da algunos pasos adelante, colocándose en medio de los circunstantes y muy excitado viene a declamar:)

¡Oh, faquies y cadies, de espíritu anquilosado — Oh, grotescos guardadores de la ciencia del pasado! — Que os decís depositarios de la inspiración de Alah. — Si la vida es despreciable, ¿qué os importa su dominio? — ¿Y por qué contra su gloria concitáis el exterminio — Si la gloria de este mundo por sí sola morirá...?

(Estos últimos versos los dice El Yaili, con gesto y tono de gran ironía).

—Oh, doctores islamitas...

(Habibah hace grandes esfuerzos por no reír desde que principió el poeta su improvisación. Se tapa los oídos con las manos, y, por último, no pudiéndose contener, procura hacerse ver en esta actitud por El Yaili. Empujando a unos y a otros, consigue, por fin, adelantar y que este se fije en ella).

(El poeta queda cortado).

ROMAIQUIA

¿Qué te ocurre, El Yaili?

HABIBAH

Señora, que Alah le ha cortado la lengua por hablar mal contra los suyos.

(Todos ríen desvaneciendo el ambiente trágico de la escena anterior. El Yaili, algo corrido, pretende también seguir la broma, saludando ceremoniosamente a Habibah).

AIXA

(Destacándose al frente de un grupo de damas). Señora, si tú nos das permiso...

ROMAIQUIA

¿Qué deseas, Aixa?

AIXA

Proyectábamos estas damas y yo el salir a la terraza sobre el jardín, para pasear, adorando el pueblo de estrellas que, en los espacios fríos, habitan, sin rey.

ROMAIQUIA

Id, Aixa, y si por acaso descubris en lo lejano señales que avisen la llegada del señor, corred a avisarme.

AIXA

¿Vienes, El Yaili?

EL YAILI

Iré si nos acompaña Habibah. Tú dijiste Aixa, amiga, que las estrellas no tienen rey. La reina de las estrellas (señalando a Habibah) bajó a atormentar a El Yaili, a este Planeta oscuro.

HABIBAH

Haré contigo las paces, El Yaili; pues a ello me fuerza tu galantería, si aciertas a decirme en serio el porqué las estrellas no tienen rey.

EL YAILI

En serio lo dije, Habibah... Porque al venir tú a estas moradas de Edes, quedó vacío el trono del Urano.

HABIBAH

(Con mimoso desdén). Bah...

ROMAIQUIA

Esa pregunta se contesta muy fácilmente, El Yaili.

Las Estrellas no tienen rey porque todos los Soles son reyes... ¿No es esto, Habibah?

HABIBAH

Exacto, señora. Las estrellas no tienen rey, porque no lo necesitan. Y no lo necesitan, porque cada una de ellas reina sobre su órbita y ninguna la traspasa para invadir la órbita ajena.

AIXA

Las estrellas no tienen rey, porque cada una tiene un rey en su propio deber, que es el derecho de las demás estrellas.

Señora, si tú lo permites...

ROMAIQUIA

Sí, Aixa. Id sobre el jardín. Cantad en la terraza, envueltos en el espacio frío, mirando a las luminarias del cielo, el día en que los hombres no necesitarán rey, porque todos sean reyes como lo son los soles.

Será el día en que los hombres podrán liberarse de la tiranía de los reyes, y los reyes de la tiranía de los vasallos. Será el día en que los hombres sean por su propia luz incendiados como lo son las estrellas; el día en que no necesiten de la ajena luz para caminar entre las sombras, ni del ajeno impulso como fuerza vital que les haga recorrer su trayectoria por los ámbitos de lo Infinito.

Los hombres, como los soles, girarán sin chocar entre sí, en sus propias órbitas, y la solidaridad de los hombres será como la de los astros: enjambres de radiantes mariposas que por las negruras del éter volarán juntos hacia un eterno e ignoto foco de luz; faro perdido en la obscuridad de la noche insondable...

Cantad al día en que todos los seres, así incendiados por la Verdad, el Universo será todo luz, en cuyo potente llamear, la noche quedará por siempre desvanecida. Entonces, el Universo será como una estrella, cuando todos los seres sean soles. Lo infinito brillará como una Gloria...

Id, amigos, a pasear sobre la terraza, bajo las luminarias del cielo...

(La reina extiende el brazo señalando la puerta. Salen Aixa, Habibah y varios caballeros y damas acompañados por El Yaili).

Pasaje IX

(La reina queda ensimismada durante algunos instantes. La Corte permanece silenciosa).

ROMAIQUIA

¿Tardará mucho el señor, Zohair? ¿Falta aún mucho tiempo para que aparezca el alba?

ZOHAIR

Señora. El rey no puede tardar. Dentro de una hora la voz del muecín llamará a los fieles a la oración matutina desde el minarete más alto de la gran Aljama.

ROMAIQUIA

He aquí, señores, que me siento morir de curiosidad. ¿Será verdad que mi esposo tuvo poder para hacer nevar sobre la Sierra de Córdoba? Di palabra de que yo nada preguntaría y de que hasta que el muecín anunciara hoy el nacimiento del día nuevo, yo no abriría las puertas de ese ajimez para presenciar el gran milagro.

Vosotros, caballeros de Córdoba (*dirigiéndose sonriendo a Almundhaffar*), sabréis ya si Motamid llegó a cumplir su promesa, más bien que real, divina.

ALMUNDHAFFAR

(*Sonriendo*). Señora, tenemos el deber de callarlo todo. No podemos desobedecer al rey, el cual ordenó no se dijera nada sobre este asunto.

ROMAIQUIA

¡La Sierra de Córdoba blanca como el armiño! Tenía cuando yo la vi irisaciones rosadas como una gigante concha de nácar transparente... Yo la hube de contemplar llorando... ¿Por qué? No sé... A veces la Sierra blanca me parecía un túmulo de inmaculada pureza acogido amorosamente en el regazo de lo azul. Motamid y yo dormíamos en el centro de la blanca tumba, coronados para siempre con diademas de flores.

¡Oh! Los antiguos reyes del ignoto Egipto, cuyos ojos inmóviles en esfinges hieráticas, paralizados están por el terror del supremo Misterio; los reyes milenarios de ese lejano y oscuro país en que el río, el hombre, la serpiente, el pájaro, la estatua y la flor son formas nostálgicas de un trágico anhelo de eternidad perdida entre sombras espantables; esos reyes estáticos de rígida línea como la fatalidad irreductible, construyeron en la árida planicie de los desiertos sin fin, grises mausoleos de montañas ingentes, dentro de las cuales buscaron refugio, contra la profanación de los siglos, sus sombras adustas.

¡Ah... qué afán de vivir...! ¿Cómo no ha de ser vencida, al final, la muerte? ¡Andalus riente... Tus pájaros, tus flores y tus ríos, y tus hombres, y tus estatuas, tienen ojos de resplandeciente claridad, como el puro cristal de la Gloria conseguida...!

Una tumba blanca, como una montaña de nieve, sembrada de rosas, bordeada por la magnífica pompa verde de mirtos y limoneros, acariciada por el dulce batir de las cim-

breantes palmeras; perfumada por el efluviar de los azahares... ¡He aquí una tumba digna de los reyes del Andalus...!

(*Romaiquia se aproxima al ajimez y mira a través de las celosías*). ¡No veo nada! Todo está sumergido entre las fauces de las tinieblas.

¡Cuánto se hace esperar esta noche la voz del muecín!

¡Cuánto tarda Motamid...!

¿Le habrá ocurrido alguna mala aventura?

¿Por qué hubiste de dejarle tú, valiente Zohair?

Una celada, quizás...

¡Ah, señor! ¿Por qué nos odian tanto esos hombres pálidos que nos combaten en nombre de la Religión y de la Ley?

¿Nuestra Religión, no es acaso la de ellos?

Crear belleza; esto es, encarar en el Hecho el Verbo divino de la Belleza que es la desnuda Verdad...

¿No es esa la finalidad suprema de la vida?

¿Y no es la finalidad suprema de la vida la suprema finalidad de la Religión y de la Ley?

¿Por qué han de soliviantar al pueblo y a Yúsuf en contra de nosotros?

Motamid les responde con su dulce tolerancia: ¿Acaso no estoy yo aquí, para defender la libertad de mis enemigos?

Que analicen uno por uno los detalles de nuestro vivir, ¿qué Biblia, qué Evangelio o qué Alkorán podrá repugnarlos?

Hablan los hijos de Israel de un macho que cargaba con los pecados del pueblo. Nuestros enemigos no tienen ojos en el espíritu para percibir las esencias de vida que por nosotros obran. Solo tienen ojos en la cara, y estos necesitan, para ver, de cuerpos que resalten y de materiales extensiones.

He aquí que Romaiquia es ahora el símbolo tangible del Pecado. El macho que conduce las fingidas impiedades del Andalus pecador. ¡Como el macho de Israel, la pobre Itimad, arrojada será al desierto solitario...!

(Itimad, sobrecogida por una sombría visión, guarda silencio durante unos instantes. Después continúa lentamente y como hablando consigo misma).

¡Al Desierto...! ¡Al África hosca de huracanes de arena, como aludes de cenizas abrasadas de muertos calcinados! ¡A la costa huraña de rocas aguzadas como puñales, encarnadoras de una maldición de odio estéril e implacable!

¡Oh príncipe mío!... ¡Tal vez serán nuestros cuerpos por el éxodo separados; y en las agrias vertientes de los petrificados montes, alcanzaremos, al fin, inhospitalaria sepultura!...

Tal vez el polvo de nuestros cadáveres profanados, arena vendrá a ser calcinada del desierto, que en tromba asoladora irá a destruir los verdes y humildes oasis, cegando sus fuentes rumorosas y fecundas...

¡Pero no! ¿Verdad que no, Zohair? ¿Verdad que no, Almundhaffar? ¿Verdad que no, valientes caballeros andaluces? ¿Verdad que vosotros tenéis alfanjes resplandecientes, como serpientes de sol, para garantir a vuestra reina, a la pobre Itimad, un eterno sueño de amor en la sierra más bella del Andalus, vestida de blancor esplendente?

(Algunas damas lloran escuchando a la reina. Los caballeros se conmueven profundamente).

ALMUNDHAFFAR

(Exaltado). ¡Guay del emperador Yúsuf y de los bárbaros africanos! ¡Maldito el rey de León! ¡No verán nuestros ojos el vencimiento de Motamid!

(Se oye a lo lejos el resonar de clarines y atambores).

ROMAIQUIA

(Animada por un goce repentino). ¡El rey! Alegrémonos, señores; y olvidad mis lúgubres augurios...

¡Nadie podrá vencer al Sol. Nadie podrá anular a los hijos de la luz!

¡Una humilde luz llegará a bastar para incendiar ancho campo de tinieblas...!

Pasaje X

(Entran en el Salón Aixa, Habibah, El Yaili y el cortejo de señores que hubieron de salir a la terraza).

HABIBAH

(Precipitada). Señora. El rey llega. Las antorchas de su comitiva se confunden con las estrellas, a lo lejos. Aixa dijo: —Ved que allí aparece una multitud de nuevos soles. El Yaili contestó, galante como siempre: —¡No, Aixa. Son las antorchas del rey!, desmintiendo enfáticamente a esta señora. Yo, haciendo justicia a los guerreros de la escolta, hube de replicar: —¡Estúpido, esas luces son las estrellas del Andalus!

ROMAIQUIA

(Muy alegre). ¿Cómo es eso, Yaili? ¿Tú desmentir a una dama? (El poeta calla). ¿Por qué callas, di? ¿A dónde fue entonces tu locuacidad? ¡Habla, huracán de palabras!

EL YAILI

Señora. Si El Yaili es un huracán de versos, Habibah es una tormenta seca de rayos, descargando sin cesar sobre el pobre Yaili. Cuando sobreviene una de esas tormentas, se aquieta la atmósfera. Los rayos son exhalados de los senos desgarrados de las nubes. El espacio es sofocante y el aire cálido. El huracán se retira entonces a sus guaridas ignotas. Y esto sucede a este huracán (indicando a sí mismo) con respecto a esa tormenta (señalando a Habibah). La verdad es que cuando aparece esta mujer yo no sé en dónde me meto. Desde luego no estoy en mí...

ROMAIQUIA

Pues si Habibah es tormenta de rayos y tú eres el huracán, la tempestad completa clama por la unión de Habibah y El Yaili.

HABIBAH

(Vivamente). ¡Ah, señora! Yo recurriré al mismo Alah contra ese decreto de la tempestad completa. Si yo fuera hurí divina y El Yaili llegase a entrar en el cielo, antes que ser destinada a su palacio en el Paraíso, me erigiría en Espartacus de las huríes contra los creyentes gloriosos y contra su señor Alah.

(Los clarines y atambores se escuchan más cerca anunciando la proximidad del cortejo).

ROMAIQUIA

¡Salgamos al pórtico, a recibir al rey!

Pasaje XI

(El rey entra apresuradamente en el salón).

MOTAMID

El rey se adelantó a la comitiva y está ya aquí, entre vosotros. (Abraza a Romaiquia).

Salud, señores. (Se dirige afectuosamente a todos los reunidos saludando a cada uno cariñosamente).

ROMAIQUIA

(Conduciéndolo al diván junto al muro del fondo).

Descansa aquí, mi señor. (Se sienta en un taburete junto a la cabecera del diván).

¡Oh, Motamid, ya empiezo a creer que se realizará el gran milagro!

MOTAMID

Dentro de pocos minutos sabrá Itimad cuanto puede llegar a crear la Potencia divina del Amor. No es justo, señora, corresponder a la divinidad de un amor que obra milagros con la tibieza de delicados desvíos.

ROMAIQUIA

(Mimosa). ¿Mi señor habla así de su esclava Itimad?

MOTAMID

Hablo así a Itimad, mi tirana señora. ¿Es porque no apresuré mi vuelta de Granada para descansar en Zahara unos días por lo que me escribió la reina esta carta que con mi última se cruzó? Todas tus cartas han comenzado siempre de este modo, con esta fórmula inventada por ti: «De Itimad, la esclavizada por el amor, a Motamid, su señor, rey natural de hombres (reine mi señor tantos años como ha reinado y reinará el Amor)...».

¿Por qué suprimiste en el comienzo de tu última carta esta dulce fórmula, y con ella tu nombre adorable? Es lo que mi señora se diría: «Estoy enfadada con él por no haber venido a gozar conmigo del amor que le tengo, en la bella Medina». Pues, por Alah, que ha de pagar bien caro mi enfado. Si llega a leer mi nombre, *Itimad*, en el principio de mi carta, lo ha de besar, como siempre... ¡Pues, por el amor ofendido! Que no ha de besar mi nombre, cuya esencia es un suspiro del amor, latente en un ritmo de plata que compuso Orfeo.

ROMAIQUIA

Fue una distracción, señor. Como el nómada atraído, a la vez, en el desierto, por la voz perfumada de cien oasis, así es nómada el alma de Romaiquia, por cien jardines de ensueño, atraída a la vez, en el desierto de la vida; toda desierta, cuando se ausenta su señor.

MOTAMID

¡Oh, señora! La distracción de una deidad, ¿cuántas desdichas no puede venir a infligir a los mortales? ¿Queréis llegar a ser dioses? Pues no distraeros jamás. Tú lo dijiste, Itimad, en el bello poema que hubiste de componer aquel claro día en la bulliciosa Almuzara. «¡El ambiente del cielo es de bella inquietud!». La distracción de un día hará caer al Dios desde lo alto del Olimpo, entre los mortales inarmónicos. El Olimpo es la suprema armonía y, para mantenerse en él, hay que llegar a conservarse en un supremo equilibrio, el cual vendría a desvanecer la más leve distracción... Pero ya empiezan a llegar los rezagados de mi escolta.

(Entran en el salón varios guerreros de la comitiva del rey).

(Los recién llegados saludan respetuosamente a los dos soberanos).

Pasaje XII**EL KADER**

(Quien preside a los que entraron).

A tu orden, gran señor.

MOTAMID

¡Hola, Kader, bien os apresurasteis!

KADER

Señor, te hubimos de seguir al galope, pero ninguno pudo alcanzar tu caballo alado como el huracán. Dentro de varios instantes llegarán a Palacio todos los de la comitiva.

MOTAMID

Y, Ebn Mokri, a pesar de sus años, ¿se propuso seguiros?

KADER

Tu visir llegó con nosotros, pero hubo de encontrar en una antecámara a su gran amigo Thofail, el filósofo, quien venía hacia acá, y allí quedaron departiendo unos momentos, antes de entrar a saludarte.

MOTAMID

(Con extrañeza). ¡¡Thofail!!

KADER

De tu extrañeza he participado también yo, gran señor. Tú sabes que Ebn Mokri era gran amigo de Thofail, el filósofo. Tú conoces cuánto hubo de lamentar su muerte, cuando un correo que le enviaron, desde Medina a Granada, vino a asegurarle que había presenciado su entierro. Figúrate cuál sería su sorpresa y aun la nuestra, cuando al atravesar uno de los salones del Alkázar, sale a abrazarle Thofail.

MOTAMID

Es cierto que un amigo de Ebn Mokri, conocedor de su amistad con el filósofo, le hubo de comunicar la triste nueva. Por cierto, que yo he extrañado el que no se me participara a mí también la noticia, dada la estimación grande en que tengo a Thofail.

ROMAIQUIA

No quisimos, señor, llevar tan lejos la broma.

(Aparecen en la sala Ebn Mokri y Thofail).

MOTAMID

(Viéndoles aparecer). ¿Pero es que no moriste, Thofail?

(Todos miran a El Yaili y a Thofail, y ríen).

THOFAIL

Señor, es cierto que murió el antiguo Thofail, filósofo serio y hermético. Queda el nuevo Thofail, hechura de una broma de la Corte; y como hijo de una broma, alegre y expansivo.

MOTAMID

(Riendo). ¿Y te llegaron a enterrar? Habla, es curioso.

EBN MOKRI

Hixem, el médico, certificó la muerte de un muñeco, diciendo que era el muerto Thofail. Al muñeco enterraron, y al cadáver supuesto, un epitafio compuso El Yaili.

THOFAIL

Un hombre impenetrable, de seriedad constante y hermética, es un muñeco fingido. Con mi seriedad, enterraron este muñeco. Resucité solo un momento merced a la indignación que me produjo un epitafio que me compuso El Yaili. Era una broma más seria que la misma muerte.

EL YAILI

¡Oh, señor. Yo fui quien hube de recibir los últimos muñecazos...!

MOTAMID

Ya me habrás de recitar tu epitafio, querido El Yaili. Ahora déjame decir una cosa a Ebn Mokri: ¿Tienes pronto el pliego para el rey de León? (al Hagib).

EBN MOKRI

Está aquí, gran señor. (Indicando su cartera).

MOTAMID

Almundhaffar. He pensado en ti para confiarte una misión...

ALMUNDHAFFAR

Estoy pronto a servir a mi emir.

MOTAMID

Buscarás al rey Alfonso. Debe hallarse en Toledo. Le entregarás de mi parte el pliego que te dará el visir.

Procura con tu elocuencia y por los medios todos que el rey cristiano acuda con todas sus fuerzas al llamamiento que le dirige el rey de Sevilla.

(En la sala se produce un movimiento de simpatía al escuchar la orden del rey).

¿Qué, señores míos? ¿Acogéis mi resolución con complacencia? Ya no puede vacilarse por más tiempo. Si Alfonso no se alía con nosotros, en contra de nuestro común enemigo, bien pronto el Emirato de Sevilla, y Córdoba la excelsa, serán meras provincias del imperio africano de Yúsuf...

ALMUNDHAFFAR

¡Muera Yúsuf! ¡Quebrantemos el imperio africano!

(Los circustantes acogen con vivas muestras de aprobación las imprecaciones de Al-mundhaffar).

MOTAMID

No sé si será aún tiempo para que el rey de León acuda en socorro de los andaluces. He visto a Yúsuf en Granada y su comportamiento no es de amigo, sino de franco conquistador... Al-mundhaffar, en ese pliego van mis ofrecimientos y seguridades para el monarca leonés. Entrégalo, Hagib.

(El Mokri entrega el pliego a Al-mundhaffar).

ALMUNDHAFFAR

¿Cuándo habré de partir, señor?

MOTAMID

Que te preparen escolta, y parte en seguida.

ALMUNDHAFFAR

¡Reine por muchos años, mi señor!

(Al-mundhaffar sale de la Cámara).

MOTAMID

(Después de un instante de abstracción, en que el rey aparece sumido en profundos pensamientos). Grandes días de prueba se aproximan para nuestro esfuerzo indomable, valientes compañeros míos; los que conmigo compartís la soberanía de esta tierra.

Ya no es posible ocultarlo. Las hordas fieras del bárbaro Yúsuf van a guerrear muy pronto contra los soldados de Motamid. La fuerza ciega de elementos brutales que por sus instintos se mueven, como catapultas arrolladoras, habrá de empujarlos contra los débiles representantes de la fuerza espiritual, contra los representantes de la fuerza consciente que, en el Fin, habrá de domar a aquella fuerza.

En el Fin, no tengo duda... Pero en este trance fatigoso, en que por la posibilidad de vencer en parciales combates el mal al bien; el bruto al civilizado; la maldad a la justicia; la sombra a la luz; en este tránsito, el cual por esa posibilidad, es tránsito y no es fin...

Mas he aquí que bastante hube de contristarme en Granada, viendo cómo la grosería del bruto triunfaba de la delicadeza de los verdaderamente fuertes...

Los fuertes somos nosotros, ¡pero somos tan pocos aún...!

¡Y para contrastar nuestra fortaleza se necesita de que resista tantos combates nuestra debilidad!...

(El rey se levanta).

¡Eh, señores!... ¡Vivamos estos instantes de tránsito fatigoso, como si en el día estuviéramos del combate triunfal!

Pasaje XIII

(Hasta la sala luminosa abrigada por la Corte esplendente empiezan a llegar las ondas cristalinas que conducen la voz del muecín de la Gran Aljama, recogida por el seno puro de un limpio y blanco amanecer).

(La voz del muecín:)

El tránsito obscuro de la noche muere
Y en radiante tránsito aparece Dios.
¡Tránsito del día que de Oriente llega!...

ROMAIQUIA

¡El muecín! (Se levanta y corre hacia el cerrado ajimez).

MOTAMID

(Deteniendo con suavidad a Romaiquia). Todavía no, Itimad. Esperemos a escuchar hasta el fin, su canturía sagrada.

Un poeta amigo la hubo de componer. Un imán, aún no sublevado contra el rey, mandó recitarla en este día, al muecín.

(Mientras el rey habla con su esposa, el muecín canta, repitiendo dos veces más las estrofas anteriores. Después, continúa).

(La voz del muecín):

Trémulos, en el bláncor del alba,
Desperézanse, al despertar los seres,
Y en nacientes cantos, al Señor reviven.
¡Por ellos Dios canta el Reinár de Dios!

Dios es el Día que, contra sombras, viene:
Y en un día eterno quiere ser Dios.
Su grito de luz ahuyenta la noche
Dios, entre sombras, un grito es de luz.

Y es Dios la luz, que por ser en todo,
Quiere incendiar las tristes tinieblas...
En la blanca Oración que la Aurora dice
Diciendo su voz para el gran combate,
Todos los seres al Señor proclaman.

¡Confesadlo también, todos los humanos!
Este Dios, Único de todos los seres
Alah es, y la luz de los musulimes.

¡Proclama, oh muslim, por el mundo entero:
«¡No hay más Dios que nuestro Dios Alah,
Y es Mohamed su único profeta...!»

¡Ven, Romaiquia!

(El rey va a abrir los maderos que cierran el ajimez de fondo. La Sierra de Córdoba aparece nevada, a la luz azulada del amanecer).

ROMAIQUIA

(Aproximándose conmovida al vacío del ajimez). ¡Está blanca!... ¡Mi rey, hizo nevar para mí!...

(La reina se acoda en el alféizar de azulejería. De sus hermosos ojos brotan lágrimas de ternura y admiración. Después queda extática, contemplando con adoración la Sierra.... La Corte presencia conmovida y muda la escena. El rey mira a Itimad, radiante de gozo).

MOTAMID

(Después de un largo silencio). Cumpliose, Itimad, tu deseo y mi palabra.

(El rey sigue hablando con cierta solemnidad y lentitud).

Este manto de rosada nieve, no hubo de llover del cielo, en lentos copos albos, como vedijas de lana, de corderos limpios.

Hilado fue en las entrañas de la tierra, en donde duermen las energías creadoras de las Potencias celestes...

Ellas aguardan para surgir divinas, en creación de Gloria, la evocación poderosa de Dios.

Encarnación en hechos soberanos, clama el verbo de Dios que vive en mi amor eterno a Itimad: en mi anhelo inextinguible de Belleza, sin fin. Y el verbo de Dios que vive en mi amor a Romaiquia y en mi anhelo de inmortal belleza quiso, excitado por la Diosa Itimad, evocar las energías dormidas en el seno de la Sierra. ¡Ah, cuando una mujer es Diosa, cómo excita a obrar al Dios que el amado lleva vivo, en el Santuario de un espíritu real! Y fueron mis servidores comprando y descuajando almendros, y requiriendo carretas, por todos los ámbitos del Andalus, y trasladándolos fueron a esa parte de la Sierra que ahora absorbe la adoración de la Diosa que excitó a obrar milagros, a mi Dios. Y ahí fueron plantados durante el Invierno, como esperanzas de Primavera. Han transcurrido los tres meses de plazo que pedí a Itimad, para realizar el portento. (Motamid ríe). ¡Portento! ¡El más grande portento de Dios está en la sencillez y espontaneidad de sus naturales creaciones!... Y pasados los tres meses, los Almendros han florecido, y la Sierra está blanca: (a Itimad) blanca como tu pureza, como tu candor, como tus vestidos de novia eterna mía; blanca, como tú, virginal amada de este Dios, blanca con los suaves tintes rosa de tu pudor angélico, siempre inocente, siempre alarmado, nunca por esto, ofendido.

Itimad, eterna niña, eterna virgen, eterna novia, eterna novia serás, porque una novia es novia porque siempre es nueva para el amante: porque siempre el novio encuentra novedad en el encanto de la novia. ¡Transparente como la clara linfa de una fuente pura, es la sabiduría de las palabras que usaron los antiguos hombres!

Para nuestros remotos antecesores, novia y nueva era lo mismo. ¡Itimad, mi siempre novia: mi siempre nueva, en un nuevo encanto de tu Belleza blanca!

(El rey ha ido acercándose, lentamente, a Romaiquia, durante este parlamento. Ella, saliendo de su abstracción, viene a abrazar el cuello del príncipe).

ITIMAD

¡Motamid, Motamid: haz otro milagro! ¡Impide que los bárbaros vengan a arrancar las flores de nieve que al conjuro de tu amor brotaron en la Sierra! ¡Yo quiero dormir, eternamente, bajo el esplendor inmaculado de las flores blancas!

(Esto lo dice Romaiquia, con supremo fervor, pretendiendo ocultar la cabeza en el pecho palpitante del rey).

MOTAMID

¡Morir! ¡Dormir! El milagro está hecho, Itimad. Vivirás siempre, y un palio de flores blancas, siempre tendrás por dosel de reina.

Tú eres la luz, la pureza, el calor, el perfume. ¿No oíste la voz del muecín? Vendrá el invierno, y vendrá la noche, tránsitos de frío y de tinieblas. Pero acabará su tránsito, y volverá el tránsito radiante de la Primavera y del Día, que es el tránsito de Dios que afirmarse quiere por siempre en un Día eterno, en el florecer de una Primavera Eterna... Nosotros, Itimad, somos la Primavera y el día, nosotros somos la Vida, nosotros somos Dios que quiere afirmarse, que quiere ser también en los tránsitos fríos y oscuros del Invierno y de la noche: La Vida es el clamor de una eterna necesidad, Perfección Suma, esto es, Dios, la necesidad de Dios. Y Dios será solo cuando todo sea una satisfacción de esta necesidad, una encarnación del verbo universal de Dios: Para que Dios, la absoluta luminosidad, y la Absoluta Belleza, y la Absoluta Animación pueda ser, se necesita que no haya algo que sea sombra, ni algo que sea frío, ni algo que sea feo, ni algo que sea inerte.

Se necesita que no haya invierno y que no haya noche: que todo sea una palpitación de vida triunfadora, que el Universo sea una luz, un Amor, un Perfume... Nuestra luz y nuestro amor.

Dios lo quiere y lo será, lo será. El milagro está hecho, Itimad. Tú, eterna flor blanca, vivirás siempre; es un Decreto de Dios. Es Dios mismo quien vivirá por ti; y quien por tu vida se conservará.

ITIMAD

¡Dios, Dios! Perdona mi amargura, y mis lágrimas rojas como las del Sol Poniente; amado mío. Son las lágrimas que tiñen de púrpura el espacio, en donde llora el poniente Sol. ¡Andalus, dulce como un atardecer, en que el Sol que se muere, llora! ¡Andalus, Tierra del Sol Poniente, Tierra de los duelos del Sol!... Flores blancas de la Sierra, Reino de Motamid y de Itimad, la Estrella se muere, de este día... ¡Pero no lloréis la muerte de la Estrella!

Como un grano limpio que se siembra enterrándose entre sombras, vendrá a surgir purificada y nueva por el Oriente Blanco. Trasladémonos al Alba sonoro en que habrá de volver triunfante, y sea nuestro duelo un canto de vida a la eterna victoria del divino Sol!...

(La Corte escucha arrobada el diálogo de Motamid y de Itimad. En los ojos de todos, húmedos por la emoción, acaso brilla una lágrima en donde alientan fundidos sus amores por el rey y sus amores por las bellezas de su Creación; y amenazada ya por la inminencia de la Muerte...).

JORNADA TERCERA

LA AGONÍA DE LA REALEZA

Escenario

En un Salón del Alkázár de Sevilla. El Salón está dividido en dos compartimientos, separados por una balaustrada de arabesca azulejería. Sobre la balaustrada, se asientan esbeltas columnas de alabastro que sostienen arcadas de calados frisos. Ambos compartimientos se comunican por el espacio abierto entre un extremo de la balaustrada y el muro de la izquierda. En el centro del muro lateral derecha, del primer compartimiento, la puerta principal de acceso al Salón. En el fondo del segundo, un gran ajimez que abre sobre la Plaza del Palacio.

Largos cojines laterales se extienden a lo largo de la base de los muros. Otros se encuentran repartidos por el suelo.

Pasaje I

En esta segunda estancia, silenciosamente, Motamid celebra consejo rodeado de sus oficiales. Todos se encuentran cubiertos con armaduras guerreras. Una mesita circundada por los almohadones en que se asientan los circunstantes, ostenta sobre el table-ro varios planos y rollos de pergamino, los cuales consultan de vez en cuando el rey y sus consejeros. Hasta el primer compartimiento del Salón, llega apagado el rumor de sus palabras. El Halcón Gris aguarda en la puerta de separación de ambos departamentos, rígido y sombrío, las órdenes del rey.

~

En la estancia de primer término aparece Itimad, erguida, de pie, e inmóvil, junto al muro lateral izquierdo. Parece abstraída e indiferente a todo lo que sucede a su alrededor.

Habibah, Myriam y otras damas de la Corte forman un corro, triste, pero hablador, cerca de la reina.

~

Es el anochecer del día 7 de septiembre de 1091. La claridad penetra por los ajimeces del Salón, en penumbra. La luz, trabajosamente filtrada, sostiene todavía un angustioso combate contra las sombras, en triunfo.

~

Al aparecer la escena, las damas hablan en voz queda y vuelven de vez en cuando, hacia la reina, los ojos llenos de lágrimas.

HABIBAH

(Apartándose del grupo y yendo a tomar entre las suyas las manos de Itimad).

Estás helada, señora... ¿Quieres permitirme que te envuelva en un manto?

ROMAIQUIA

(Sorprendida, y como al despertar bruscamente de un sueño).

Inútil, Habibah. Se pone el Sol. Hace frío. (Dulcemente). Mi creencia de vida va hacia el Ocaso. La noche reina en el alma. La noche es negra y helada. Aceptemos la fatalidad de este tránsito de frío y de sombras. No me contentan las artificiales hogueras que fingen luz y calor, en la noche. Yo quiero el Sol... o nada. En el Oriente de mi alma, acecho yo, ahora, una Esperanza de Sol...

MYRIAM

(Conteniendo con grandes esfuerzos los sollozos).

Tengamos esperanza, aún, señora. Quizás vengan refuerzos que obliguen a Abu Bark a levantar el sitio. Tal vez los cristianos...

HABIBAH

(Observando que Romaiquia ha vuelto a absorberse en su silencio, suelta con un gesto doloroso las manos de la reina, y viene a sentarse desalentada al lado de Myriam. Las señoras aproximan sus cojines, haciendo un cerco a su alrededor. Habibah mira primero a la esposa del emir, con triste amor, y dice, después, en voz baja).

Es muy triste esta negación de toda esperanza... Ya lo ha dicho Itimad, esta tarde. No es la muerte de un reinado. Es el ocaso de una creencia...

Tenía razón la señora. Los enterradores, nos cercan, de nuestra creencia de vida... (Pausa. Después, Habibah sigue hablando, con irónica vivacidad, y en tránsito brusco del dolor a la ironía). Y si al menos esas bestias no tuvieran forma humana... No se podrían enamorar de nosotras. No podrían cometer con nosotras, las doncellas de Palacio, el pecado grosero de la bestialidad... Hermanas: dentro de poco la bestia vendrá a abrazarnos, despidiendo acre olor, con sus patas sucias... ¡Nos matará, sí, de repugnancia y de miedo! ¡Nos pateará, sí, creyendo que nos acaricia!...

(Habibah ríe nerviosa y significativamente, como si jugara una broma sombría a sus compañeras).

¿Quién dijo a la Naturaleza supremo artífice, ni perfecta a la Creación? ¡Cuánto falta para que todo sea perfecto! ¡Cuánto falta para que sea Dios! Un hombre es más perfecto cuando su obra es más perfecta, cuando la creación universal sea perfecta; entonces será la Perfección Absoluta viva: entonces será Dios. Al ser, lo forjará Dios, su propia obra perfecta. Así dicen nuestros Filósofos... Y mirad, hermanas, si la creación es aún perfecta. La bestia morabita tiene forma humana: Si cada espíritu tuviera su forma propia, según su especie, los que dicen hombres del desierto no verían en las delicadas doncellas del Andalus, hembras selectas para sus cubiles. ¿Pues qué, sabría profanarnos un mono de los que se columpian en las selvas? (Habibah vuelve a abrir sus labios en risa trágica. Las demás mujeres escuchan aterradas).

UNA DAMA

¡Yo digo que antes de verme encerrada en el harén de Abu Bark...! (Hace un gesto significativo).

HABIBAH

Y, allí, seréis complacientes con el señor. Y habréis de recitar diariamente los versículos del Alkorán... Todos los poderosos gozan en la Tierra, por adelantado, del Paraíso. Vosotras seréis las huríes, prometidas por Alah, a esos terribles morazos negros...

MYRIAM

Calla, por Dios, Habibah...

¡Quién sabe, aún, si los cristianos!...

UNA DAMA

Yo digo que los cristianos...

MYRIAM

Acaso, ¿no están tan interesados como nosotros, en arrojar a Yúsuf de España? ¡Si pudiéramos aguantar el cerco, vendrían; vendrían, en nuestra ayuda, seguramente!

UNA DAMA

¡Otra vez, con los cristianos, Myriam! Después de los combates de Almodóvar se retiró Alvar Fañez, sin apenas pelear contra el general de Yúsuf, nuestro sitiador Abu Bark. Los leoneses son de la misma camada que la bestia almorávide. Según hube de escuchar no hace dos horas a Zohair, parece que la tierra ha tragado a los soldados de Alfonso. Y añadía Zohair: «Están ya muy claras las intenciones del rey de León. Abandonar a Motamid: porque sabe el rey cristiano que en cuanto Yúsuf y sus hordas dominan en el Andalus, los pueblos andaluces se levantarán contra el califa; y, entonces, será muy fácil al monarca leonés, vencer al uno y conquistar los otros...».

OTRA DAMA

(*Angustiada*). No. No puede haber salvación alguna. Todas las ciudades del Reino han caído en poder de Abu Bark. La rendición de Carmona ha sido la muerte de Sevilla. El incendio de esta mañana, que redujo a cenizas la flota sevillana en el río...

MYRIAM

Pues yo creo en la salvación, aún. Tengo fe en el valor magnánimo de nuestro señor. No osarán los morávides volver a penetrar en la ciudad, después de haberles obligado Motamid, con inaudita fiereza, a repasar esta mañana, la brecha que abrieran los traidores.

HABIBAH

¡Bendita tu candidez, Myriam! El populacho gobernado por los faquíes y por los jueces, nuevas brechas abrirán por donde penetren los bárbaros...

MYRIAM

Y los bárbaros hallarán los pechos acerados de este pueblo que decían Corte de filósofos herejes y de afeminados artistas. Mira a El Yaili, ¡quién lo hubiera podido pensar siquiera!

HABIBAH

(Animándosele los ojos, pero afectando indiferencia). He oído decir que El Yaili hizo esta mañana hablar a su espada mucho más que antaño a su lengua. ¿Sabes tú con detalles lo ocurrido? Me interesa, porque es extraño.

MYRIAM

Al mismo emir lo oí contar cuando volvieron al Alkázar los guerreros enardecidos, después del combate.

HABIBAH

(Con gran interés). ¿Y qué dijo Motamid?

MYRIAM

Después de haber peleado en primera fila, como un león a quien le matan su hembra, El Yaili salió de la ciudad por el boquete de la muralla persiguiendo a los invasores. Muertos varios soldados que hubieron de seguirle, El Yaili continuó batiéndose por entre la nube de flechas que lanzaban sitiadores y sitiados. Entonces de entre los morabitos se destacó un jeque que ordenó a los suyos dejasen de acometer a El Yaili. Y dirigiéndose al Poeta, así le dijo:

—No es justo que muera obscuramente, acribillado de heridas, causadas por innúmeras manos anónimas, el que tales prodigios de noble valor y de indomable fuerza viene a realizar en este combate duro. Dime quién eres y si estás dispuesto a pelear contra el noble Abenasid. Si tú me vencieras, libre te dejarán mis soldados penetrar en la ciudad por la brecha de la muralla. Y si a vencerte llegase yo, tu cabeza sería para mí, el más glorioso trofeo de todas mis rudas batallas.

Y El Yaili, erguido, cubierto de sangre, con la cara negra de polvo y de sudor, contestó esgrimiendo la espada roja:

—Soy El Yaili. Poeta de la Corte de un hombre rey: Motamid. Peleo por el rey, y no como tú, por el Paraíso de huríes que a los muertos por el Profeta promete Alkorán.

Mi hurí es de la Tierra y en el Palacio del rey vive mi hurí. Ella no me ama. Mi amor, sin embargo, pelea por el rey.

Con la pluma de ave, versos escribo en pergaminos tersos, y con mi alfanje altivo en los cuerpos de los bárbaros, grabaré con roja tinta, vengadoras estrofas sagradas...

Abenasid hizo mandato a los suyos y los arcos de los flecheros, colgando ociosos, quedaron entre las manos y de los hombros suspensos. Motamid, apercebido, ordenó parar a los flecheros el combate. Y las murallas, se coronaron de guerreros, presididos por el rey. Y los altozanos de la llanura bulleron brilladores, al posarse en ellos, el enjambre curioso de los guerreros de Abu Bark, que quisieron presenciar la lucha.

Abenasid gritó con voz poderosa:

—¡Sé tú, señor, emir de Sevilla, rey de poetas guerreros, quien venga a dar la señal del combate!

Y el rey dio la señal, agitando con ambas manos un rojo alquicel.

Y los dos enemigos esforzados se acometieron. Los escudos multicolores buscaban febriles las espadas oscurecidas de sangre, ofreciendo en los choques rudos, a las aceradas puntas, fugitivos destellos de Sol. La Estrella del Día se gozaba en el combate, envolviendo el Palenque en derroche de luz. E Iris palpitaba riente jugando alocada, en los mil colores brillantes de los guerreros que entusiasmados contemplaban la pelea, y en los vestidos y armaduras de los dos paladines, sublimados por el ansia de gloria y por el heroico valor.

Hasta que ElYaili, concentrando en esfuerzo último toda la vehemencia generosa, acumulada por el Sol, en la sangre y en el vino del Andalus, saltó como un tigre sobre su fuerte rival, y el alfanje del Poeta hirió el cuello del africano. Y la cabeza del hijo del desierto rodó palpitante por el polvo hasta quedar rígida y amoratada, apretados por el dolor, los labios cárdenos.

El cuerpo del caballero morabita, un instante fue surtidor de sangre que se elevó a lo azul, como una ofrenda roja al Dios de los guerreros. Después cayó pausadamente, al mismo tiempo que llegaba rodando su cabeza a los pies del poeta vencedor.

HABIBAH

(Pretendiendo, inútilmente, ocultar las lágrimas). Hace seis días que no he visto a ElYaili.

MYRIAM

Yo le vi después del combate, en la Plaza del Alkázár. Le felicitaban todos los guerreros y él les recitaba un poema compuesto en honor de Motamid, glorificando su bravura. Decía ElYaili: —El valor del rey nos incendió a todos. ¿Quién sospecharía fuerzas de Hércules en un hombre delicado, como lo es nuestro emir? Un capitán morávide fue a acometerle. Era un hombre rudo y alto como una montaña. Pues, lo mismo que Hér-

cules, nuestro padre, rompió en dos, la barrera de montañas que impedían el amor y el abrazo del mar interior y del mar de Occidente, así Motamid con su alfanje poderoso, hendió de alto abajo, el cuerpo de aquel gigante, cortándolo en dos pedazos. Cuando Hércules rompió la barrera que impedía los amores del misterioso Océano y del mar azul, se precipitaron el uno sobre el otro en efusión atronadora, de espuma hirviente. Así la sangre del cuerpo gigantesco herido, fluía a borbotones por los dos pedazos, y se mezclaba sobre ellos, elevándose en la efusión de una cabellera o de una llama roja.

Y los caballeros aplaudían con entusiasmo el poema de versos escritos por El Yaili...

Pasaje II

(Zohair, el capitán de la guardia del rey, aparece en el dintel de la puerta del Salón. En su rostro viril, de líneas enérgicas, estas se suavizan influenciadas por la emoción que en el corazón del guerrero evocan la visión de la reina, arrogante aún: en su ensimismamiento sombrío; y la de las mujeres que, tristes, departen su anterior conversación, fundida en el susurro que hasta el capitán llega de sus quedas voces).

ZOHAIR

Señora...

HABIBAH

(Apercibiendo al recién llegado). ¡Chst! (Yendo hasta la puerta). ¿Qué ocurre, Zohair?

ZOHAIR

Algo muy grave que comunicar al rey.

HABIBAH

¿Qué es ello, capitán?

ROMAIQUIA

(Que ha percibido el movimiento de Habibah, y a Zohair en el dintel).

¿Qué deseas, Zohair?

ZOHAIR

(Inclinándose). Hablar al rey.

ROMAIQUIA

Entra. (Señalando al segundo compartimiento del Salón).

(Zohair avanza y queda junto a la puerta de la estancia del rey, en donde, inmóvil, se encuentra el Halcón).

MOTAMID

(Notando la presencia del recién llegado). Avanza, capitán. ¿Por qué vienes? ¿Ocurre novedad?

ZOHAIR

(Embarazado por el temor de comunicar la noticia).

Señor...

MOTAMID

(Resuelto). Habla, Zohair. En estos supremos instantes ninguna noticia debe ser secreta, para quienes son ya víctimas de una misma desgracia irreparable.

ZOHAIR

Señor: Los morávides acaban de entrar nuevamente en la ciudad.

(Las mujeres escuchan aterradas. Romaiquia, indiferente. Motamid salta de su asiento, como un tigre acosado).

MOTAMID

Vuela, Zohair, y prepara la Guardia. Saldremos en cuanto esté a punto. (Va a salir Zohair). Aguarda. ¿Por dónde abrieron la brecha?

ZOHAIR

No ha sido brecha, señor. Los traidores abrieron al enemigo la puerta de la ciudad que da sobre la Pradera de Plata. Un oficial que envía tu general Ben Amid trae la noticia. Aguarda ahí, fuera.

MOTAMID

¿Qué tardas en hacerlo pasar? (Zohair sale).

¡Halcón, el casco y la espada!

(El Halcón va hacia el cojín donde se encuentran estos arreos, y comienza a ceñirlos a su señor).

Pasaje III

(Zohair vuelve con el oficial y sale enseguida a cumplir la orden del emir).

MOTAMID

Habla, oficial (al enviado de Ben Amid). ¿Los morabitos invaden la ciudad?

EL OFICIAL

¡Han entrado en ella, sin combate!

MOTAMID

(Apresurado). ¿Y Ben Amid?

EL OFICIAL

Conforme a tus órdenes, las tropas de Ben Amid se concentran y guardan las calles de acceso a la Ciudadela.

Ben Amid, tu general, me envía para decirte que dada la muchedumbre de enemigos que entran por la Puerta traicionada, solo cabe resistir y no atacar.

Su plan consiste en utilizar los parapetos contruidos en las calles próximas al Alkázar, y las murallas de la Ciudadela, para defender el tiempo que se pueda el castillo.

MOTAMID

Hay que atacar enseguida, y que morir cuanto antes. Vamos, señores, a reforzar los puestos; y si todo está perdido, busquemos la muerte en las calles invadidas de la ciudad.

(Todos se levantan y siguen al rey. Al llegar a la estancia de primer término, un arif aparece en la puerta principal del Salón).

Pasaje IV

ARIF

¡Alah acreciente los dones de mi señor! El gran faquí y el cadí de los cadíes piden tu venia para hablarte.

MOTAMID

Hazlos pasar, mientras se arma mi guardia.

(Desaparece el arif, y al instante surgen en el dintel del Salón el gran faquí y el cadí de los cadíes).

Pasaje V

MOTAMID

(Viendo a los recién llegados). ¡Ah!, ¿acechabais ahí, notables zorros? Pasad. (Los interpelados vacilan). ¡Pasad, os digo! (Con ímpetu).

(El faquí y el cadí entran haciendo humildes zalemas).

He aquí el gallinero abierto; y ahí (señalando a Romaiquia) el ave predilecta que ansiabais devorar... Pero ¡por Alah!, que aún soy en este Palacio el rey de Sevilla. Y vais a conocer, de una vez, la justicia del emir. ¡Halcón! ¡Halcón!

(El Halcón Gris abandona su rigidez y viene al encuentro de su amo).

¿Por qué te hiciste ladrón? Contesta brevemente. Los minutos son siglos.

HALCÓN

Señor: Un hombre de gran influencia en las Aljamas alegó no sé qué derechos sobre la alquería que cultivaron mis abuelos, y con cuyos productos alimentaba mi padre a mis hermanos y a mí. El cadí resolvió a favor de aquel hombre y envió a los alguaciles para desampararnos de nuestra hacienda. Yo maté a los alguaciles, y no maté al cadí... (con saña feroz).

MOTAMID

(Vivamente). Porque los cadíes se encuentran guardados por los soldados del rey, para evitar contra ellos la acción de la verdadera justicia. Por eso no le mataste. Explicado y comprendido, buen Halcón. Los cadíes tienen una honda: la Ley; y una piedra: los alguaciles. Con la honda de la Ley arrojan a los alguaciles sobre la cabeza de los desventurados huérfanos de toda influencia con el cadí. Y la honda y la piedra, y la mano del cadí que mueve la honda, al servicio están de las personas influyentes en las Aljamas.

Tú, Halcón, no mataste al cadí: te limitaste a rechazar la piedra.

Pero continúa. ¿Cómo robabas, Halcón?

HALCÓN

Asaltaba con mis hombres a los viandantes ricos y los convoyes reales. ¡Siempre desafié el peligro frente a frente! (Mirando con orgullo significativo al gran emir y al sacerdote).

MOTAMID

Comprendido, Halcón, comprendido. Llegaste a atacar cara a cara todo aquello que representaba cuanto vino a aniquilarte. He aquí, respetable cadí, venerable faquí, una de las manchas con que vuestras fetuas reprochan obscurecido mi reinado. ¡Un exbandido, brigadier de la seguridad del Reino!

Vosotros, honderos de las personas influyentes de las Aljamas, vinisteis a robar, no por necesidad, sino por codicia, al padre de este hombre, traicionando al emir, que, para la Justicia, os confió la misión de aplicar la Ley. Este hombre robó por venganza contra la Ley la cual antes habíale robado los medios de una honrada subsistencia. Y robó, abierta y lealmente; exponiendo su vida arrogante y fiera en los caminos reales. Vosotros, no: vosotros disteis la orden de robar; pero no expusisteis el pecho al peligro. Mientras que con los labios insultabais la santidad de la Justicia: mandabais a los soldados del emir como ejecutores de vuestros desafueros. Así traicionasteis la Justicia y mi confianza. Decid: ¿no es la lealtad la suprema condición de los buenos servidores? He aquí por qué, para servir a la seguridad de mis súbditos, nombré al Halcón, ladrón leal de caminos, y no a uno de vuestros protegidos: ladrón de esos que traman robos entre las sombras de la traición, ambiente de vuestras aljamas...

(Los dos funcionarios están aterrados, sufriendo sobre la cabeza baja el descargar formidable de la cólera del rey).

Ahora bien... Hasta ahora no me decidí a lanzar contra vosotros mis justos castigos. Unas veces por la intervención piadosa y tolerante de esa reina, por vosotros vilipendiada; otras, por temor de alarmar a aquellos de mis vasallos embaucados por vosotros, siempre hube de aguardar tiempos mejores para haceros sentir el peso de mi ley, contemplando impasible vuestra obra de serpiente, que deslizaba la traición contra mi reinado... Llegaron, por fin, esos tiempos mejores. Son los instantes, en que mi ciudad concitada contra mí, por vosotros, abre sus puertas a los bárbaros del desierto, a quienes vosotros mismos hubisteis de llamar.

Son los instantes en que mi trono se derrumba, y en que mi realeza soporta humillaciones tremendas, que vosotros atrajisteis contra mi espíritu real.

¡Halcón, venga a tu padre, y que la cabeza de los traidores, clavadas en picas y elevadas sobre los muros de mi Alkázár, contemple dentro de poco cómo finaliza en triunfo el desarrollo de su traición!

EL GRAN CADÍ

(Arrebatado por el miedo). Señor, venimos a salvar tu vida.

MOTAMID

¡Malas bestias! Habéis matado mi Reino, y aún fingís la generosidad de querer salvar lo que no puede ser sin mi Reino: mi vida.

¡Malas bestias! Vosotros podéis vivir sin vivir y reinar...

Una voz doliente clama aprisionada en el fondo más oscuro de nuestra conciencia. Es la voz de Dios. ¡Dios, a quien invocáis en público: a quien martirizáis entre las sombras del ser, lleno de apetitos groseros, convertido en cárcel impenetrable y en verdugo implacable de la Divinidad!

¡Malas bestias! Esa voz, en vosotros, doliente y lejana: es en mí voz imperiosa que me llena el ser. Esa voz pide siempre reinar en mí y por mí. Es la voz de Dios; es toda, toda mi vida. Voz que aquí tiene un templo (*golpeándose el pecho*). La conciencia es el único templo verdadero de Dios. Si Dios no ha de reinar por mí, que el Templo de mi conciencia se derrumbe. Preferible es a llenarlo, como hacéis vosotros, de instintos mercaderes, de instintos de bestias, de enemigos de Dios; mientras que él en su propio Templo se ampara, perseguido, agobiado, lacerado, despreciado y con voz implorante, en un ángulo estrecho de la Sombra...

EL GRAN FAQUÍ

Señor... Abu Bark.

MOTAMID

Zorro: crees que ese nombre me infunde temor, y que este temor habrá de contener el impulso de mi brazo justiciero.

EL GRAN CADÍ

Permítenos, señor, hablarte, y dispón después de nuestras cabezas, según tu voluntad.

MOTAMID

(Impaciente). Sea, pero acabad pronto.

EL GRAN CADÍ

Supimos que esta mañana nuestro señor Abul Kasim (Alah proteja su estirpe) había enviado a Abu Bark proposiciones de capitulación. El general africano exigía la rendición sin condiciones de la plaza de Sevilla...

Señor, mintieron quienes vinieron a hablarte de nuestra animosidad contra ti. Los demás faquíes y cadíes de España promulgaron fetuas desposeyendo a los príncipes del Islam en el Andalus. Los de Sevilla, no.

Prueba de nuestra adhesión al emir es esta de que fuimos a rogar a Abu Bark, para que por respetos a nuestro carácter sagrado...

MOTAMID

(Indignado). ¡Acaba Serpiente!

EL GRAN FAQUÍ

... Se comprometiera a respetar tu vida, y la de los tuyos. En el nombre de Alah, clemente, escúchanos Abul-Kasim, Ebn-Abad-Billah (guarde Dios tu prosperidad...).

MOTAMID

(Desesperado). O acabáis pronto la burla, o por Alah, a quien vosotros desconocéis, que con este mismo alfanje os cercenaré la cabeza...

EL GRAN CADÍ

Abu Bark nos recibió con los honores debidos a nuestra representación. Y nos mandó que viniésemos a ti, para asegurarte que si rendías inmediatamente la ciudadela, tu vida sería salva y la de tu familia también; y que, además, os dotaría Yúsuf de una pensión decorosa.

MOTAMID

«Un veneno es más dulce que la vergüenza de esa rendición». Los bárbaros me quitarán mi Reino, y me abandonarán mis soldados. Pero ¿qué importa? No me abandonarán jamás, porque son realmente míos, la dignidad y el valor.

En cuanto a vosotros... Halcón. Entrégame la fetua que, por orden mía, te procuraste de manos de los conspiradores.

Tú, gran faquí, toma, y lee.

(El faquí toma temblando el pergamino que le entrega el Halcón).

Escuchad, señores, lo que dicen los imanes, cadíes, alfaquíes y doctores del Islam, sublevados contra la impiedad de Motamid.

Faquí, lee, y si tarda un punto, despedázalo aquí mismo, buen Halcón.

(El Halcón desenvaina el alfanje y se sitúa junto al gran faquí).

EL GRAN FAQUÍ

(Leyendo con voz temblorosa).

En el nombre de Alah, clemente y misericordioso. A todos los fieles musulimes de las tierras del Andalus, que se encuentran bajo el emir Abul-Kasim-Ebn-Abad-El-Billah, llamado también Motamid (maldecidos sean su nombre y su simiente. Relevados sois de la santa obligación que os hubimos de imponer, de rezar por su prosperidad reverentes zuras en las Aljamas del Emirato).

SABED: que nos, los doctores del Islam, y en nombre de todos, el gran faquí y el gran cadí de esta Aljama de Sevilla, hemos absuelto a Yüsuf-ben-Tasfchin (guarde Dios su vida para gloria del Islam) del juramento que prestara a los emires del Andalus, cuando hubo de salir de África para ayudar a esos príncipes contra los cristianos de León (estirpe Alah, para siempre, su semilla de toda la haz de la tierra), de no tomar jamás las armas para conquistar las tierras de dichos príncipes.

Y mandamos, a todos los musulimes, que obedezcan a Yüsuf, califa en Marrakesch, y a sus emires y visires, como representantes del Islam. Casado vuestro emir con una esclava libertina, los preceptos del Alkorán son burlados y el Libro de la Espada es objeto de befa impía. Los pueblos son expoliados por los impuestos. La hez de los filósofos y poetas, presididos por el emir y su esclava, hacen escarnio del Islam.

Dice el gran Yúsuf (acreciente Dios sus triunfos) por nuestro Consejo:

«Iré contra ellos, en nombre de Alah (sea bendito eternamente) y les desposeeré de sus tierras; y el pueblo no pagará tributos; y la ley del Islam será restablecida...».

MOTAMID

¡Basta. Ya veis cómo es inútil negar vuestra participación en el crimen!

Pasaje VI

ZOHAIR

(Entrando). Señor: La guardia está dispuesta.

MOTAMID

(Disponiéndose a salir y haciendo al Halcón una seña significativa que aterra al juez y al sacerdote).

Hasta luego, Itimad. (Estrechando amorosamente las manos de la reina. Esta inclina la cabeza, llorando, sobre el hombro del emir).

No temas: volveremos a vernos. A reconocer voy los puestos que guardan la fortaleza. Aún no ha sonado la hora del combate definitivo. (Va a salir acompañado de los oficiales).

(El Halcón Gris se arroja ansioso sobre el cadí y el faquí, apresándoles los brazos con sus dedos de hierro, e intentando arrastrarles fuera del Salón, tras la comitiva del emir).

EL CADÍ

(Con suprema imploración a Romaiquia).

Señora: ¿no podrás tú salvar nuestra vida? Somos ilegalmente condenados. Nuestro carácter es el de embajadores.

EL GRAN FAQUÍ

(Volviendo hacia Itimad la cabeza).

Señora, Alah misericordioso, implora, por mí, tu clemencia...

EL HALCÓN

(Empujándoles). De parte del Halcón iréis como embajadores a Alah.

EL CADÍ

¡Piedad, señora!

EL HALCÓN

¡Callad! Mi padre os condena desde el Reino de las Sombras. (Los empuja con más fuerza).

ROMAIQUIA

(Interviniendo). ¡Quieto, Halcón! ¡Señor, señor! (A Motamid, que ya dobla el dintel seguido por los suyos).

MOTAMID

(Volviendo a entrar en el Salón. El cortejo que le sigue se abre en dos alas para dejarle paso).

¿Qué deseas, Itimad?

ROMAIQUIA

Una última gracia para Itimad. Ella te pide que le cedas estos prisioneros.

MOTAMID

Es Dios quien vive en tu piedad, como hace un instante vivió en mi justicia. Halcón, obedece a tu reina, en quien vive Dios. (El Halcón los suelta, con gran disgusto). ¡Y pensar que este Dios ha de ser vencido ahora, en el combate!

En tu poder los tienes, divina Itimad. Perdona a los enemigos que te escarnecieron... Es la Ley, es la Ley...

(El rey, conmovido, lleva las manos a los ojos y sale precipitadamente de la estancia, seguido de los guerreros y del Halcón).

Pasaje VII**EL GRAN FAQUÍ**

(Al cadí, aparte). Nadie se atreverá ahora a detenernos. Cerca está ahora nuestra venganza. Veamos de complacer a Abu Bark, quien desea ahorrar la resistencia del castillo. (A la reina). Señora...

ROMAIQUIA

(Adelantando hacia ellos, con el brazo extendido hacia la puerta).

¡Sois libres!

EL FAQUÍ

Señora: ¿no podrías tú convencer a Motamid para que entregase la ciudadela? ¿No quiere tu piedad ayudarnos a ahorrar sangre abundante de fieles musulmes?

ROMAIQUIA

¡Sois libres!

EL CADÍ

Tal vez si Motamid cediese, conservaría la vida y... ¡aun quién sabe! Reformando sus principios y su conducta ilegal, quizás por un pequeño tributo, como el que ha pagado a los cristianos, vendría Yúsuf a dejarle el Reino.

EL FAQUÍ

(Con cierta petulancia). Tú no ignoras, mujer, que Yúsuf, para obrar, pide previo consejo a faquies y cadíes, tal como en la Ley está mandado. Y, nosotros, en pago de tu perdón...

ROMAIQUIA

(Con dulzura y como si tratara de persuadir a locos o niños).

Un reino no es una corona y un manto de púrpura y un rebaño de súbditos o servidores. Quien no ejerce una dominación espiritual no es rey, a pesar de todo esto... Vosotros seríais reyes si tuvierais la libertad y la inspiración de un espíritu real.

Idos. No queremos nada. Somos la vida derrotada por la muerte, en el episodio pasajero de las individualidades nuestras... Nos confesamos vencidos, pero rendidos no. ¿Quiénes somos nosotros para rendir la Vida? Ella, vencida en nosotros, triunfa ahora mismo, en otros lugares y cuerpos del espacio. Habéis arruinado una fortaleza: pero ni habéis podido humillar al guerrero que en ella alentaba, ni mucho menos, cautivar al ejército que defiende la inspiración de sus estandartes...

Sois libres. Vuestro castigo estará en vivir prisioneros, esclavizados de la Muerte. Nuestro premio estará en morir cuando ya no podamos liberar nuestra realeza...

EL FAQUÍ

Eres soberbia, mujer.

ROMAIQUIA

Es soberbia real. La soberbia de la vida ante la muerte. La soberbia real es soberbia virtud. Quien llega a sentir esta soberbia no se degradará jamás. Ella es virtud magnífica que aspira sin cesar al trono. Antes de entrar en la ergástula, mata al ser que domina, quien, bendiciéndola, muere.

Dijisteis que Alah crea incesantemente, y que el rey representa a Alah. Cuando el rey no puede crear no es rey, y antes de dejar de serlo, se crea una muerte real: una muerte bella, que es vida triunfante de la muerte, aun en sus propios dominios oscuros.

EL CADÍ

No nos engañaron, mujer. Tu filosofía ha perdido al rey. El emir debió dar ejemplo a sus súbditos cumpliendo la ley, y tú...

ROMAIQUIA

(Con ingenuidad). ¿De qué ley hablas, cadí?

EL CADÍ

Principalmente de Alkorán, mujer.

ROMAIQUIA

Cadí: Dentro de ti sientes un Imperativo Bueno. Es el verbo de Dios. Y un grosero imperativo. Es el aullido del animal. La ley humana es una fórmula de transacción buscada por el legislador entre el Dios y el animal, cuya unidad es el hombre...

(El faquí hace signos de horror).

¿Te ofenden mis palabras, faquí?

EL GRAN FAQUÍ

Mujer: es la Ley divina. Es Alkorán...

ROMAIQUIA

(Con indulgencia). Ley de Dios, dijeron para dominar los legisladores. De ella dedujeron consecuencias con relación a los hechos, y fundaron los tratados jurídicos... La voz de Dios en la Ley fue más ahogada aún, en los tratados, por la voz de la bestia lógica: por el aullido recortado con líneas geométricas, de la bestia racional... (Observando los signos de horror de los dos funcionarios). Hay una ley que dice: No podrás alumbrar una fuente en una peña...

Pero por si la peña tiene un cóncavo que pueda guardar el eco de mi evocación: por si este eco puede ser alguna vez alma que anime a la peña...

Cadí, faquí: Escuchad con calma a vuestra acusada, Itimad.

Dios no está fuera de todo. Dios no es un ser fuera de todo: Dios, desde el Principio, es un Verbo en todo, que clama acción, encarnación de su propio Imperativo de Bondad. Dios es un Verbo que se encuentra en todo, clamando, desde el fondo de cada ser, encarnación; creación en hechos que realicen la Verdad. Así, Dios es en todas las manifestaciones de la vida universal. Y aquellos seres hombres o no, que cumplen este Imperativo de Dios, que realizan la encarnación del Verbo de Dios, en obra buena, o lo que es igual, en obra redentora, en obra grande, en obra *verdadera*, creadora de la vida o de la gloria de Dios sobre la tierra; creedlo rocas, que rocas sois, por falta de creencia; esos seres abnegados, heroicos, creadores, son dioses que realizan, que crean a Dios; el cual será creado, cuando sea realizado su Verbo absoluto, por entero, en la Vida Universal... ¿No veis cómo la frente de esos seres circundada es por aureola de luz? ¿No veis cómo alumbra lo pasado, esa aureola de los creadores de Dios? ¿Os sorprende oírme hablar así? Escuchad: es Dios, Alah, que llevo en mí, quien por mi boca os habla...

EL FAQUÍ

Calla, calla, Itimad.

ROMAIQUIA

Tú, cadí, atiende. Yo necesito un juez, porque todo inocente lo desea. Tú, cadí, acostumbrado a escuchar los crímenes de bandidos monstruosos, escucha los crímenes benditos de esta pobre mujer...

FAQUÍ

¿Pero tú eres, mujer?

ROMAIQUIA

(Sonriendo). Ahora hablará Dios; ni mujer ni hombre. (Al cadí). Y yo, dije al príncipe. Cumplamos la voz de Dios. Realicemos al Dios, que dentro de sí llevamos, y sea esta nuestra Ley. Avivemos el verbo de Dios en la conciencia y en el corazón de nuestros súbditos, en su afán de Belleza, en su afán de verdad, en su ansia de creación y de gloria. Que la voz de Dios, igual en el ánimo de todos, porque Dios es uno, sea la Ley de tu Reino, Motamid. Que Dios más libre en ti que en los demás (porque más que otro alguno, en tus hechos, lo liberas o realizas, tú), y que su voz más potente en ti que en los demás (porque claramente sientes tú el Imperativo de su Verbo), que Dios por ti, y no tú, sea el rey...

He aquí que es falsa tu acusación, cadí. Nosotros hemos cumplido la ley: la Ley de Dios. Tú no puedes comprender el honor que se debe a esa ley, porque el honor que a ella se debe es tributado a la otra; y este honor, ¡oh gran juez, es para ti! ¡Motamid, Itimid! Hemos sido una efusión de Dios. Una efusión de alegría de Dios, en libertad. He aquí la causa de la perdición nuestra. La Fatalidad condena a los dioses efusivos. ¡Un parto muy lento, muy doloroso ha de crear la Serenidad de Dios! Dios es el dolor, en el Principio... ¡Pero es tan dulce ser una efusión de Ti! (Elevando los ojos en oración, Romaiquia queda en actitud de éxtasis. Después, como justificándose y hablando consigo misma). El Andalus es un arrebató efusivo de la generosidad luminosa del Sol...

EL GRAN FAQUÍ

(Viendo al cadí, a punto de conmovirse). Humíllate, mujer o reina. Vuelve en ti. Olvidaste a Alah. No fuiste al Templo. El rey y el Pueblo convocados por tu voz de Sirena, dejaron de asistir los viernes a las Aljamas. Y ni escucharon la voz del muecín que les invitaba a la oración, ni guardaron el ayuno en la Pascua del Ramadán, ni creyeron en el Profeta, ni en los imanes y faquíes, ni en los santos del Islam, y se mofaron de los preceptos de la Religión y no creyeron en la vida eterna del Paraíso...

ROMAIQUIA

(Con infinita dulzura, en voz queda y armoniosa).

El cadí identificó su Ley con la ley. Tú, sacerdote, identificas con tu religión, la Religión. He aquí la soberbia mala. Esta es la soberbia vana y no la magnífica virtud de la soberbia real. Porque la Ley, es mi ley, y la Religión es mi Religión... y lo que vosotros tenéis, realmente, de Religión y de Ley.

Motamid os lo dijo: yo también.

Os hemos anunciado es Dios el Verbo eterno que hace vibrar la esencia de todas las manifestaciones de la Vida, en un ansia de conservación para el mejoramiento, de mejoramiento, para la creación de la Belleza y de la Verdad. ¡La Belleza es la Verdad realizada, es la carne de Dios!

Dios es majestad en la Tempestad grandiosa, Armonía en el alba claro y sonoro, serenidad en la Noche azul, en que trazan imperturbables sus círculos luminosos las blancas estrellas. Dios es ingenuidad en los amores de los pájaros inocentes, que agitan sus alas en temblor de colores, cruzando los picos con emoción inefable, ardientes los ojos, cual ascuas de amor. Dios es el concierto alegre de los cantos y rugidos de las selvas, con el silbar de los aires y el mugir del Mar. Que está Dios palpitante y vivo en el ritmo,

en el eco, en el torbellino armonioso, en el rumor de la espuma virgen, inmaculada, que suspira rubores al besar la playa y esparcir la cabellera por el regazo moreno de la arena limpia. Dios es conciencia en los seres que despiertan al amor, a la admiración y a la creación de la belleza y la verdad, el Fiat eterno que conduce la agitación de los seres en ineludible fatalidad creadora... ¡Belleza, verdad, carne de Dios!... ¿Veis, veis mi Sierra de Córdoba vestida de novia con las flores que hilaron los almendros de Motamid? ¡Pues, allí, allí estaba Dios! Los bárbaros han descuajado ya esos almendros, en misión despiadada e impía. ¿Veis, veis? Así han perseguido: han ahuyentado a Dios, que vivía en el blanco florecer de la Sierra... Ahora está desolada: está triste: los pájaros se fueron: los arroyos se secaron. Nada hay que cante ni que perfume. ¡De ella fue cruelmente arrojado Dios! ¡La Muerte, la enemiga de Dios, reina en la Sierra!

EL FAQUÍ

¿Eres mujer o una apariencia de Satán?

ROMAIQUIA

(Con unción). Tú lo has dicho, faquí. La realidad soy yo. Realidad que no puede ahora, sumergida en mundo de tinieblas, desvanecer el sueño, a veces, sombrío, la pesadilla infantil, de Alah, tu Dios. Esa pesadilla será desechada un día... Pero será un tránsito terrible: Por negar al Dios de su pesadilla, los hombres habrán de negar en absoluto, a Dios. Un abismo se abrirá a la Humanidad entre tu Dios y el mío... Mi Dios será el de la Era última. Ya ves, faquí, si amo a Dios, que si los hombres no llegasen a comprender el mío, yo desearía que amasen el tuyo...

EL CADÍ

(Admirado). Perdona, faquí. Esta mujer se ha defendido de tu acusación de vivir sin Dios. Pero no ha contestado el porqué no fue al Templo y por qué apartó al pueblo del culto al Profeta y de los santos del Islam.

ROMAIQUIA

Cadí, faquí: Os agradezco el consuelo de mi acusación en las últimas horas de mi reinado. Pensaba recibir al verdugo con pasividad, que espantara a la misma muerte. Al hacer revivir mi creencia, habéis venido a revivir mi alegría.

Yo no fui al Templo, porque el Templo estaba y está en mí.

Si Dios realizado es la Belleza y la Verdad, y si Dios, en potencia, es el Verbo de Perfección, que en la esencia de cada ser clama encarnación en hechos, la Verdad o Belleza, ya creadas, y el espíritu de cada ser, es el Templo verdadero en que mora lo que existe creado de Dios. Allí donde existían Belleza o Verdad, allí acudió Itimad a adorarlo y

a gozar de Él. Y me recogí en el templo de mi espíritu, para adorarle también, en su creación ya hecha, y en su verbo divino, ansiando con fervor encarnar su voz con mis propios actos, en la realidad del Mundo. He aquí, la oración.

¡La voz del muecín que a la oración convoca! No es desde lo alto de los minaretes de las Aljamas desde donde la voz del muecín verdadero convoca a la verdadera oración...

El seno blanco del Alba, arrebolado por los rayos virginales de la faz rosada del Sol naciente, vibra conmovido y perfumado, por los himnos a la vida, de los seres que reviven, por el fresco despertar de las flores en abrir de radiantes corolas, por el sonido de cristales que chocan en el bronce de las esquilas y en las linfas de las fuentes.

He aquí el muecín que me invita a la oración. No hay agitación, ni aleteo de voz o fuerza de ser alguno que no sea un muecín, invitando a la oración. No fueron los viernes, fueron todos los días y todas las horas, en que al escuchar esa invitación, Romaiquia, se recogió en su Templo. ¡Que no ayuno en la Pascua de Ramadán! ¡Ay de vosotros los que ayunáis un día y os hartáis el resto del año! Tiene para mí tan poca importancia y tan poco goce el comer, que no le concedo seriedad alguna a la obligación de ayunar. ¡Lo absolutamente preciso para conservar fortalecido y sano este cuerpo, templo del espíritu! Este espíritu, templo donde mi Dios se levanta...

¡Que no he honrado a los faquíes! ¿Qué es un faquí? Un sacerdote, es decir, un guardador del templo de Dios y un sacrificador en el altar de Dios. Y yo te digo, faquí, que cada hombre tiene en sí su templo, el espíritu, y en su templo, un altar, la conciencia. Y yo te aseguro, faquí, que cada hombre es sacrificador en este altar verdadero de Dios; obrando en él el verdadero sacrificio, que no consiste en inmolar inocentes animales en altares de piedra, sino en inmolar estímulos groseros, estímulos de bestia, que nos incitan a no sufrir el dolor que la encarnación del verbo de Dios nos produce. Así es este sacrificio creador, el verdadero sacrificio, así es la conciencia el verdadero altar de Dios, así todos los hombres que guardan su templo, y que sacrifican en este altar, son los sacerdotes de Dios. Motamid e Itimad honraron siempre a los hombres que más sacerdotes fueron, a los que más sacrificaron por la creación o encarnación de Dios, en el altar de la conciencia...

¡Ah, mi creencia es más grande que la tuya! Tú crees que solo son los faquíes los sacerdotes ungidos por Dios, y yo creo que Dios hizo sacerdotes a los hombres todos.

EL CADÍ

Entonces, ¿para ti Mohamed no fue un Profeta? ¿No crees, ni admiras, la virtud de los santos del Islam?

ROMAIQUIA

(Se recoge un momento en sí y una sonrisa ilumina después su pálido semblante. Cerrando los ojos, habla lentamente, como leyendo en su espíritu esclarecido por deslumbrante luz interior).

¡Profetas!... Y hubo hombres que amaron todo. Fundidos con lo Infinito en una soberana efusión de amor, su ojo y su corazón, miraron y sintieron por lo Infinito, las supremas verdades del Ser.

¡Profetas! Y hubo hombres en quienes Dios, a quien todos los seres llevan en sí, clamó con voz más clara y potente, proclamando y escribiendo las supremas verdades de la Vida, despertando a Dios, que en los demás hombres, como en Todo, alienta. Profetas fueron, son y serán, todos aquellos hombres que marchan delante diciendo y señalando los caminos de Dios, que son los de la Belleza, la Verdad y el Bien.

¡Santos! Fueron todos aquellos que siguiendo a los Profetas, con inquebrantable firmeza, avanzaron adelante por esos caminos de Dios, sin que bastare a detenerles los desgarramientos de todos los mentidos martirios, ni las caricias de todos los falsos amores...

¡Oh, cadí! No es Mohamed mi profeta. (El faquí se oculta el rostro con las manos). No son mis santos los santos del Islam. Es más amplia la creencia mía... Mis profetas y mis santos son los profetas y los santos de todas las religiones, en cuanto tuvieron visión de lo Infinito, en cuanto sintieron el Dolor de la Santidad... Dolor que parirá a Dios... ¡Religión...! Ella sirve para crearle: para realizarle en la vida. Dime, faquí: ¿soy irreligiosa? Yo te invito como una hermana a creer que todas las religiones son religiones, en cuanto han presentado o tienen esencia de la Religión.

(El cadí y el faquí están anonadados y miran con asombro a Romaiquia).

EL CADÍ

Señora: Sabíamos que la Corte de Motamid era descreída de nuestra creencia...

ROMAIQUIA

Y por esto la llamasteis descreída...

EL CADÍ

Itimad: ¿en dónde aprendiste todo eso?

ROMAIQUIA

Yo no sé nada. Habla por mí, no mi Dios, el Dios de todos. En mi conciencia, su voz escribió un Korán.

Dios vino a mí, a través de generaciones que lo parieron con dolor, y fui yo el último parto de su parir doloroso e incesante... Yo... fui un ritmo de alegría, creado por el dolor. Un ritmo que, ahora, en el concierto de los ruidos trágicos, se desvanece. Reintegrémonos al Dolor... nuestro padre y el mejor escultor de las almas. Ahora Dios es eso. La alegría definitiva de Dios estará al fin: en el fin de su creación gloriosa y triunfal...

(Romainquia dobla la cabeza, como aguardando el sacrificio).

EL FAQUÍ

(Despertando del hechizo producido por las palabras de Itimad).

Sacrilegio es ese sueño tuyo, mujer. ¡Ay de ti cuando las trompetas de Israfil llamen a los hombres al juicio de Alah!

ROMAIQUIA

(Resignada). Sueño llaman los hombres a la realidad de Dios: y realidad a los sueños de sus modorras de bestia.

Prácticos son los objetos que puedan alcanzar sus miembros pesados. Aquellos que requieren alas para llegar hasta ellos son fantasmas, son utopías. (Mirando al cielo). ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo no volverá a vivir Itimad?

Pasaje VIII

(Amina, el aya de los hijos pequeños del emir, aparece en la puerta de la estancia. Itimad, al percibirla, despierta bruscamente de su abstracción).

ROMAIQUIA

(Yendo hacia Amina). ¡Mis hijos!... (Volviéndose al cadí y al faquí). He aquí que en mis hijos pongo yo, en este mundo, mi creencia. ¿Qué es de ellos, Amina?

AMINA

Te echan de menos y piden verte.

ROMAIQUIA

¿Qué hacen?

AMINA

Señora: Tu hija Xelima calma a los más pequeños. Parece, entre ellos, una tierna madrequita.

Lloraban, hace unas horas, por ir a jugar, como de costumbre, a la Pradera de Plata, extrañándose, como en los días anteriores, de que no se les llevase a aquel lugar.

Zahira preguntaba: —¿Por qué tantos días sin ir a la Pradera? Y Xelima contestó: —No puede ser: Hoy tenemos que estar aquí y acompañar a madre. Además, en la Pradera hay soldados. Es la guerra.

Y dijo, entonces, Abderramán, pasándose los puños por los ojos, para enjugar las lágrimas: —¿Y qué es la guerra?

En esto una inmensa bandada de estorninos apareció en el trozo de cielo que se descubre desde la puertecilla de la terraza. Un aguilucho los perseguía y llegó a acometerles. Los pájaros se replegaron, primero, en una apretada nube oscura. Después la banda se estiraba o retorció en el aire, como una alada serpiente. El aguilucho se vio precisado a detener el vuelo ante los torbellinos de aire que los pájaros fraguaban con la fuerza de sus concentraciones.

—Esa es la guerra —dijo Xelima, señalando al cielo—. Un pájaro grande que quiere comerse a los chicos. Solo que en la guerra, en vez de ser pájaros, son hombres.

Pero Abderramán replicó: —¿Y cuál es el pájaro grande que quiere comerse a los hombres?

Entonces Xelima, vencida por Abderramán, contestó así: —Es verdad, hermanito. Los hombres debieran unirse todos para combatir solo los pájaros extraños: porque los pájaros iguales, juegan a ver quién vuela más, pero no se matan unos a otros. ¡Solo hacen la guerra a los pájaros distintos!

Zahira seguía preguntando por ti, y la más pequeña, Ommalisan, lloraba, sin consuelo, en los brazos de Zoraida. Entonces, Abderramán quedó un instante pensativo, y rompió a llorar también: —¡Madre no viene —decía—, porque se la ha comido un pájaro grande!

ROMAIQUIA

¡Mis hijos! Amina. Bájalos al Patio, en donde acostumbran a jugar, y avísame, enseguida, para ir a unirme con ellos.

Cadí, faquí: Me acusabais, hace unos instantes, de no creer en la Eternidad y en el Paraíso de los fieles. He aquí que esa mujer os contestó, por mí, al invocar a mis hijos. He aquí que estas damas que me escuchan y que los guerreros que siguen al rey, espíritus idénticos al de Motamid y Romaiquia, os contestan por esta reina, destronada ya.

EL CADÍ

No te entendemos, señora.

ROMAIQUIA

Hermanas (a las señoras de la Corte):

Convirtamos el dolor en goce, al transformar nuestro dolor, durante estas horas amargas, en bella esperanza de un eternal Paraíso.

EL FAQUÍ

(Desesperado). ¿Te burlas aún, maldita?

(Las damas de la Corte protestan ante el insulto extemporáneo).

HABIBAH

¡Todavía eres la reina, señora! ¡Aún existen en Palacio soldados que acudan a tu voz!

OTRA DAMA

(Aproximándose al dintel de la puerta y a grandes voces).

¡Soldados: la reina os llama!

MYRIAM

(Abandonando su natural dulzura y mirando indignada al faquí).

¡Malvado! ¿Te atreves a insultar a la reina? ¡Cúmplase, señora, y cúmplase pronto, la sentencia del emir!

Pasaje IX

(Aparecen varios soldados de la guardia en la puerta del Salón).

EL JEFE

(De los soldados, inclinándose). Dispuestos nos hallamos, señora.

LA REINA

No es ya nada. Podéis retiraros. (Los soldados se van. Al faquí y al cadí, con dulzura).

¿Por qué me insultas, faquí, antes de escuchar mi pensamiento? Te dije que a la invocación de mis hijos, y de estas damas y de aquellos guerreros, espíritus idénticos a los de Motamid e Itimad, responde mi creencia en un eternal Paraíso. Te dije que el dolor de morir puede transformarse durante las horas amargas, en el adelanto del goce de vivir, por siempre, en ese Paraíso Eternal, ¿no me tachabas de descreída en la Eternidad y en el Paraíso?

EL CADÍ

Perdona al faquí, Itimad. Su religioso celo le llevó más lejos de su deseo de respetarte...

EL FAQUÍ

¡No te entiendo, oh mujer, si de otro modo no expones tu creencia...!

ROMAIQUIA

(A sus damas, con ingenuidad y alegría, inefables).

Alegrémonos hermanas. La Eternidad es nuestra... (Pausa, después de la cual, ríe). ¿Veis? (Al cadí y al faquí). ¿Veis? Son muy dulces estas horas, muy dulces: ya no viviremos en Sevilla... sino en el Paraíso... Este día... Es un día eternal y radioso... Reinan por siempre, Motamid e Itimad... ¡Yusuf! Los cadíes y faquíes... ¡Pobres animales inferiores! Vosotras lo sabéis... Siempre me encantaron los pobres animales... Cuando alguno me picaba o mordía, yo protestaba contra quienes querían castigarles... ¿Qué saben ellos? Son nuestros hermanos, que dicen inferiores. Hijos de la vida: son nuestra propia vida, a quien debemos querer como tutores piadosos. Perdonadlos. Curemos la herida que el animal nos cause con el bálsamo infalible, con la alegría infinita de nuestra dulce piedad...

EL FAQUÍ

¡Está loca!

ROMAIQUIA

(Apercibiéndose). Escucha, doctor. He aquí mi desvarío sobre la Eternidad. Tú has venido a decirme: Descréida, ¿qué Religión es esa tuya, que no cree en la Eternidad? Tienes Dios, templos; altares, profetas, santos; pero Eternidad... ¡Eso no! Ese afán de vivir, solo nosotros podremos satisfacerlo. Escuchad, doctores del Islam. Creed, como cree Romaiquia, y como Romaiquia vendréis a gozar, y será salva nuestra vida.

(La reina se sienta entre sus damas en el centro del cojín lateral, al borde de la ba-laustrada del fondo. Se dirige a los demás en actitud complaciente y mimosa, como si fuese a narrar un cuento a sus hijos).

Cuentan que, en cierta ocasión, llegó un derviche predicando Alkorán a cierta tribu pacífica que moraba un oasis feliz, en el desierto. Y cuentan que el jeque de la tribu, al derviche, hubo de preguntar irónico: —Dime, sacerdote; si la Religión existe para la Eternidad, ¿en qué Eternidad creen los musulmes? ¿Cómo se premia eternamente a los buenos y se castiga eternamente a los malos?

Y el derviche habló, entonces, al jeque salvaje, de otra vida de ultratumba, adonde el individuo humano, después de muerto, va a gozar o a sufrir por una eternidad, en el Paraíso, morada de Alah, o en el Infierno, morada de Satán.

El jeque reía piadosamente escuchando el cuento, como ríe un anciano ante los sueños de un niño. —Ven conmigo —dijo al derviche. Y le condujo a un jardín. —Mira —añadió entonces—, la lección de Eternidad que nos ofrece Naturaleza. Y tomando entre sus dedos un grano de trigo, así empezó el salvaje a hablar de Eternidad. —¿Ves, derviche, este grano? Se siembra. A poco de él queda la cáscara, la escoria, la envoltura; esto es, el cadáver. ¿Pero se puede decir, por esto, que el grano murió? No. Mira cómo su vida apunta renovada en el germen, cómo asciende dotada de nuevas energías por el tallo, y cómo viene a florecer y a multiplicarse en los granos de la espiga. ¿Qué son los granos de espiga sino el mismo grano que se sembró, renovado, multiplicado en su propio vivir, que viene a aumentar, de este modo, sus garantías contra la Muerte? Y observarás —continuó el jeque— que los labradores, para sus siembras, escogen siempre las semillas sanas. Estas son las fuertes, las robustas, es decir, las semillas buenas, porque estas semillas son únicamente las que se multiplican en cosechas abundosas. Las semillas podridas, esto es, las malas, esas no se eternizan multiplicándose en la cosecha futura. He aquí, pues, lo que sucederá con los hombres buenos y malos. Los hombres se eternizarán solo por la espiga de sus hijos, que son su misma vida florecida y multiplicada. Los hombres buenos, fuertes, robustos, como las semillas buenas, se multiplicarán en cosechas abundosas. Los ra-

quíticos y malos no se perpetuarán por esta espiga. Si llegan a engendrar, son granos raquíticos, que se extinguirán al fin. Los hijos se avergüenzan de la vida mala de sus padres. Arrojarán de sí la vida mala de aquellos antepasados que les avergüenza, y acogerán y fortalecerán la buena, de aquellos antepasados que vengan a enorgulleclos. Así, solo estos antepasados buenos, sobrevivirán. Es por esto la negación, la muerte eterna, el castigo de la Barbarie y de la Maldad, y la afirmación, el eterno vivir, renovado y triunfante, el premio inmortal de la Belleza y del Bien, de la Fortaleza y del Heroísmo...

He aquí cómo habló el salvaje.

Hermanas: Motamid y Romaiquia, mitades de un solo Ser, fundidos por las nupcias, en una vida única, fueron el grano que sembró el Amor. De ambos quedará la envoltura inerte: la escoria, el cadáver. Pero he aquí que nuestra vida no morirá, reproducida en renovación, florecida y multiplicada por esta espiga de nuestros hijos, quienes de nuestra obra embellecedora de la vida se enorgulleclos...

¡Nuestros hijos! No son solo esos niños que lloran por su madre... Son también estas damas: son también la corte de los hombres magníficos, en cuyo espíritu engendraron y modelaron su propio espíritu, su propia vida, Motamid e Itimad. ¡He aquí la espiga gloriosa de nuestros hijos espirituales! Si estos creen, y piensan, y sienten, y gozan, y penan, y aspiran el vivir y por el vivir como nosotros, ¿no vendrán a ser reproducciones nuestras? ¿Y qué nos puede importar la muerte, si en ellos nuestra vida perdurará?

Ya veis, juez y sacerdote, por qué Romaiquia, en su último día, no llora, y, contenta, ríe.

Mi venganza ha triunfado de la barbarie que morirá. ¿Cuál es mi venganza? ¡Multiplicar mi luz entre las sombras! La belleza entre la monstruosidad: el bien de mis obras entre el mal enemigo. Por esto, río. La muerte me ha vencido, en mí... ¡Pero, ay, de la muerte combatida por mí con la eternidad de mis hijos, del espíritu y de la carne! (Profética).

... Y llegará un día en que nuestros hijos del Andalus se avergonzarán de la grosería bárbara de sus antepasados morabitos y se enorgulleclos de la delicadeza y potencia espiritual de Romaiquia y de Motamid. Y dirán, ellos, entonces: «Neguemos en nuestra propia vida, la vida de los morabitos: consagremos, en nuestra propia vida, el reinado eterno de Motamid e Itimad...». Decid, doctores del Islam: ¿Tenía razón para reírme ante esta decepción de la muerte, representada por vosotros?

Pasaje X

AMINA

(Entrando). Señora: tus hijos te esperan.

ROMAIQUIA

(Levantándose, sonriente). Vamos, hermanas. Adiós, doctores de la Ley.

La estirpe excelsa de los reyes de Sevilla se continuará por los hijos de Itimad, en el destierro. Ellos serán los reyes y no el rey de Marruecos, aunque el rey de Marruecos en esclavos los convierta...

No matéis a los hijos de Motamid. Como aquel rey que quiso matar al niño-rey, para suprimir competidor, nada adelantaréis matando a estos niños. El niño rey escapará, siempre. Cada niño es una esperanza de rey. El niño rey, será mi niño. El espíritu de mis hijos conduce al rey, y es la flecha, aún no truncada de la santa fatalidad que os vendrá a negar algún día. En él, alentará fuerte e incontrastable el espíritu de Itimad, la esclava, proclamada reina, por Motamid, rey de Sevilla.

(Salen Romaiquia y las demás mujeres. El salón cada vez más obscurecido, va siendo dominado por las sombras de la noche).

Pasaje XI

EL CADÍ

(Con estupor). Faquí: jamás hablé con Itimad. No la comprendo, pero esa mujer era un gran peligro.

EL FAQUÍ

Está loca... Su reinado ha concluido, para siempre... (Temeroso). Pero no debemos permanecer aquí más tiempo. Si el rey volviera...

EL CADÍ

Nos haría matar.

EL FAQUÍ

(En voz baja). Salgamos y sigamos concitando al pueblo para que la ciudadela no resistiera... (Compungido). Ahorremos sangre preciosa de musulimes inocentes. Abu Bark

y Yúsuf nos lo pagarán. Y Alah nos premiará por su mano... (Amenaza los muros con los puños cerrados). ¡Casa de profanación!

EL CADÍ

Espera, sacerdote. Nosotros purificaremos estos muros, asilo hasta ahora, de la impiedad. El palacio será nuestro. Los libros, en los cuales se acumuló el error, serán quemados en grandes piras. Las estatuas serán calcinadas por el fuego, y después serán las pinturas de escenas nefandas. Los filósofos interpretarán Alkorán con la censura de los imanes y escribirán luminosos tratados de derecho, y los poetas dedicarán sus versos al Profeta de los creyentes y a sus representantes en la Tierra... Las Bibliotecas se compondrán de historias eruditas, que escribirán rebuscadores de nuestra tradición y comentadores admirados del texto legal. Nos respetarán supersticiosamente. ¡Faquí! ¡Pero cumplamos ahora las órdenes del califa!

EL FAQUÍ

¡Alah acreciente sus triunfos y prosperidades! (Salen cautelosamente, mirando primero desde la puerta hacia el corredor. La sala queda un instante solitaria y en tinieblas).

Pasaje XII

(El Yaili aparece, a poco, vestido de guerrero. Investiga la estancia, y al descubrirla vacía, grita, yendo hacia el dintel).

EL YAILI

¡Hola, traed luces!

(El poeta se recuesta sobre un ángulo del salón en actitud meditabunda y sombría).

Pasaje XIII

(Llegan dos soldados, trayendo candelabros con bujías encendidas, de múltiples colores, las cuales vienen a colocar sobre el mármol de la balaustrada divisoria del salón).

EL YAILI

(A uno de los soldados).

¿En dónde están la reina y sus damas?

UN SOLDADO

La señora y sus doncellas cuidan ahora de los hijos del emir.

EL YAILI

Ve y di a Habibah que Abd-El-Yaili la saluda y que la ruega venga a escucharle unos momentos.

(Salen los soldados).

Pasaje XIV

(El Yaili queda en la misma actitud pensativa que adoptara durante el pasaje anterior. A poco, entra en la estancia la bella Habibah).

HABIBAH

(Entrando). ¡Salud, Abd-El-Yaili! (Sin disimular su alegría).

No dirás, poeta, que soy desatenta contigo. Enseguida me apresuré a acudir a tu llamamiento...

EL YAILI

(Levantándose). ¡Habibah!

(El Yaili mira apasionadamente y con firmeza a Habibah. Esta dobla el hermoso cuello, inclinando la cabeza).

Habibah: Esperaba, como siempre, por saludo tuyo, una chanza.

HABIBAH

(Algo confundida, y sin levantar los ojos).

Es que tú... ¡me pareces otro, Abd-El-Yaili!

EL YAILI

(Aproximándose a la doncella). ¿Acaso porque después de varios días en que no nos hemos visto, me presento ante ti vestido con traje de guerrero?

HABIBAH

(Atreviéndose a mirarle). Ya sé, El Yaili, que has rimado, durante estos días, tus mejores versos heroicos...

EL YAILI

(Con tristeza). ¿Te satisfizo mi comportamiento, bella Habibah...?

(La doncella no responde, impresionada por el acento de su interlocutor. Durante unos momentos, ella piensa que tal vez El Yaili ha querido dirigirle un triste reproche por el menosprecio de sus burlas de antaño).

HABIBAH

(Después de un silencio). ¡El Yaili!

EL YAILI

Pasaron ya los tiempos de las burlas felices...

Ya no hago reír a nadie, Habibah... El brazo de El Yaili, silencioso, se mueve durante estos días, tanto como antaño se movió su lengua. La corte se pregunta asombrada: ¿Pero es posible que sea este El Yaili el charlatán que tanto nos divertía? ¿Quién hubiera pensado que su apariencia sencilla e ingenua fuese el vestido de tanta seriedad!

HABIBAH

(Como si se defendiera de una acusación). Yo no me paré jamás a investigar si tú eras serio... Pero no sé cómo yo he presentado siempre tu seriedad. ¿Quieres que te sea franca, El Yaili? (Dejándose arrebatar por la ingenua efusión de su arrepentimiento, y con mucha animación). ¿Quieres que te sea franca? Cuando se reían de ti, yo sentía sorda rabia contra ti, porque hacías reír a los demás, y para vengarme de ti... yo te hube de burlar con más saña que otro alguno.

EL YAILI

(Agradecido). ¡He hecho reír!... Es cierto. Los necios se ríen de aquel que, sin ser suyo, a los demás se derrocha, en ingenuas efusiones. (El Yaili ríe). Por primera vez, durante mi vida, heme recogido en mí y no me he derrochado a los demás, sin ser antes mío.

Atiende, Habibah. Cuando por las noches quedaba a solas, conmigo mismo, y pensaba en las risas y en los desvíos o menosprecios que provocaba en la Corte, a causa del desate de mi lengua, yo me decía, de vez en cuando, con indignación: ¿Por qué se han de reír de mí, charlatán, siendo yo más discreto que ellos, silenciosos?

Ellos aparentaban recogerse en sí, como si, dentro de sí, tuvieran otra cosa que el vacío. Ya, este fingimiento, es verdadera discreción. Yo, ocupado en liberar el torrente de mis palabras, no pensaba en concentrar y ordenar las esencias que existían en mí. Algunas veces, en la soledad, llegué a idear que si existiera un candado invisible, El Yaili lo hubiera comprado para sellar su boca.

Otras veces hacía propósito de enmienda. Pero mi fortaleza y buenos propósitos, durante la soledad, diluíanse en la efusión de la compañía. Entonces, mi voluntad ni aun siquiera pretendía venir a ser el freno de mi lengua desenfrenada. Hasta llegué a poner mi goce en estos juicios de los demás: «¡Pobre El Yaili! ¡Es demasiado bueno! Fiel al señor como un perro; sensible para todo y para todos, como las cuerdas de una guitarra en constante tensión. Su pecho es la caja de sonoridad de la guitarra... ¡Cómo nos hace reír!». ¡Perdón, generosa Habibah! He sido conscientemente un bufón, tal como esos enanos ridículos, o tal como esos hombres grotescos, que usan para reír los reyes y los señores cristianos.

HABIBAH

(Con astucia). ¡Y ha sido necesario que las desgracias tremendas del Reino sobrevengan, para que, impresionado por la conmoción, El Yaili vuelva a meterse en sí mismo!

EL YAILI

No es la muerte cercana, Habibah. Eres tú quien me ha metido en mí. Mi seriedad quizás no existiera, a pesar de la tremenda conmoción, si Habibah no viviese...

HABIBAH

Expílicate, El Yaili.

EL YAILI

Habibah, quiero pedirte un favor. Para esto te hice venir. Desde que fue inminente el peligro de la entrada de los bárbaros en la ciudad, nació la necesidad que me metió en mí; y me sugirió la idea de pedirte este favor, para librarme de un gran tormento.

HABIBAH

No puedo penetrar tus enigmas...

EL YAILI

Y a medida que la hora fatal se acerca, el acicate de mi necesidad es más intenso: más terrible mi martirio, y más poderosa la idea de pedirte este favor... No te reirás, ¿verdad, Habibah? ¿No te parecerá ridículo este último favor, que pide de ti tu amigo El Yaili, quien tanto te hizo reír, ahora serio y moribundo?

Ya ves, Habibah. Todo está perdido. Inútiles han sido nuestros esfuerzos, de hace unos instantes, para contener a los bárbaros. Hemos perdido algunas calles de las que circundan la ciudadela. No hay otra salida para la esperanza que la de morir con bella muerte... Hasta el populacho que habita en las calles dominadas todavía por nosotros, nos es claramente hostil y pide la rendición del castillo para evitar el saqueo de los soldados de Yúsuf que amenazan asaltar el barrio del Alkázar... La hora terrible se acerca... y sintiéndola ya, no he podido resistir: he abandonado mi puesto y he venido a verte y a rogarte...

HABIBAH

(Conmovida). ¡Oh, El Yaili! ¿Y qué deseas tú de mí?

EL YAILI

(Después de un corto silencio). He sentido siempre que una esencia poderosa presidía y alumbraba, como una estrella, todo mi vivir.

Esa esencia... es mi amor por ti, Habibah.

Amor humilde, que fue en su cuna saludado por tus burlas y tus risas de desprecio. Amor humilde que ha convertido en amor sombrío y feroz, la bárbara amenaza que nos cerca... He aquí la causa principal que metió en mí, a mi propia alma silenciosa... Porque, atiende lo primero que vine a imaginar: ¡Caerá Habibah, esclava de los bárbaros... y...

HABIBAH

(Espantada ante la profecía). ¡No, no!...

EL YAILI

(Concluyendo sombrío). ...Y al harén repugnante irá a parar, de algún bárbaro señor!

HABIBAH

(Llorando de humillación, y con energía). ¡No, El Yaili, no!

EL YAILI

Habibah, te amo como te amaría un dios... Yo te conjuro para que por ningún hombre te dejes profanar... Ya ves si mi amor es divino, si te amo como un dios a una deidad, que no vengo a pedirte en estos supremos instantes el consuelo de una leve caricia, ni la promesa de una imposible esperanza. Solo vengo a... exigirte (con tono enérgico), a exigirte, sí, puesto que como a deidad te amo, la seguridad de un divino juramento... Y, es... que yo he jurado defender al emir hasta la muerte... Y quiero que tú me jures que si muero sin poder matarte yo, te matarás tú, Habibah, antes de caer cautiva...

(Estas últimas palabras las ha pronunciado ElYaili con tono reconcentrado y salvaje. El semblante de Habibah ha ido iluminándose con un goce anhelado, mientras escucha las revelaciones de ElYaili. Por último, una sonrisa en sus labios, es el amor que florece ante aquella enérgica revelación del amor, o lo que es lo mismo, del hombre, que bajo la apariencia de ElYaili, presentía. Ella amaba a ElYaili que adivinaba su instinto; en el poeta ligero, ingenuo locuaz. Su amor era un presentimiento. Y su amor se vengaba del disfraz grotesco que envolviera a ElYaili, persiguiéndole con sus risas de desprecio y burlas alegres e implacables).

HABIBAH

¡Te lo juro, ElYaili! (Con cierta voluptuosidad y recalcando las palabras).

EL YAILI

(Con suprema alegría y disponiéndose a salir).

Con esa promesa, divina Habibah, parto hacia la muerte... No hay caricia para mi amor, como la caricia de tu juramento... Me esperan... Mejor dicho, me espera...

(ElYaili va a doblar el dintel de la puerta).

HABIBAH

(Extendiendo sus brazos hacia ElYaili).

¿Quién? (Musitando esta interrogación con cierto anhelo y terror). ¿La muerte?

EL YAILI

(Precipitándose hacia Habibah, tomándole las manos y besándolas con reverencia).

O la gloria. Es lo mismo. Mi vida es ahora amor divino por Habibah... fidelidad al espíritu inmortal del rey; valor de sacrificio. Ya ves tú, Habibah. Fácil sería a ElYaili conservar la vida. Un poema servil a Abu Bark, y ElYaili y Habibah gozarían de su amor presente. Pero al transcurrir de los días languidecerían, morirían por siempre nuestras vidas y nuestros amores: apagado su perfume heroico.

Exprimamos la flor, convirtiendo su vida en perfume. ¡De todos modos, la flor habrá de morir...!

Solo su perfume no morirá nunca, amorosamente recogido por los senos del espacio.

¡Tu juramento, Habibah! Cumple tu juramento y, en el jardín de los amores futuros, con el mío, se encontrará fundido tu amor, como matices divinos de una flor eterna.

(El Yaili vuelve a besar las manos de Habibah y torna hacia la puerta, con resolución. Habibah queda con los brazos extendidos, y sus ojos brillan en ansias de amor y de muerte).

Pasaje XV

(El rey, Zohair, Halcón y el cortejo de guerreros que acompaña al monarca).

MOTAMID

¿Cómo, El Yaili? ¿Tú en Palacio?

EL YAILI

(Retrocediendo). Vine a hablar con Habibah...

MOTAMID

(A Habibah). ¿Algún juramento de amor?

EL YAILI

(Mientras Habibah baja confundida y ruborizada la cabeza).

Un juramento de muerte, señor.

MOTAMID

Siendo tuyo y de Habibah, no puede ser, El Yaili, juramento de muerte, sino de vida.

¡Felices los que mueren aspirando sobre la muerte la eternidad del amor. Son gloriosos los últimos instantes de aquellos que, al morir, ven cumplida su esperanza de amor terreno, en la esperanza de un amor inmortal!

(El rey guarda un silencio de emoción durante unos instantes).

¿Y la reina? (A Habibah).

HABIBAH

Está en el patio con sus hijos.

MOTAMID

Acompáñala, dulce Habibah. Yo sé que mejor que nadie la podrás consolar tú. (Habibah se dispone a salir).

EL YAILI

Si me das permiso, señor, yo volveré a ocupar mi sitio en el puesto que me designaste.

MOTAMID

Id los dos.

(Extendiendo el brazo hacia la puerta. Habibah sale de la cámara, y en pos de ella, El Yaili, haciendo ambos al emir una reverencia).

Pasaje XVI**MOTAMID**

(Con voz lúgubre). Por fin se unieron Habibah y El Yaili...

(Pausa. Durante un instante los guerreros guardan un silencio respetuoso. El rey parece meditar sobre las ingenuas alegrías pretéritas disfrutadas por su Corte).

Los bárbaros han dejado de atacar...

Encerrados nos tienen, en el castillo.

Apretado y estrechado el cerco, tal vez esperan rendirnos por hambre...

El populacho teme al hambre y al saqueo. Esos abyectos se arrastraban a mi paso por las calles, clamando, desesperadamente, rendición.

(El rey empieza a pasear lentamente por la cámara, entre el mirar triste de los guerreros callados. De repente se detiene frente al Halcón).

Halcón: Ayúdame a despojarme de estos hierros. (Señalando su armadura. El Halcón obedece, sin replicar).

(Se oye, adviniendo del exterior, un confuso griterío que, cada vez más, aumenta, hasta llegarse a percibir distintamente estas voces).

UNA VOZ

¡Salva nuestros bienes, Abul Kasim!

OTRA VOZ

¡Salva nuestras vidas, Abul Kasim!

OTRA VOZ

Emir, no hay esperanza. ¡Ríndete a Abu Bark!

(A cada una de estas voces, siguen ruidosos clamores de aprobación. Los guerreros escuchan las voces con indiferencia. El Halcón concluye de desarmar a Motamid).

MOTAMID

Ya están ahí esas repugnantes plañideras... ¡El populacho! ¡La muchedumbre!

¡Son los incapaces de soltar bocado de pan, por absorber Belleza y besar la Gloria!

¡Maldito emir, que nos sacaba nuestro dinero para convertir Sevilla en espléndido nidal de los partos del espíritu! Yúsuf abolirá los tributos. ¡Pues, viva Yúsuf! ¡Así dicen los mercaderes miserables, que acumulan dinar sobre dinar, como albañil que pasara la vida arrimando montones de piedra para no construir edificio alguno! ¡A latigazos hay que sacarles el dinero, para las creaciones santas! ¡Así, los mendigos que les siguen: aquellos que al dolor de la iniciativa del esfuerzo creador, prefieren la humillación de vivir con las migajas que en la mesa de los ricos sobran!

(El rumor exterior vuelve a alzarse en clamoreo inusitado e imperioso).

UNA VOZ

Ríndete, Abul Kasim.

OTRA VOZ

¡Asesino!

(Ambas voces son coreadas, ruidosamente, por las del populacho).

ZOHAIR

¡Malvados!

MOTAMID

¡Asesino! Porque quisiera veros suicidas heroicos. Un heroico suicidio, por siempre conservará una vida... Porque no quiero ¡bárbaros! que para siempre muráis en el lento y humillante suicidio que desarrolla una vida miserable...

Escuchadlos, señores. Son los que imploraban hace poco, a mi paso por las calles...

Son los que, cuando no lloran, tiranizan...

Hienas, vestidas con pieles de cordero, sombríos rapaces, que ansían las tinieblas para acometerse los unos a los otros, con las fauces ensangrentadas.

Solo domándolos, como a bestias cretinas, se puede llegar a sugerirles corta inspiración y hábitos humanos. ¡Esclavos! Únicamente el látigo del capataz o el aguijón de la necesidad podrá conducirles a la alta creación... Así fueron conducidos a la construcción de las pirámides, que elevan sobre el desierto sus agujas obscuras, como un anhelo confuso del misterio azul.

(Vuelve a alzarse más intenso el rumor).

¡Cómo grita ese rebaño temeroso!

¡Halcón, hijo; sal y despeja la Plaza, para que la humillante mendicación no atormente nuestros oídos!

¡Acuchilla y mata, sin piedad: véngate, Halcón!

¿Ves al cadí y el faquí que escaparon a tu alfanje justiciero? Son unas de tantas cabezas como la hidra tiene: ¡La hidra está ahí, en la plaza de mi Alkázár, profanado por voces de imploración! Ellos, los que componen la hidra, el populacho, son los que por temor a su recíproca fiereza, fraguaron la necesidad de la ley, y de Alkorán, y de la horca, y del cadí. ¡Son ellos los que hicieron al cadí: a aquel cadí que condenó a la ruina a tu padre moribundo y disgregó la pollada de tus hermanos, condenados al azar!

¡Mátalos, Halcón, mátalos; que el hombre en ellos, no vive; que en este tránsito monstruoso, que ellos representan, es la Bestia quien rige la inteligencia del hombre, y es, por esto, el animal humano, menos que hombre, menos que bestia, cantidad negativa de hombre y de bestia!

HALCÓN

Al momento verás cómo acallo sus aullidos...

(Sale el Halcón, desnudando el alfanje).

Pasaje XVII**UNA VOZ**

¡Abu Bark, nos matará!

VARIAS VOCES

(Con ira). ¡Abul Kasim, asesino!

OTRAS VOCES

(Implorantes). ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Ríndete, Motamid!

MOTAMID

¡Rendición! ¡Rendición! ¡Si vosotros queréis rendiros, es porque nada tenéis que rendir! Carecéis de dignidad: carecéis de vida. ¡Y queréis salvar con la rendición, la vida...! (El rey inclina silencioso la cabeza sobre el pecho. En el exterior se oyen, a poco, los alaridos del populacho expulsado de la Plaza por el Halcón. Mezclados con sus imploraciones llegan a la Sala los gritos de los soldados que aclaman a Motamid).

LA VOZ DEL HALCÓN

¡Fuera la canalla! Matadlos a todos. ¡Viva Motamid! (Varios gritos de soldados corean al Halcón).

OTRA VOZ

(Implorante). Estamos acorralados. ¡Halcón, por Alah, déjanos libre la puerta de la Plaza!

OTRA VOZ

¡Halcón, por piedad, déjanos huir!

ZOHAIR

El Halcón ha ocupado la puerta de la plaza y ha encerrado a la muchedumbre, sin duda.

VARIAS VOCES

Halcón, Halcón. ¡Nuestra vida! ¡Nuestros hijos...!

UN CABALLERO DE LA SALA

Vayamos a ver la hecatombe. (Muchos guerreros van hacia la ventana del segundo compartimiento).

OTRA VOZ

(Desde fuera). ¡Motamid, salva a tus vasallos de las iras de tu Halcón!

OTRAS VOCES

¡Perdón! ¡Perdón! ¡Viva el emir!

LA VOZ DEL HALCÓN

Todos. Todos vais a morir...

UN CABALLERO DE LA SALA

¡Va a degollar a la muchedumbre!

MOTAMID

(Volviendo de su abstracción). ¡La vida! ¡Los hijos! ¡Mis vasallos! ¡Huir...!

Vida vasalla de mi vida... ¡Pobre vida mía, en mis vasallos, humillada por la Bestia, hasta la servidumbre! ¿Y he de ejecutar a mi propia vida en ellos prisionera, por destruir la Bestia que en ellos mantiene su prisión? ¿Salvaré ya mi reinado, aunque en ellos haga perecer mi vida?

OTRAS VOCES

(De fuera). ¡Piedad! ¡Piedad!

MOTAMID

Sin piedad no existiría Dios en el Hombre...

He aquí en esos gritos de piedad, una vibración que me llega al alma... Es la vibración de mi propia vida, que implora con el alarido de la bestia asustada.

Y, bien, mi reino está ya destruido... ¡Que huya la bestia, aunque arrastre por ellos mi vida en servidumbre!

¡Que huya la bestia: que se salve la bestia que en ellos aprisiona mi vida!

Caballeros: No es precisa esa hecatombe. No se salvará mi reinado. Es la fatalidad de la Noche que se acerca. Si destruyo a esas bestias, no vendré por esto a parar el Sol, para siempre en su zenit. Y al matar las bestias, apagaré el rincón de Sol: la vida mía que en el fondo de sus antros animales se esconde tímida, debilitada, lacerada, doliente...

Concluyó mi reinado... ¡Respeto a mi vida en los demás. Prisionera, ahora, es arrastrada... Vencedora, mañana, volverá, volverá triunfante... Llegará el día en que volverá y vendrá con nosotros a parar el Sol, para que la noche, en luz se desvanezca, para siempre.

Zohair: Sal inmediatamente; ordena al Halcón que deje la puerta de la Plaza libre, para que mis vasallos atemorizados huyan...! (Zohair sale a cumplir precipitadamente las órdenes del rey).

(Al salón llegan los alaridos de la muchedumbre acorralada por los soldados del Halcón).

Pasaje XVIII

MUCHAS VOCES

¡Gracia, Halcón, gracia!

OTRAS

¡Malvados! ¡Asesinos!

OTRAS

¡Piedad! ¡Piedad!

CABALLERO 1.º

(De los asomados por el vacío del segundo compartimiento del salón, hacia la Plaza).

El Halcón hace en el pueblo tremenda carnicería.

(Todos los caballeros acompañantes de Motamid van al segundo término de la estancia, junto a los asomados al vacío).

CABALLERO 2.º

Ved aquellos, cómo se arrodillan implorantes.

CABALLERO 3.º

El alfanje del Halcón despidе chispas de sangre, a la luz de las antorchas.

CABALLERO 4.º

Ya llega Zohair, e intima al Halcón.

(El rey ha permanecido durante este parlamento mudo y sombrío. Los alaridos de la multitud, condenada por el Halcón, van disminuyendo, hasta ser sustituidos por gritos de agradecimiento).

CABALLERO 1.º

Ya el Halcón se mete por entre las filas, ordenando finar la matanza.

CABALLERO 2.º

Mirad cómo resisten aquellos soldados furiosos.

UNA VOZ

(Desde la Plaza). ¡Alah premie tu piedad, Abul Kasim!

VARIAS VOCES

(Desde la Plaza). ¡Alah te lo premie! ¡Alah te lo premie...!

CABALLERO 1.º

La muchedumbre escapa, al fin. Mirad cómo se atropellan por ganar la puerta libre de la Plaza...

(Hasta la cámara, en silencio, llega el rumor de la muchedumbre que se fuga precipitadamente).

CABALLERO 2.º

El Halcón escolta a los que salen y desampara, tras de ellos, la plaza del Palacio.

CABALLERO 3.º

Seguramente, pretenderá lanzarlos de las calles nuestras y empujarlos hacia los barrios ocupados por los morávides.

CABALLERO 1.º

(Después de un instante de silencio). Algo grave debe ocurrir. El Halcón, seguido de sus soldados, vuelve a entrar huyendo en la Plaza. Viene gesticulando como un loco...

LA VOZ DEL HALCÓN

(Entre el rumor de gritos y de juramentos, se oye resonar con acento estentóreo).

¡Traición, traición: Cerrad las puertas del Alkázar!

(A este grito, siguen otros más confusos).

UNA VOZ LEJANA

¡Sevilla, por el califa Yúsuf!

CABALLERO 1.º

El Halcón cierra las puertas de la plaza... ¿Qué podrá ser esto?

CABALLERO 2.º

(Volviendo con otros varios al primer compartimiento, en donde, rigidizado y mudo sobre el muro frontal a la puerta del salón, se encuentra el rey Motamid).

¿Oyes, señor?

Pasaje XIX**ZOHAIR**

(Apareciendo apresurado en la puerta de la cámara).

¡Señor, señor! Un escuadrón morávide ha forzado, sin duda, los puestos que guardan este Arrabal...

HALCÓN

(Surgiendo, también precipitado, detrás de Zohair, que avanza hasta el centro de la estancia).

Los bárbaros se encuentran tras los muros de Palacio. Empujaba yo al populacho por las calles próximas, cuando percibí al enemigo, que se acercaba cautelosamente. Por un milagro, no hemos caído en su poder...

MOTAMID

(Requiriendo su espada, única arma ceñida a su túnica).

Del mismo modo que tú, Halcón, empujaste al populacho, vayamos, Zohair, con tus soldados a rechazar al enemigo.

Seguramente, ha burlado la vigilancia de alguno de los puestos guardadores de las calles nuestras, rompiendo sigiloso la línea de nuestros soldados. De no haber sido así, todo el ejército de Abu Bark lo tendríamos ahora, ante nuestras puertas, y algún aviso hubiéramos tenido del combate...

Adelante, señores. ¡Vamos a morir, castigando su osadía! (El rey adelanta hacia la puerta).

HALCÓN

Señor: vas desarmado. Permite que vuelva a vestirme las piezas de tu traje de guerrero.

MOTAMID

Halcón: quiero volar ligero hacia la muerte. Con esta túnica sencilla, me podrán herir mejor.

(Motamid se precipita hacia el corredor, seguido de su escolta).

Pasaje XX

(Romainquia, Myriam, Habibah, Amina y las demás damas de la reina, conduciendo a los cuatro hijos pequeños del rey, sorprenden a este, en el instante de salir. Un tropel de criados entran detrás en el salón. Vienen acobardados y temblorosos. La reina se abraza al cuello de su marido, que retrocede al centro de la cámara).

ROMAIQUIA

¡El Palacio está ya cercado!... ¡Nuestros hijos, Motamid!

MOTAMID

(Conmovido). ¡Itimad!

ROMAIQUIA

¡En la muerte una contigo, o en el destierro! ¿Vas a morir? Quiero caer junto a ti, en el angustioso combate.

MOTAMID

Itimad. ¿Podrá la desgracia abatir tu fe?

Uno fuimos en el reinado de la Belleza y del Amor. Uno somos en estos niños (*señalando a sus hijos*) que a los dos fundidos nos conducen en abrazo eterno. Uno en el espíritu de aquellos que claman amorosos: «¡Itimad-Motamid!». Nombres de un solo ser por el amor fundido, con dos mitades: por la Naturaleza complementadas.

Nosotros, en uno, somos el grano que sembró el amor... Somos el grano ya en escoria convertido... ¿Murió nuestro reinado? Míralo, Itimad, cómo renace, conducido por esos niños: conducido por los espíritus que nos son fieles. Retoños del árbol caído de Motamid y de Itimad. (*El emir se desase de los brazos de Itimad, y besa, uno por uno, a sus hijos, levantándolos entre los brazos*). ¿Reinareis algún día? Os lego un espíritu leal, modelador de tronos verdaderos en la conciencia de los pueblos reyes, que vendrán...

Nuestro reino no es de este mundo, porque no es de este día... Volverá nuestro día... Nuestro reinado, será entonces de este Mundo...

(Las damas de la corte lloran oyendo hablar al rey. Los guerreros tienen inclinadas las cabezas. El rey vuelve a abrazar a Romaiquia).

Adiós, Itimad. Nada vale este abrazo. Es fugaz, como este instante. ¿Pero quién podrá desunir este eternal abrazo nuestro? Cuida, cuida de este nuestro abrazo en nuestros hijos.

(El rey sale precipitadamente de la estancia, arrancándose del cuello de su esposa como si temiese una explosión de su emoción contenida. Los guerreros todos siguen al emir).

Pasaje XXI

(Habibah va a enlazar con sus brazos a la reina, desamparada por su marido. Los niños lloran. Las damas y los criados también. Itimad, parece un instante rendida, pero poco a poco su semblante se serena, iluminado por una inefable expresión).

ITIMAD

(Desasiéndose de Habibah y sentándose sobre el cojín lateral del muro del fondo).

Acercadme a los niños.

(Las doncellas conducen a los hijos del emir hasta el cojín donde se sienta su madre. Abderramán y Xelima se sientan a derecha e izquierda de Itimad. Esta sienta sobre una de sus piernas a Ommalisan, y sobre la otra a Zahira).

¡Motamid! (La reina llora un instante, abrazada a sus hijos. Después se serena, un tanto).

Cada uno habrá de besarme...

(Xelima y Abderramán lloran, besando a su madre. Ommalisan y Zahira alzan los brazos, ofreciéndose en caricias hacia el cuello de Itimad).

¡Ea, no lloremos más! ¿Por qué lloras tú, Xelima? ¿Y tú, Abderramán? Las madrecitas no lloran, Xelima. ¿No quieres tú serlo de tus hermanos? Las madrecitas no lloran, hasta que sus niños se mueren... Y tú, (a Abderramán) ¡tú, un guerrero! Tú, ¿vas a llorar? ¿No sientes ganas de matar al pájaro grande, que viene a embestir esta banda de pájaros que son los hombres? Pues, si lloras, el pájaro grande no te temerá, y se reirá de ti...

ABDERRAMÁN

Padre no vendrá más.

XELIMA

Y, a ti (a Romaiquia), van a llevarte.

ROMAIQUIA

¡Qué locura! ¿No veis qué contenta estoy?

Padre se está vistiendo ahí fuera un traje muy hermoso, un traje heroico, resplandeciente como el Sol. ¿Tú no lo sabías, Abderramán? Padre pelea, ahora, contra el pájaro grande.

ABDERRAMÁN

Yo quiero que me lleven con él.

ITIMAD

Los niños no tienen fuerzas para luchar contra el pájaro grande. Cuando seas tú como tu padre, entonces tendrás fuerza para matarle: más fuerza que tu padre; y tú te pondrás entonces para pelear con él, ese traje resplandeciente que ahora padre se está haciendo, y que te legará en herencia.

ABDERRAMÁN

¿Y, cuándo?... Yo quiero ir ya. Padre no volverá.

ITIMAD

Pero tonto, si tú eres tu padre. ¿No quieres tú ser como él?

ZAHIRA

Madre, ¿nos van a matar?

ITIMAD

¿Quién va a poder, ni a querer, matarnos, Zahira?

OMMALISAN

Yo quiero ir al patio, madre.

ITIMAD

Jugaremos aquí. ¿Tú no ves que ahora no se puede salir? ¡Es de noche!

Acercaos, hermanas (a las damas de la Corte). Venid a jugar con los niños...

(Las damas van sentándose; atraen hacia ellas a los niños y los besan).

Fortalezcámonos, en la hora suprema, con la esperanza del más allá. Besad el más allá: Está vivo y sobre la tierra. Son mis hijos que os ofrecen sus bracitos para acariciarlos.

Esforcémonos por arrebatar a la Muerte, la única fuente de vida, imposible de cegar: la Esperanza. Vuestra reina quiere serlo hasta el último instante, ofreciéndoos un último consuelo real...

He aquí lo real. He aquí la realidad augusta. La pureza de nuestras vidas: lo que en ellas hubo de puro; es decir, de fuerte, de inmortal, alienta en la pureza inmaculada de estos niños, que son nuestras vidas en renovación...

Adoremos, en ellos, nuestra esperanza de Eternidad rejuvenecida... Besemos en ellos un glorioso más allá...

El más allá: La Pureza, la verdadera fortaleza que vencerá a la muerte, es carne que habita entre nosotros.

¡Besad a estas señoras: a los criados, también, niños míos!

(Los niños besan a las damas y a los criados, que puestos en dos filas llenan el salón).

Adoremos a los niños en la hora de la muerte... Sea nuestra esperanza inmortal, hecha carne en un niño, nuestra última oración. ¡Felices los creyentes que al morir son besados por los niños! Los besa el Paraíso. Los besa, por ellos, lo que existe *hecho* de Divinidad...

(El fragor del combate contra los africanos comienza a llegar del exterior: gritos de guerra, alaridos de desgarramientos; redoble de atambores, estridores de hierros, agudezas de clarín... Los niños siguen, yendo de personaje a personaje de la escena, besándolos a todos).

VARIAS VOCES

(Mezcladas con el anterior ruido). ¡Viva Motamid!

OTRAS

¡Sevilla, por Abu Bark!

ITIMAD

(Viendo que los circunstantes besados por los niños, apenas si dan muestras de pavor).

A los no creyentes, aterrará ese vano ruido. El chasquido dulce del beso de un niño, se sobrepone a todos los ruidos bárbaros y convierte en miel la amargura de las almas inquietas por el desasosiego de la muerte...

Seguid besando, hijos de Itimad y de Motamid, seguid besando a los creyentes fieles del imperio augusto de la Belleza inmortal.

(Los niños con los brazos alzados recorren las filas de damas y servidores. En los ojos de todos aparecen lágrimas amorosas, emergidas de fuentes puras de religiosa emoción. Itimad se ha levantado de su asiento. Sus ojos están húmedos. Una inefable sonrisa resplandece en su boca: dirige a los niños con los brazos extendidos, como si ofreciera un pan celestial.

La figura de la reina, envuelta en graciosa y solemne majestad, impresiona a sus fieles servidores. Los más próximos a ella besan la fimbria de su túnica y los bordes de su manto).

Pasaje XXII

(El ruido del exterior va alejándose. El Yaili, tambaleándose, pálido, con los vestidos desgarrados y sangrientos, y con la cabeza descubierta, entra en el salón. Su mano empuña una espada manchada).

EL YAILI

(Con voz entrecortada, como si le costase gran trabajo hablar).

Señora: Motamid, al frente de la guardia, ha lanzado a los africanos que asediaban el Alkázar, y ha llegado a empujarlos hasta el puesto de la calle que guardaba yo. Ahora, como un león enloquecido, los destroza y empuja hacia la ribera opuesta del Río Grande...

El señor me ha ordenado, mande yo el resto de la guardia que en palacio queda, mientras él puede volver...

Y... es... que... ni el emir... ni yo... (El Yaili, llevándose al pecho las manos, cae al suelo).

HABIBAH

(Lanzándose hacia El Yaili, caído). ¡El Yaili!

EL YAILI

(Incorporándose y mirando a Habibah, quien lo abraza, con expresión de infinito agradecimiento).

¡No contábamos... con mis heridas!... ¡Pero esta herida por Habibah... No es sangre; emana bálsamo divino que las endulza todas!...

HABIBAH

(Besando la frente del poeta). ¿Vas a morir? (Con supremo dolor).

EL YAILI

El instante de este beso, es la gloria... La gloria es imperecedera... Yo que gozo de ella... no puedo ya morir.

(Casi delirante). Qué hermoso combate, entre las sombras... Eran antorchas las hojas de los desnudos aceros... Las heridas irradiaban sangre, como soles rojos... El Sol, nuestro padre, no ha querido ver desde el cielo la ruina tremenda de su reino amado... El Sol, nuestro padre, se ocultó esta tarde... Quieren apagar, en nosotros, sus hijos, las luminarias de la Tierra... Vámonos con nuestro padre... Va también ensangrentado, a hundirse en la tumba del ocaso negro...

ITIMAD

(Acercándose a El Yaili e inclinándose sobre él).

Dices bien, El Yaili. El ocaso nos aguarda. Pero muere, en paz. Reapareceremos cuando el Sol nuevo, el alba bendito, abra el arco del Oriente.

EL YAILI

(Incorporándose con energía, alentado por una suprema visión).

¿Verdad, señora?... Por ello, combaten ahora tras de Motamid envueltos entre las tinieblas impenetrables, los borrachos de Sol... Los que se emborracharon de luz en el día resplandeciente... El Andalus volverá a ser nuestro...

HABIBAH

(Con cierto reproche). ¡El Yaili!

EL YAILI

Perdona, Habibah... Te amo... Después del Sol... eres tú, mi amor primero. Amada mía... No quiero que tu delicadeza... venga a ser empañada... por el vaho nauseabundo... de algún bárbaro señor...

HABIBAH

¡Te he prometido morir, El Yaili!

Pasaje XXIII

ZOHAIR

(Entra apresuradamente, acompañado de varios soldados de la guardia, todos jadeantes y maltrechos).

Señora... (Zohair está aterrado. No se atreve a hablar. La reina ha notado su presencia y su embarazo, y apartándose del grupo que forma con Habibah y El Yaili, se precipita hacia el capitán, cubriéndose con las manos los ojos).

ITIMAD

(Con supremo dolor). ¡Ha muerto Motamid!

(Las mujeres y los niños y la servidumbre prorrumpen en sollozos. Los niños vienen a colgarse de la túnica de la reina).

ZOHAIR

(Reponiéndose un tanto y con expresión de rabia poderosa).

¡No ha muerto! ¡Peor aún! ¡Solo, entre millares de bárbaros; acorralado, acometido por todos, como un león herido, sin rendirse a nadie, le han hecho prisionero!

(Itimad se oprime con las manos el corazón, en trágico arrebato. Después, vuelve a serenarse, y queda como una esfinge del dolor real).

ITIMAD

(Con voz profunda, lenta, y ardiente, como de un terrible delirio febril).

¡Motamid! ¡Motamid!... Está aquí... (La reina cobija a sus hijos que la rodean). ¡Está aquí!... ¡Libre, pero sin fuerzas! ¡Es tierno aún, como todo lo que nace, de todo lo que muere!...

EL YAILI

Habibah... tu promesa... Con ella, apaguemos una luz que, inútilmente, contra las sombras, lucha...

(El Yaili saca, trabajosamente, una daga del cinto, y la hunde en su pecho, con resolución, antes de que Habibah, por un movimiento instintivo, haya podido arrancarle el arma de las manos. Habibah se arroja sobre el cuerpo del poeta, abrazando su cuello).

Pasaje XXIV

(En el salón penetran soldados en fuga y servidumbre azorada).

VARIAS VOCES

(De los que entran).

¡Motamid ha caído prisionero!

OTRAS VOCES

¡Los morávides han entrado en el Alkázar...!

(Se oye el chocar de aceros y la gritería del combate en el corredor inmediato a la cámara: cada vez más próximos a la puerta. La reina, entre el tumulto, permanece impávida, rodeada de sus hijos).

Pasaje XXV

(El Halcón Gris entra de espaldas en el salón, entre varios soldados fugitivos, y blandiendo el alfanje ensangrentado).

EL HALCÓN

¡Atrás, bárbara canalla! ¡Viva el emir de Sevilla!

(Un ballestazo lanzado desde el corredor, lo hiere y cae, soltando el alfanje, en medio de la cámara; al mismo tiempo que aparecen en la puerta de la estancia varios soldados de Yúsuf).

UN SOLDADO

¡Sevilla por el califa Yúsuf!

OTRO SOLDADO

¡Rendíos, esclavos andaluces...!

(Los soldados africanos entran en la cámara, viniendo a acometer con los aceros a los andaluces. Muchos, en la sala, extienden los brazos en señal de sumisión. Zohair, desesperado, adelanta en actitud guerrera, con la espada desnuda, pretendiendo contener a los bárbaros. Itimad está erguida e indiferente en el centro del salón, como una estatua de sí misma. Habibah, en un arresto de suprema resolución, arranca el puñal hundido en el corazón de El Yaili y lo vuelve contra su pecho...).

EPÍLOGO

EL PEREGRINO DEL CEMENTERIO DE AGMAT

PERSONAJES

EL PEREGRINO

Alkatib, andaluz aristócrata, edad viril.

EL BEDUINO

Joven penitente de la tribu de Lakhm, venido a Agmat desde el desierto de Arabia.

KADOR

Campesino mísero, desarrapado y famélico, de ojos febriles, servidor de Abdallah, gran señor de Agmat.

EL CADÍ DE LA CIUDAD

EL IMÁN DE LA ALJAMA GRANDE

HOMBRES 1.º, 2.º Y 3.º

LOS VIEJOS DEL BASTIÓN DE LA MURALLA

HOMBRES, MUJERES Y SOLDADOS DE AGMAT

La acción se desarrolla en la primera mitad del siglo XIV.

Escenario

En el Cementerio de Agmat; situado al este de una de las puertas de la ciudad africana.

El camposanto está sembrado de blancos mausoleos cupuliformes abiertos por árabes arcadas. Las piedras de las tumbas de los pobres destacan su sucio blancor por entre la hierba seca que cubre el suelo.

En el centro del declive de la ladera, por donde el Cementerio asciende, se nota un altozano, o elevación de terreno, sobre el cual se alza uno de aquellos monumentos funerarios, casi arruinado y de traza humilde.

Es un atardecer nacarado del estío. Una muchedumbre de labradores cansados, adviene del campo a la ciudad, por el camino polvoriento. Las mujeres se cubren con grandes sombreros de palmiteras. Los hombres, con harapos manchados, a guisa de turbantes. Las chilabas pardas y blancas, que en bermejas convirtió la mugre, cubren cuerpos sudorosos, de semblantes tostados por el Sol, y de piernas ennegrecidas rematadas por los pies descalzos, y cubiertos de polvo, o enfundados en babuchas astrosas de color indefinible.

De vez en cuando, alguna mula o algún asno martirizados por sus jinetes o conductores, vienen a abrirse paso, por entre los viandantes, quienes, entonces solo, alteran el ritmo de su fatigado andar.

La multitud camina, silenciosa y triste: y así va entrando en la ciudad; al lado de cuya puerta, sentados, con las piernas cruzadas, sobre el bastión del muro, algunos viejos graves e inmóviles, contemplan la escena, mientras que sus labios, en rezos pausados se mueven; repasando, entre los dedos, las cuentas de gruesos rosarios.

Pasaje I

Un peregrino, de esclarecido semblante y de edad viril, con rosario y bordón, al llegar, mezclado con la muchedumbre, delante de la puerta de la ciudad, tuerce hacia el Cementerio, por una vereda estrecha que, zigzagueando, remonta el declive del campo sagrado.

Extrae de su bolso un pergamino; lo desenrolla, y después de leer atentamente su contenido, señala con el brazo extendido la tumba medio derruida del altozano.

EL PEREGRINO

(Volviendo a guardar el pergamino, y siguiendo su caminata hacia la vieja sepultura).

¡Agmat!... (Se detiene un momento para mirar la ciudad, con el semblante iluminado por el amor y animado por un fervoroso sentimiento de religiosidad inefable. Después, continúa andando lentamente).

¡Agmat!... Sagrado es el polvo de tu tierra yerma; porque es polvo de tu tierra, el cuerpo deshecho de los dioses, que atraen mi peregrinación. ¡Si el polvo suyo estuviera vivo, cómo haría palpar viviente, el grano muerto de tu tierra calcinada!

¡Agmat!... Muriente y prisionero, te preguntaba el rey:

«Dime, ciudad, desierto de hombres: Carcelera inhospitalaria de un rey. Quiero saber, si los ojos de mi cara; mejor que los de mi fantasía, han de volver a ver mi jardín, lleno de flores y, también, mi lago; en aquel noble país donde los olivos crecen. Allí van a arrullar las palomas y a gorjear amores, pájaros divinos...».

He aquí, señor, que conmigo viene a adorarte polvo vivo del noble país que te añoró en el destierro.

Para el peregrino, hay un lugar sagrado: Tu sepulcro.

Felices los que te adoraron vivo, aunque, al verte prisionero, mis labios cantaran con la melancolía de tu hijo, el Raschid.

«Regulador de la lluvia protectora: señor de la generosidad y del valor: protector de hombres: el mayor favor que recibir pudiera, sería el contemplar tu noble semblante: brillante, él, me serviría, de antorcha en la noche; y, en el día de Sol...».

(El peregrino llega hasta el altozano).

«Pero, al menos, con místico respeto, saludaré tu tumba... Ella, de la del vulgo, se distingue por la elevación del terreno. Sobresaliste, en la vida; y, en la muerte, sobresales entre los dormidos a tus plantas».

«¡Sultán entre los vivos y los muertos! El anhelo de los siglos no producirá un rey, como fuiste tú».

(El peregrino arrodillado se humilla sobre la tierra que rodea el sepulcro).

¡Divina mujer adorable, una con el ser del rey; lo más delicado del espíritu de este ser! ¿Dónde encontrar una palabra para nombrar tu esencia? ¡Idioma grosero de lengua animal!

¡Solo tiene el lenguaje de los hombres palabras de sonido! ¡Tu nombre, como el del amor, debiera tener una luminosa palabra! Como la divina palabra que dice la pureza del amor dormido en la serenidad imperturbable de la noche azul... Como la divina palabra que dice la ingenua alegría del amor niño que despierta en el seno nacarado del alba sonoro... Una palabra, no de sonido: sino de luz...

¿En dónde encontrar las cenizas tuyas?

¡Agmat! Si en tu recinto murió la mujer, ¿en dónde está la tumba de la diosa? Las cenizas de la mujer, mezcladas con el polvo del desierto, según su predicción sombría, asolarán en impetuosos aludes, acallando las risas de los espantados Oasis...

Pero la diosa, ríe: Ríe inefable, su risa de amor en los espíritus donde su recuerdo mora. En el mío, es aurora límpida de músicas de cristal. Ríe, diciendo su divina palabra de luz transparente, en la infinitud azul de las noches de luna: en la gracia impoluta de los amaneceres blancos... Ahora mismo, ríe en el regazo celeste del atardecer que despide con sonrisas de nacientes estrellas, la majestad radiante del Sol que se va...

Inútil es, pues, el buscar su tumba. Aquí reposan las cenizas del rey. Y si aquí no vivió el espíritu de la reina, velando en terrible martirio el espíritu del rey, ella, que vivió en el rey, aquí, también, tiene su sepulcro.

(El peregrino besa, con fervor, repetidamente, la tierra en que se encuentra arrodillado).

Hoy es la fiesta de la cesación del ayuno. Los peregrinos musulimes que van a la Meca, siete vueltas dan, alrededor de la Kasba.

Este campo santo es la Meca. Las piedras de esta tumba son la Kasba del peregrino de la Religión de la realeza verdadera; que es la Religión de la libertad, de la Belleza y del Amor.

(El extranjero se levanta y empieza a girar lentamente alrededor del sepulcro, dando las siete vueltas sagradas).

Pasaje II

(Al altozano arriban tres nuevos visitantes. Son tres moradores de la ciudad, que llegan atraídos y asombrados por la ceremonia del extraño penitente).

HOMBRE 1.º

(Dirigiéndose hacia sus acompañantes).

Este es el peregrino que venía esta tarde entre los labradores que tornaban del campo. Di, extranjero: ¿Por qué das vueltas alrededor de esa tumba? ¿Acaso es la del Profeta mismo?

(El interpelado, absorto en su religiosa tarea, prosigue silencioso, girando lentamente, mientras que mueve los labios en piadosa oración).

HOMBRE 2.º

Contesta, penitente. Nosotros nos encontrábamos en el campo santo, a donde vinimos a rezar sobre las tumbas de nuestros deudos. Y nos hemos congregado, y hemos venido a preguntarte, movidos por la extrañeza que nos produce el verte tributar a la tumba de un mortal, honores divinos.

HOMBRE 3.º

¡No responde! Por Alah, peregrino; que o nos habrás de explicar tu conducta o te habremos de acusar, de impiedad, ante el cadí.

HOMBRE 1.º

Dices bien. Por muy grande que sea el imán enterrado en ese sepulcro, no pueden tributársele las adoraciones que solo a Alah y al profeta Mohamed, son debidas.

HOMBRE 3.º

Llevémosle ante el cadí, y allí concluirá su mudez a fuerza de palos.

(El hombre va a asir por un brazo al peregrino. Este, habiendo concluido su religiosa ocupación, le detiene con un gesto).

EL PEREGRINO

(Con suma autoridad). ¡Si en algo estimas tu cabeza, guárdate de tocarme!

HOMBRE 1.º

¿Quién eres?

EL PEREGRINO

Un hombre, ante cuyo poder inclinárase el cadí.

HOMBRE 2.º

¿Por qué vienes a acometer una profanación? ¿Quién descansa en esta tumba?

EL PEREGRINO

Vosotros no lo comprenderíais... ¡Idos, y dejadme rezar!

HOMBRE 3.º

Dices que tienes autoridad para humillar al cadí. Tú nos engañas, extranjero. Amedrentándonos, crees que escaparás a nuestro castigo. ¡Ea, amigos: llevémosle ante el cadí, a ver si en su presencia tiene iguales arrogancias!

EL PEREGRINO

¡Soltad, bárbaros! Soltad, u os habréis de arrepentir.

HOMBRE 1.º

Apoderémonos de su bolso. (Le arranca el bolso del cinto y registran los tres en él).

¡Una bolsa de oro! ¡Varios pergaminos! ¡Uno de ellos, con el sello del emir!

(El hombre va sacando estos objetos, a medida que los nombra. Al descubrir el sello del emir, el documento que lo lleva cae de sus manos, en un espasmo de terror).

HOMBRE 3.º

¿Qué importa que este hombre lleve un documento con el sello del emir, para que no sea sagrada su persona? Lee, y de este modo nos convenceremos si debemos respetarle, o no.

HOMBRE 1.º

(Recogiendo del suelo el pergamino, y leyendo en él).

«Loor a Dios. El peregrino que presente este documento, sagrado deberá ser para todos los fieles de mi Imperio (¡maldiga Dios al impío que sobre él ponga sus manos!...).».

(Los aprehensores sueltan al penitente, reverenciándole los tres con gran humildad).

Pasaje III

(Otro penitente, también con rosario y bordón, llega a la tumba. Viene de la ciudad, y le sigue una multitud de hombres y mujeres. Entre ellos viene Kador).

PENITENTE 2.º

(Volviéndose a los que le siguen). Os he convocado para que vengáis conmigo a rendir culto a un imán ilustre. He recorrido las calles de Agmat, entre curiosas miradas y preguntas de la muchedumbre. «¿De dónde vienes, peregrino? ¿Vienes de la Meca, penitente?». Y yo os he asombrado cuando contestaba así: «No vuelvo de una peregrinación a la Meca. ¡De allá vengo, en peregrinación a Agmat!».

¡Agmat! ¡Agmat! Tú has escuchado con asombro que eres lugar de peregrinaciones santas... Pues bien, aquí es el sepulcro del imán, de quien os hablé. Aquí reposa el imán más grande que los siglos vieron... Prometí enseñároslo si me seguáis y cumplo mi compromiso. Ahora, dejadme orar.

(El penitente se arrodilla: besa la tierra y se abstrae después en un rezo silencioso. El peregrino 1.º, y sus acompañantes, miran con asombro al recién llegado).

UNO DE LA MULTITUD

Jamás escuché lo que nos viene a decir este hombre. Una tumba desconocida era esta, hasta ahora, en Agmat.

OTRO

Nunca nos dijeron nuestros abuelos que en este sepulcro yaciera un gran imán.

UNA MUJER

¡No dudadlo! Lo dice el penitente. Agmat tendrá ya un protector en el imán de su Cementerio.

OTRA MUJER

Los faqués de la ciudad construirán en su honor una aljama, y por mediación de él, Alah nos concederá sus dones... Y di, penitente: ¿quién es el imán que está enterrado aquí?

PENITENTE

(Habiendo concluido su rezo con gran orgullo:)

Es... mi antepasado.

(La multitud le rodea con respeto supersticioso).

PEREGRINO 1.º

(Apareciendo ante los recién llegados). ¿Quién eres tú? (Al penitente).

UNA MUJER

¡Otro peregrino!

OTRA

¡En efecto; aquí debe estar enterrado un gran imán que obrará milagros!

HOMBRE 3.º

(Aparte). Me parece muy extraño todo esto. Sacrilegio debe existir aquí. Por si acaso, así fuera, yo voy a dar cuenta al cadí y a los imanes de la Mezquita. (Vase).

Pasaje IV

PENITENTE 2.º

(Asombrados a su vez).

¿Tú vienes también en penitencia a la tumba del Abbad? (Al peregrino).

UNO DE LA MULTITUD

¡Se llama el Abbad!

VARIOS OTROS

¡Se llama el Abbad!

PEREGRINO 1.º

Yo no vengo en misión de penitencia, sino en vuelo de amor y libertad. ¿De dónde eres tú?

PENITENTE 2.º

Del Oriente. De la Arabia. Soy beduino. ¿Y tú?

PEREGRINO 1.º

Yo, del Occidente: Del Andalus. Soy poeta.

PENITENTE 2.º

(Con efusión). ¡Oh! ¿Tú eres del reino luminoso del Abbad?

PEREGRINO 1.º

De allí soy. Pero dime, penitente: ¿Cómo te determinaste a hacer peregrinación a la tumba de mi rey?

PEREGRINO 2.º

No es largo de contar, y, puesto que lo deseas, sentémonos, y lo sabrás al punto.

(El beduino se sienta y, a su alrededor, curiosos como niños que esperan escuchar la misteriosa noticia de impresionantes consejas, forman grupo el peregrino y los demás asistentes).

PEREGRINO 1.º

Habla, beduino. Te escuchamos.

PENITENTE 2.º

Atended, pues, el cuento.

La luz de la luna, sobre las tiendas blancas de los beduinos, derramaba una plena bendición de plata, en el dormido desierto.

Reposábamos de la caminata fatigosa del día: en nuestros lechos, nosotros, y alrededor de nuestras tiendas, echados sobre la arena calcinada, rumiaban, silenciosos, nuestros camellos cansados.

De repente, una melodía de infinita dulzura y de transparente pureza, vibrante en las cuerdas de un laúd: vino a arrullar mi sueño, el cual se remontó en alas de aquella armonía misteriosa, desde la tierra, al Paraíso.

Una voz, ungida de emoción divina, cantó, en palabras de hombres, la música del laúd.

Desperté, entonces. Jamás mis oídos hubieron escuchado tan divina palabra. Nunca versos tan bellos vinieron a rimar los hombres.

Oíd el sentido de algunas estrofas entre aquellas que en el seno amoroso de las ondas limpias, llegaron a acariciarme el espíritu, elevándole en éxtasis arrobador. Yo no sé decir los versos del Poema; pero sí recuerdo lo que venían a expresar. Helo aquí:

«La noche ha extendido su velo de sombras — Cansados los seres, los domina el sueño — Pero velan hombres a la luz de antorchas — Y, ávidos, beben en brillantes cráteras — El rojo vino que, locura, centellea.

»De repente, torna la luz, vestida de plata. — Es la Luna. Y, tras ella, viene Orión. — La Luna es reina magnífica y soberbia — Que con Orión, su doncella favorita, — Por el jardín del Universo sale — A pasear serena su blanca majestad.

»Y poco a poco, las estrellas brillantes — En gentil cortejo y porfía de luz — vienen con la comitiva de las Pléyades... — Que el estandarte de la reina parece...

»Yo soy como ella: rodeado aquí abajo — De nobles caballeros de brillantes vestidos. — Y de jóvenes hermosas de negras cabelleras — Cuyos cabellos son hebras del velo de la noche. — Ellas tocan las guitarras sollozantes; y cantan en ellas, coplas de pasión. — Ellas me brindan copas resplandecientes: — ¡Bebamos, amigos, del jugo de las viñas! — ¡Bebamos. Sus copas son estrellas para mí!

»¿Mas queréis que un conjuro el vino perfume? — Su nombre divino lo perfuma todo — Ella es la Perla: el hada de mis sueños. — Siento deseos de enfermar, y Alah lo quiera — Para ver cuidándome ante mi blanco lecho — A la dulce gacela de purpúreos labios. — ¿Queréis que el vino para mí se arome? — Dejádme perfumadlo, brindando por ella. — Su nombre divino lo perfuma todo. — ¡Itimad, a la luz de rojas antorchas — por ti brindo vino resplandeciente! — Una corriente de Sol que endulza mis labios — Me quema la garganta e incendia el pecho...».

~

Así cantaba la voz. Atraído por la misteriosa serenata, abandoné el lecho y salí de mi tienda. Cerca de ella, y amparado en la sombra que otras tiendas proyectaban, destacábase la silueta, blanca e inmóvil, del cantor.

—¿Quién eres? —le pregunté, acercándome.

—Soy andaluz. Me llamo Abu-Azzamad.

—¿Y a qué viniste al desierto? —le repliqué.

—Vengo de Agmat, de visitar una tumba —me replicó—; y quise, en soledad, envolverme en la luz blanca de la luna, sobre los páramos muertos.

—Y dime, Azzamad, a quien Dios bendiga, ¿de quién son esos versos, que tienen la limpidez de las linfas claras de los arroyos: frescos como la hierba que la lluvia acaba de regar y ya tiernos y suaves como la voz de una doncella de collar de oro; ya vigorosos y sonoros como el grito de un camello joven?

—Son —me contestó— de mi rey, quien murió en el destierro.

—¿Supongo —repuse—, que ese rey reinaría sobre una pequeña porción de la tierra, cuando tiempo tenía de sentir la belleza tanto?

—Perdonadme —contestó—; ese rey reinaba sobre un gran país: el Andalus. Y sobre una magnífica ciudad, Sevilla.

—¿Y cómo se llamaba?

—Ben Abbad, por otro nombre Motamid.

—¿Cuánto tiempo ha que murió?

—Más de dos siglos ha; Sevilla es ya cristiana, y Córdoba, también; pero todo el Andalus lo recuerda.

—¿Y de qué tribu era? ¿Lo sabes tú, Azzamad?

—De la tribu de Lakhm.

Abracé a aquel hombre al escuchar sus últimas palabras. ¡Ben Abbad era mi antepasado!

—¡Cuenta, extranjero, cuéntame la vida de este rey! Y el extranjero respetuoso contome la historia del Abbad, y revivió en mí su historia. Yo, su descendiente, perdido en el desierto, le recordé orgulloso en sus obras grandes, más vivamente que a mi padre mismo. Fue un imán; un imán de Alah... si es que Alah es la Belleza y el Amor... He aquí por qué vine en peregrinación a su tumba...

KADOR

(Que ha escuchado atentamente con vivas muestras de emoción las últimas palabras del beduino).

¡De la tribu de Lakhm! Oí contar a mi padre en cierta ocasión que nosotros descendíamos de la hija de un rey, desterrado en Agmat, y perteneciente a esa tribu.

PEREGRINO 2.º

¡Sería el Abbad!

PEREGRINO 1.º

¡Cierto! El Abbad, al morir, dejó en Agmat a sus hijas, convertidas en sirvientas. Las princesas, hijas del rey prisionero, siervas fueron de familias acomodadas...

KADOR

(Con orgullo). ¡El Abbad, entonces, fue mi antepasado!

PEREGRINO 1.º

¿Y quién eres tú?

KADOR

Soy Kador: el esclavo de Abdallah; hombre de grandes dominios. Ahora me emplea en guardar sus campos y en cuidar sus bestias...

PEREGRINO 1.º

(Ensimismado). ¡Kador! ¡Beduino! ¡Retoños de Ben Abbad!... He aquí que contemplo viva la humillación del rey y la soledad de su espíritu excelso, condenado a vagar por los desiertos páramos, envuelto en la melancolía de la luna muerta...

(Abrazando a Kador). Campesino sin campos: ¿No sabes tú la historia incomparable, de tu padre, el rey?

KADOR

¡Oh, no! ¡Si tú me la contases, señor! ¿No quieres hacerlo?

PEREGRINO 1.º

Y si en ti, al escucharla, despertara el alma del Abbad, soterrada bajo capas seculares de grosera esclavitud; dime, Kador: ¿te resignarías a servir a un extraño señor, a Abdallah, el de los grandes dominios? ¿Podrías vivir en la ergástula de sus esclavos, comer su rancho, guardar sus campos y servir sus bestias?

El hombre es el rey de la creación; el hombre rey. ¿Te conformarías, tú, si a serlo llegaras, si así te conocieras, con ser el esclavo de un hombre que jamás lo fue?

KADOR

¿Y qué hacer? ¿A dónde ir?

PEREGRINO

¡Despreciarías a tu amo...! ¡Quién sabe, si lo matarías, al sentir humillaciones que hoy no percibe tu espíritu insensible!... (Pausa).

¿Te haré un bien? ¿Te haré un mal? ¡Bien! Bien me resuelvo; te contaré, os contaré su historia. Hijo del Abbad; hijo del Dolor, que continuas la prisión de tu padre augusto. Él iluminó el recinto oscuro de los calabozos sombríos con las radiaciones de la realeza de su alma esplendorosa. Las sombras triunfan y la Muerte se ríe... ¡Pues, bien! ¡Despabilemos el foco aunque esto equivalga a alumbrar en ti el Dolor! ¡Dolor necesario, bendito dolor! Escucha, Kador. ¡Tú, en la ergástula, revivirás a tu padre, en los calabozos. Si este dolor te dicta tu realeza, cúmplelo. Si te manda matar, mata, y que en ti, el rey sea libre!

KADOR

(Con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin comprender las palabras del peregrino. Solo entiende que le llama «rey»).

¿Yo, rey? ¡Tengo hambre!...

PEREGRINO 1.º

El hambre de un rey es de gloria, no de pan. Hambre de libertad y justicia, de belleza y de Poder. La Realeza es ahora en ti una interrogante, porque el hambre es en todos los estómagos la primera afirmación. La primera afirmación de tu padre fue la realeza, lo real, esto es, la Verdad, lo que verdaderamente es la vida grande, la vida. ¡El hambre! También tiene una base real. Pero ante lo más grande, su base es plebeya, esto es, la nada, la muerte...

PEREGRINO 2.º

Me agradaría escuchar esa historia famosa de tus labios, peregrino.

HOMBRE 1.º

Cuéntala, señor.

VARIOS

Cuéntala.

KADOR

(Ensimismado). ¿Yo, rey? (Ríe).

PEREGRINO

Pues, escuchad.

(Entre los oyentes, se produce un religioso silencio; algunos de ellos, alargan los cuellos, para mejor oír la palabra del peregrino).

Nació el Abbad, en Sevilla, la desposada del Sol... Fue su padre Mothadid, despiadado como un tigre; arrojado como un león; firme y duro como las rocas. Fue su madre la más dulce y amada entre las mujeres del rey. Fue el Abbad hijo de un puro y efusivo amor. Con una esclava casó el príncipe. Ella se llamaba Itimad. Él, para fundirse con ella, tomó su nombre en nombre de varón, y se llamó Motamid...

(El peregrino sigue contando la historia que escuchan con suma atención los circunstantes).

Pasaje V

El imán, y el cadí de Agmat salen de la ciudad, y bordean por el camino la ladera del Campo Santo. Les siguen los viejos que rezaban en el bastión de las murallas, varios soldados, algunos de estos armados de piquetas, y el Hombre 3.º que fue a denunciarles las extrañas ceremonias de los peregrinos.

Al llegar a la vereda que remonta hacia el Cementerio, ascienden por ella, el declive, deteniéndose en un punto desde donde descubren el altozano y el auditorio que escucha agrupado el cuento del extranjero penitente. Este continúa narrando, a sus oyentes, la historia de la vida del Abbad.

IMÁN

(Al Hombre 3.º). ¿Es aquella la tumba de que hablaste y son aquellos los que la adoraban?

HOMBRE 3.º

Sí.

EL CADÍ

¿Y afirmaste que dos penitentes de lugares lejanos venían a ella en peregrinación?

HOMBRE 3.º

Es cierto, allí están.

VIEJO 1.º

Yo he visto a uno, con rosario y bordón, que venía esta tarde entre los labradores de la campiña.

VIEJO 2.º

Y yo.

VIEJO 3.º

Y yo. Creí viniera de la Meca.

EL CADÍ

(Al Hombre 3.º). ¿Oíste tú el nombre del imán muerto, a quien querían adorar como al Profeta?

HOMBRE 3.º

(Recordando). Espera. Creo que sí. ¡Cierto! Le llamaron el Abbad.

CADÍ

Imán. ¿El Abbad?

IMÁN

(Al cadí). ¿Oíste alguna vez este nombre?

CADÍ

¡El Abbad! ¡El Abbad!... (Esforzando la memoria). ¿Será acaso un rey de Occidente, el cual leí antaño en muy antiguos pergaminos, murió desterrado en Agmat?

HOMBRE 3.º

En efecto: debe ser así. El peregrino primero hablaba de un rey...

IMÁN

(Al cadí). ¿Y quién fue ese Abbad?

CADÍ

Quiero recordar que fue el rey de un país que se rebeló contra Alah, siendo castigado por el emir Yúsuf-ben-Tasfchin.

IMÁN

¿Y a un réprobo adoran esos hombres? Obsérvalos, cadí. Sentados en círculo parece que rezan. Pero es preciso sorprenderlos durante la ejecución de su delito, a fin de

que para ellos no exista salvación. Ocultémonos tras el pequeño collado que, como un túmulo funerario, en su cumbre ostenta las ruinas de la tumba, y caigamos sobre ellos, cuando en su culto satánico, rindan al sepulcro la adoración debida únicamente al lugar más sagrado con que cuenta el Islam.

CADÍ

Dices bien. Ocultémonos, y marchad cuidadosos para que no aperciban con nuestra presencia una amenaza de justo castigo.

(El cadí empieza cautelosamente a rodear la base del altozano, y seguido por sus acompañantes, van todos a ocultarse tras de él).

Pasaje VI

El canto de la Majestad caída

(Los oyentes del peregrino que cuenta la historia del Abbad escuchan, mientras tanto, absortos, pendientes su atención toda de la palabra del narrador).

PEREGRINO 2.º

Es admirable, la historia.

UN OYENTE

Verdaderamente, un imán fue ese emir.

VARIOS

Verdaderamente...

UNA MUJER

Y fue también santa la reina.

KADOR

¡Al Andalus!...

VARIOS

¡Al Andalus!...

PEREGRINO 2.º

Continúa, peregrino.

PEREGRINO 1.º

El salón, invadido por los soldados de Yúsuf, sembrado el suelo de cadáveres, ya los salvajes morabitos, con sus manos ensangrentadas, iban a profanar la inmovilidad majestuosa de la reina, rodeada de sus hijos aterrados, cuando un formidable ruido de voces y de armas que se escuchó resonar en la Plaza del Palacio, vino a detener el frenesí de los soldados invasores.

Gritos que clamaban aún: «Sevilla, por Ben Abbad!», «¡Sevilla, por Motamid!», se oyeron desgarrar la noche, entre los alaridos de la muerte. Nuevamente bramó el combate en los corredores inmediatos al salón, atrayendo a los soldados de Abu Bark, que dentro de aquel se encontraban...

A poco, el rey, con la espada rota, y la alba túnica, enrojecida y desgarrada, entró en la Cámara, yendo a abrazarse a Itimad, estatua viviente.

Ben Abbad, en un arresto de valor heroico, había hecho repasar el río a un cuerpo de soldadesca africana; pero envuelto por los demás soldados de Yúsuf que ocupaban la ciudad; separado del resto de sus guerreros fieles, estos creyeron que el rey había sido hecho prisionero por las tropas de Abu Bark. Mas habiendo revuelto contra estas, abriendo por entre la espesa muralla de carne viva, un cauce de sangre, Motamid, pudo volver al Alkázar, seguido de una corta legión de héroes.

Nuevamente, quedó aislado el Castillo, libre de morabitos, cuyos muertos cubrían los corredores, los patios y la Plaza.

Motamid e Itimad, en el salón, velaron aquella noche los muertos queridos; la Corte muerta, rodeaba aún a sus reyes. Las heridas de El Yaili y Habibah habían mezclado su sangre. Al suicidarse la alegre doncella, sus labios habían sellado en beso supremo de amor los labios de El Yaili, el poeta amado. Motamid e Itimad consagraron con una bendición sus eternas nupcias. La lealtad del Halcón sonreía triunfadora en el gesto vivo de su rostro rudo e inmóvil. Aún el semblante del caballero Zohair amenazaba a los bárbaros, con expresión retadora...

Vino el Alba... Las rojas luces de las antorchas casi extintas se envolvieron en los sucios sudarios del humo espeso y negro. En las pálidas frentes de los muertos, la blanca luz del amanecer iba piadosa, poniendo, con un beso de pureza, argentadas aureolas.

Itimad, acodada sobre el alféizar de un ajimez del Salón, miraba la ciudad y seguía con los ojos el serpentear del Río, por la Pradera de Plata. Y dijo Motamid:

—Mi túnica está desgarrada y mi espada se ha roto. Ninguna flecha se clavó en mi piel. Ninguna espada atravesó mi cuerpo. El Río sagrado parece una sierpe amiga, que avanza, ante mis ojos, diciéndome con su dulce rumor: «He aquí la razón de que vivas aún. Ven. Yo que arrullé tu nacimiento quiero conducirte amoroso a cumplir el fin que resta a tu vida...».

El puñado de leones con que anoche rescaté el Palacio está herido, una fuerza divina alienta a los que velan todavía vigilantes, sobre las almenas de las desguarnecidas murallas...

Estamos solos, Itimad. Nos rodea únicamente un hálito vivo. La santidad de esos muertos... que nos aman aún.

¿Y sabes qué me dice esa santidad, que es la fe de su amor en nosotros? Pues me dice... lo mismo que el Río.

Y contestó la reina:

—Oigo el murmullo del Río y el sagrado musitar de los que, por nuestro amor, murieron. Dicen:

—No morid, aún. No suprimid con el hierro propio, la vida que respetó el ajeno. Realizad por completo vuestro ejemplo real. Fuisteis reyes en el trono; sedlo ahora en la esclavitud. Fuisteis reyes en la altura. Sedlo, ahora también, en el abismo.

Y replicó Motamid:

—Eso dicen. El hálito de amor perdurable; la vida de la fe de los muertos que creyeron en nosotros nos invita a ser dolorosas estrofas vivientes de un bello canto de la Majestad caída. La sierpe del Río pasa murmurando así: «Venid los que arrullé en la cuna. Yo os llevaré a rimar el canto del Dolor Real. Yo, que fui testigo de vuestro amor de reyes....»

Y fue un silencio largo, entre los dos.

Itimad, acodada sobre el alféizar del ajimez, con las manos oprimiéndose las pálidas mejillas, parecía absorta en mágica visión.

—¿Ves, Itimad —continuó el Abbad—, la sierra blanca de los almendros floridos?

Itimad musitó:

—Sí, la veo.

—¿Y no crees aún que ella vendrá a ser mausoleo de tu sepulcro?

Itimad contestó:

—La montaña se enrojece. Ahora se desvanece en una llanura roja. Han florecido los alelíes. Una llanura inmensa de sangre, de Dolor.

—No lo dudes, Itimad. Las flores rojas son bellas también... como las blancas. Vayamos cogiendo flores por la llanura sangrienta. Tras de ella estará tu montaña blanca. Donde quiera que exista la Pureza, allí estará un mausoleo que será cuna de la vida de Itimad...».

Y, en el mismo día, Sevilla lloró. Los reyes prisioneros, condenados fueron a seguir el discurso del Río, para buscar el África, y sufrir la prueba del dolor real.

He aquí cómo el poeta Benalabbana cantó la partida de los reyes esclavizados:

«Metidos en un navío, los príncipes se despidieron — Llenaba la multitud la ribera, y las mujeres estaban sin velos — Y se desgarraban llenas de dolor el rostro. — Gritos y lágrimas decían: ¿Qué nos queda ya? — La casa de la generosidad y del valor ha quedado desierta. — Para nada vendréis ya, extranjeros y caballeros de los cortejos triunfales...».

Sevilla, como una novia, arrepentida de haber por miedo vendido al novio amado, lloró de desesperación y clamó por la muerte... Tanto fue el dolor de Sevilla y tanto el amor que por ella tuvo Motamid, que hasta los cristianos que ahora la profanan, en sus romances cantan estos versos:

Es una novia Sevilla.
Es su novio Ben-Abbad.
Su cintura el Aljarafe,
Guadalquivir su collar...

En Tánger enviaron al rey, los poetas, cantos compuestos en su honor.

El Abbad donó a los poetas tres docenas de dhiremes, su única fortuna.

«Los poetas me piden mi fortuna — Tomad poetas de Tánger y de Mauritania — Yo soy más pobre que vosotros: Pero no puedo pedir limosna — El pudor reina en el fondo de mi alma — Yo, cautivo, no puedo reinar por el pudor sobre los hombres...».

Arrastrados fueron los prisioneros, desde Tánger a Mequinez. Sus pies sangraban, pero el rey cantaba a la vida, como a un rojo alelí.

Y arrastrados, así, vinieron a Agmat.

Motamid, cargado de cadenas, cantaba al Dolor en un calabozo: «Mis hijas son las siervas de la hija — de un hombre que fuera mi ujier...».

La reina carecía de pan, y fundida con el Abbad, se alimentaba solo de ambrosía de dolor.

Perdido el cantor, el Andalus recogió su lira y puso las cuerdas en máxima tensión, y cantó ardoroso la guerra contra el bárbaro morabito. El Andalus lloró a los dioses perdidos, mientras la vida de los dioses entraba triunfal en el reino de la muerte, rimando con alegría un majestuoso canto de supremo dolor...

PENITENTE 2.º

¡Fue un imán!...

VARIOS OYENTES

(Con religioso respeto). ¡Fue un imán!

PEREGRINO I.º

(Levantándose). Hijos de Agmat. Recemos ante la tumba del imán. Vengamos a rodear su sepulcro adorable, con las siete vueltas consagradas.

(Todos se levantan).

KADOR

Yo me voy. Me espera Abdallah...

PEREGRINO I.º

¿Y abandonarás la adoración de tu padre por ir a servir a tu amo?

KADOR

(Indeciso). No lo sé... Yo no sé si iré a servirle o a... matarle. Pero me espera... Me espera... Tengo hambre, y... odio. No sé más.

PEREGRINO 1.º

Kador: Tu amo y tu Meca están aquí. (Señalando el derruido mausoleo). Ven a evocar con tu amor el revivir de tu padre, el rey.

KADOR

(Riendo con inconsciencia dolorosa). ¡El rey! ¡El rey, yo!... ¡Tengo hambre y odio! No sé más... No sé más...

(Kador desciende corriendo la ladera, hacia la ciudad).

(El peregrino 1.º le mira alejarse. Después, silencioso y solemne, empieza a girar con lentitud en las siete vueltas sagradas).

Pasaje VII

(Por el lado opuesto del altozano aparece de repente el cadí, seguido del imán, de los viejos y de los soldados).

CADÍ

(A los soldados). ¡Prended a esta gente!

(Los soldados se arrojan sobre los orantes. Estos, sorprendidos y asustados, extienden los brazos, en demanda de perdón).

PEREGRINO 1.º

(Interrumpiendo el rezo y con arrogancia).

¿Por qué?

EL IMÁN

¡Por sacrílego!

PEREGRINO I.º

¿Quiénes sois?

EL CADÍ

Soy el cadí de la ciudad. ¡Amarrad a este hombre! (A los soldados. Estos van a cumplir la orden).

PEREGRINO I.º

(Con gesto imperativo). ¡Deteneos! Mira, cadí. (Le enseña su pasaporte).

CADÍ

(Después de leer, el cadí se inclina).

¿Quién eres, tú, peregrino?

PEREGRINO I.º

Soy Alkatib, el hagib del rey de Granada, con quien tiene alianza tu emir.

Mi señor me dio licencia para hacer peregrinación a la tumba del Abbad. Vuestro emir envió a mi señor ese pasaporte.

EL CADÍ

(Consultando al imán). La orden es terminante...

EL IMÁN

(Después de un instante de reflexión).

Libértalos, cadí: pero que los soldados destruyan esa tumba... (Señalando al mausoleo). Así acabarán, para siempre, las profanaciones.

(El cadí hace signos a los soldados para que cumplan las órdenes del imán. Aquellos se adelantan hacia el mausoleo).

PEREGRINO I.º

Imán, cadí: Para destruir la tumba del Abbad, todos tendríais que sumergirlo en la Nada. Vosotros mismos sois tumbas, en las cuales, enterrado el rey, no ha muerto; duerme aún... Sois su sepulcro y seréis su cuna en el retorno del solsticio eterno...

El imán no ha muerto: duerme... (El katib mira al espacio). La luna alumbra el cielo inmaculado y es como una antorcha su doncella, Orión. La comitiva de las Pléyades, el

estandarte parece de la reina, quien al cielo encanta con su blanca majestad... ¿Por qué embellecen el cielo la reina y su corte de estrellas que por el océano azul van derramando lágrimas de luminosa alegría? ¡Han salido a velar el sueño del rey! ¡Préndelas, cadí!... (El peregrino ríe). ¡Préndelas, cadí!...

(Al katib, el peregrino ríe. Y empieza a descender lentamente la ladera, volviendo la cabeza de vez en cuando, para mirar a los atónitos vecinos de Agmat, los cuales coronan el altozano, en donde los soldados armados de piquetas destruyen la tumba arruinada de Motamid).

La colección Biblioteca Blas Infante, editada por la Fundación Centro de Estudios Andaluces en colaboración con la Fundación Blas Infante, pretende recuperar para los lectores contemporáneos las principales obras de referencia del Padre de la Patria Andaluza. Cada volumen de esta colección presenta el texto original de la obra, utilizando como fuente la primera edición, junto con un estudio crítico que facilita al lector una mejor comprensión de la obra y del contexto político y social en el que fue concebida.

El relato de los últimos días del reinado de Motamid, frente a la invasión almorávide, que es el argumento de la obra de teatro *Motamid, último rey de Sevilla*, no es un cambio de registro en la trayectoria de Blas Infante hacia la narrativa, sino más bien un recurso pedagógico, para transmitir a un público diferente los ideales políticos y sociales del pensador andaluz que ya expuso en el *Ideal andaluz*, presentado unos años antes.

En *Motamid*, Infante crea metafóricamente, a partir de una realidad histórica, un mito de esencia andalusí para la construcción de una realidad social proyectable hacia el futuro: Andalucía. Una visión que le llevo a conectar, por una parte, Alandalus y Andalucía, como elemento indispensable de la identidad andaluza, y al morisco con el campesino andaluz, conectados por la opresión frente a un poder centralista.

La presente edición se completa con un prólogo firmado por Pura Sánchez, investigadora y miembro de la Fundación Blas Infante, y un estudio introductorio firmado por Emilio González Ferrín, islamólogo de la Universidad de Sevilla.

www.centrodeestudiosandaluces.es

BIBLIOTECA
Blas Infante



Junta de Andalucía
Consejería de la Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa
Centro de Estudios Andaluces



Fundación Blas Infante